

Reconfiguración política de América Latina:

segunda ola progresista,
movimientos sociales y
ultraderecha antifeminista

Celia Magaña García

María Luz Ruffini

Coordinadoras



Universidad de Guadalajara



Reconfiguración política
de América Latina:
segunda ola progresista,
movimientos sociales y
ultraderecha antifeminista



Reconfiguración política de América Latina: segunda ola progresista, movimientos sociales y ultraderecha antifeminista

Celia Magaña García
María Luz Ruffini
Coordinadoras

Universidad de Guadalajara
2024

Esta publicación fue dictaminada favorablemente mediante el método doble ciego por pares

320.98

REC

Reconfiguración política de América Latina: segunda ola progresista, movimientos sociales y ultraderecha antifeminista / Celia Magaña García, María Luz Ruffini, Coordinadoras.

Primera edición, 2024

Zapopán, Jalisco: Universidad de Guadalajara, Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades, Unidad de Apoyo Editorial.

ISBN: 978-607-581-239-7 PDF

- 1.- América Latina - Política y gobierno - Siglo XXI.
- 2.- Derecha e izquierda (Ciencia política) - América Latina.
- 3.- Movimientos sociales - América Latina.
- 4.- Problemas sociales - Política gubernamental - América Latina.
- 5.- Derecha e izquierda (Ciencia política) - América Latina - Historia - Siglo XXI.
- 6.- Movimientos sociales - América Latina - Historia - Siglo XXI.
- 7.- Populismo - América Latina - Historia - Siglo XXI.
- 8.- Ambientalismo - Aspectos políticos.
- 9.- Antifeminismo - América Latina.
- 10.- Geopolítica - América Latina.
- 11.- Pandemia de COVID-19, 2020 - Aspectos políticos - América Latina.

I.- Magaña García, Celia, coordinadora.

II.- Ruffini, María Luz, coordinadora.

III.- Universidad de Guadalajara, Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades, Unidad de Apoyo Editorial.

Primera edición, 2024

D.R. © 2024, Universidad de Guadalajara

Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades

Unidad de Apoyo Editorial

Av. José Parres Arias # 150

Edificio “E” 2do. Piso.

Zapopan, Jalisco México.

Consulte nuestro catálogo en: www.cucsh.udg.mx

ISBN: 978-607-581-239-7

Editado y hecho en México

Edited made in México



Este trabajo está autorizado bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND) lo que significa que el texto puede ser compartido y redistribuido, siempre que el crédito sea otorgado al autor, pero no puede ser mezclado, transformado, construir sobre él ni utilizado con propósitos comerciales. Para más detalles consúltese <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

Índice

Introducción

<i>Celia Magaña García</i>	
<i>María Luz Ruffini</i>	11
Condiciones de emergencia: la centralidad de los movimientos sociales	13
El peligro de las “nuevas derechas” fortalecidas	17
La especificidad de las nuevas experiencias políticas regionales	18
La propuesta de este volumen	20
Referencias	25

Capítulo I

Fuerzas y proyectos en tensión en la actual situación latinoamericana

<i>Lucio F. Oliver Costilla</i>	27
Introducción	27
Una perspectiva de las nuevas políticas progresistas	29
La composición social, política e identitaria de los actores emergentes	34

La reacción desestabilizadora de la ultraderecha	37
¿Separados o integrados? La problemática de la convergencia política progresista	39
Políticas de Memoria	43
Algunas conclusiones	44
Referencias	45

Capítulo II

La reconfiguración política de América Latina y las movilizaciones y resistencias sociales en el siglo XXI

<i>María Guadalupe Moreno González</i>	47
Introducción	47
Desarrollo. Aproximación al contexto global de América Latina	49
Reflexiones finales	70
Referencias	73

Capítulo III

Comunidades (geo)políticas de pertenencia en el nuevo ciclo político latinoamericano (2019-2022)

<i>Jaime Antonio Preciado Coronado</i>	
<i>Daniel Flores Flores</i>	77
Introducción	77
Categorización y contextualización: las izquierdas latinoamericanas y el populismo popular-progresista	79
Actores emergentes: las comunidades políticas de pertenencia	88
La ultraderecha latinoamericana en clave geopolítica	93

Integración (Social) Latinoamericana y el No Alineamiento Activo	100
Conclusiones. Memoria histórica: las comunidades políticas de pertenencia como contrapoder desde lo instituido y lo instituyente	106
Referencias	108

Capítulo IV

Latinoamérica interpelada: gobiernos, actores y desafíos en tiempos de transformación acelerada

<i>María Luz Ruffini</i>	113
Introducción	113
La búsqueda de una (nueva) perspectiva epistemológica	117
Actores emergentes I: democracia, movimientos sociales y procesos de transformación	123
Actores emergentes II: extremas derechas, antifeminismos y “revolución conservadora”	126
La integración latinoamericana	131
Memoria histórica	134
Consideraciones finales	138
Referencias	139

Epílogo

<i>Celia Magaña García</i>	
<i>María Luz Ruffini</i>	143
Escena 1. Fecha: 2 de diciembre de 2022. Feria Internacional del Libro, Guadalajara, México	143

Escena 2. Fecha: 5 de febrero de 2024.	
Transmisión en vivo por X desde	
Córdoba, Argentina	146
Futuros y perspectivas	147
Referencias	150
 Acerca de los autores	 151

Introducción

Celia Magaña García¹

María Luz Ruffini

*Expectantes palabras,
fabulosas en sí,
promesas de sentidos posibles,
airosas,
aéreas,
aireadas,
ariadnas.
Un breve error
las vuelve ornamentales.
Su indescriptible exactitud
nos borra.
La Palabra
Ida Vitale*

América Latina vive actualmente un momento de recomposición política, cuyo primer indicador está asociado a los recientes triunfos electorales de gobiernos de un “amplio espectro de izquierda” a partir del año 2018. En efecto: en las elecciones presidenciales de 2018, Andrés Manuel López Obrador triunfaría en

¹ Agradezco el invaluable apoyo profesional y comprometido de mi asistente Cristina Gómez Fuentes, estudiante de Relaciones Internacionales de la Universidad de Guadalajara, para la realización de este libro.

México con más del 53% de los votos e inauguraría sorpresivamente esta “segunda ola” progresista², considerando que durante la primera, a inicios de siglo XXI, este país fue un gran ausente. Homólogo es el caso de Colombia en 2022 donde, luego de años de profunda convulsión y violencia política, el triunfo de Gustavo Petro y Francia Márquez con casi el 50% de los sufragios generaría grandes expectativas y perspectivas de apertura de nuevos horizontes de transformación política y social.

En medio, claro está, encontramos el triunfo de Alberto Fernández en Argentina (2019); Luis Arce en Bolivia (2020), Gabriel Boric en Chile (2022), Xiomara Castro en Honduras (2022) y Lula Da Silva en Brasil (2022), resultados electorales que permiten delinear una cartografía política novedosa en la región (Mapa 1), cuyos alcances, límites y potencialidades aún deben ser analizados y ponderados, poniendo en tensión los esquemas interpretativos con que contamos para dar cuenta de estos cambios políticos, apostando por la pluralidad, creatividad, hibridación y articulación conceptual y analítica como el camino más promisorio para abordar este complejo conjunto de fenómenos de “nuevo” cuño.

Al respecto, nuestro principal interés es avanzar en la construcción de planteamientos y propuestas interpretativas que enfaticen no sólo las posibilidades de cambio vinculadas a los recientes triunfos electorales de los gobiernos de tinte progresista, sino que también consideramos ineludible reflexionar críticamente sobre sus debilidades intrínsecas, deficiencias y puntos ciegos en aras de aportar a la consolidación de democracias comprometidas con la igualdad, la justicia, la solidaridad, la garantía de un piso mínimo de derechos humanos, sociales y políticos y la sustentabilidad de la vida en la región.

² En América Latina, el concepto “gobiernos progresistas” ha resultado útil como un concepto paraguas para caracterizar a gobiernos de un amplio espectro de izquierda o centro-izquierda, en los que puede reconocerse como objetivo medular la reducción de la desigualdad (Nobbio, 1995 citado en Ermida, 2007). Para autoras como Svampa una de las ventajas del término del progresismo es su capacidad pese a ser una categoría amplia, lograr englobar en una *lingua franca* una heterogeneidad de proyectos ideológicos y de gobierno (Svampa, 2017) y que, frecuentemente, abanderan causas asociadas a fuerzas progresistas, como los feminismos, la defensa del medio ambiente y los derechos humanos.

Mapa 1. Segunda ola de gobiernos progresistas de LATAM, 2023



Nota. El mapa muestra los Estados Latinoamericanos con gobiernos progresistas hasta noviembre de 2023. Elaboración propia con base en datos de Merino, Álvaro. (2022). <https://elordenmundial.com/mapas-y-graficos/cambios-gobierno-latinoamerica/>

Condiciones de emergencia: la centralidad de los movimientos sociales

Las experiencias políticas cuya emergencia se encuentra en la base de las reflexiones que componen este libro comparten con sus antecesores —aquellos go-

biernos de corte progresista que inauguraron con optimismo el nuevo siglo— un marcado rechazo de las políticas neoliberales. Más de treinta años de privatización de servicios públicos, desmantelamiento institucional de la sanidad y la educación pública en detrimento de los derechos sociales y colectivos se han hecho sentir de una manera muy cruda, y sus efectos se hicieron aún más evidentes con la crisis de los progresismos de la primera ola y las derechas en el poder que les sucedieron.

A ello hay que añadir que la última pandemia, como momento de vulnerabilidad de la vida sin precedente histórico reciente, puso más crudamente de manifiesto los efectos sociales tangibles de las desigualdades: la experiencia pandémica en contextos en los que el criterio de mercado es determinante para acceder a servicios de salud de calidad es más disruptiva y desesperante que cuando se cuentan con garantías públicas de bienestar socialmente garantizadas, lo que vuelve tangibles e inscribe dramáticamente en los cuerpos y subjetividades las consecuencias del neoliberalismo como racionalidad política.

Este estado de situación contextualiza y ayuda a comprender no sólo cierta recomposición de los gobiernos de tinte progresista en Latinoamérica, sino también la emergencia de diversos movimientos sociales, entre los que destacan los feministas, los ambientalistas y aquellos vinculados a las poblaciones afrodescendientes, que vienen a sumarse a movimientos históricos de la región como son los indígenas, los estudiantiles y los sindicalistas.

Dichos movimientos sociales han sido, en efecto, determinantes en algunos de los triunfos electorales en la región, como en el caso de Colombia, donde movimientos sociales por la paz y la justicia, feministas, indígenas, socioambientalistas y afrodescendientes (los “nadies”) han sido fundamentales para el triunfo de la fórmula de gobierno del presidente Gustavo Petro y de la vicepresidenta Francia Márquez. Triunfo electoral que, por otra parte, ha resultado histórico: nunca un candidato de izquierda había sido investido como presidente en este país, tradicionalmente alineado con los intereses del gobierno estadounidense —recordemos que en Colombia se han asesinado en campaña a dos candidatos presidenciales de izquierda, en 1948 a Jorge Eliécer Gaitán y en 1989 a Luis Carlos Galán—. A ello se agrega que es la primera ocasión en que una líder social, abogada, afrocolombiana, feminista y defensora ambiental, como lo es Francia

Márquez accede a la vicepresidencia, y su centralidad no puede comprenderse por fuera del movimiento feminista colombiano, con una trayectoria de décadas de trabajo de base en la construcción de paz con justicia en las distintas regiones de Colombia en contextos de violencias extremas y cuya metodología de trabajo situada y encarnada en los territorios ha hecho posible la articulación interseccional de diferentes luchas y, finalmente, resultado clave para la construcción hegemónica electoral.

En la misma dirección encontramos el caso de Chile, histórico escenario de movilizaciones sociales importantes, entre las que cabe destacar las revueltas estudiantiles de 2006 en contra del lucro y privatización de la Educación conocida como la “revolución pingüina”, encabezada por los estudiantes de secundaria que *“presentó niveles de convocatoria y masividad sin precedentes desde el retorno a la democracia. ...”* (Aranguéz Muñoz y Sanhueza Huenupí, 2021, p. 5), las movilizaciones de 2011 que dejaron nuevamente en evidencia la necesidad una educación gratuita, pública y de calidad y las de 2018, popularmente conocidas como el “tsunami feminista” y surgidas de la reacción contra la negligencia en la atención de casos de violencia de género en contra de las mujeres y las disidencias sexuales en las universidades.

Esta última movilización incorporó más adelante otras reivindicaciones en torno a la desigualdad laboral entre mujeres y hombres, el derecho de identidad para las personas trans y la despenalización del aborto, expandiendo luego sus demandas a todas las instancias públicas. Es por ello que

El movimiento estudiantil feminista fue un movimiento transversal, que, si bien tuvo como actor político protagónico a las estudiantes, catalizó un potente movimiento social y que muy bien puede ser comprendido como un preludio de lo que vendría con el denominado estallido social del 2019. El movimiento feminista no emergió aislado del movimiento estudiantil, sino que modificó el marco de acción colectiva de este presentándose como un movimiento estudiantil feminista (Aranguéz Muñoz y Sanhueza Huenupí, 2021, p. 9).

Aquí, como en el caso colombiano, es posible observar algunos de los aportes de los feminismos latinoamericanos en cuanto a su potencial para impulsar

y fortalecer los procesos políticos progresistas regionales: sobre todo en lo que respecta a su capacidad para situar, encarnar, sumar y articular luchas y demandas en diversas escalas e instancias en que se trabaja, es decir, establecer con mayor o menor nivel de estabilización relativa puentes para la articulación de luchas “específicas y cotidianas” de las mujeres y disidencias sexuales con luchas “colectivas” sociales más amplias, como la desigualdad estructural y la consecuente privatización de la educación.

Finalmente, en 2019 otra vez el movimiento por el derecho a la educación pública estalló y tuvo una amplia convocatoria a partir del llamado del estudiantado a no pagar el aumento del precio de transporte público bajo el lema “*No son 30 pesos, son 30 años de neoliberalismo*”. Nuevamente este movimiento logró ampliar las demandas del derecho a la educación incorporando demandas por diversos derechos sociales y, en este marco, el 18 de octubre de 2019 tuvo lugar un estallido social en todo el país chileno. El gobierno de Sebastián Piñera declaró estado de excepción y reprimió de forma violenta a la población que se manifestaba, graves y múltiples violaciones de derechos humanos fueron reportadas por el uso excesivo de la fuerza por parte de Carabineros: tortura, malos tratos, violación y otras formas de violencia sexual (ver Informe sobre la misión a Chile 30 de octubre-22 de noviembre 2019³). Todo lo anterior constituye un conjunto de antecedentes importantes para el triunfo electoral de Gabriel Boric en 2021. De hecho, el mismo Boric, junto con otras personas de su gabinete fueron parte de esa generación de estudiantes que desde el 2011 se movilizaron en Chile.

El protagonismo de los movimientos sociales en un contexto de crisis post-pandémica es, entonces, una de las condiciones distintivas de emergencia de las nuevas experiencias políticas en la región –siendo paradigmáticos los casos de Chile y Colombia–. Sin embargo, esto debe contraponerse a otro fenómeno que lejos de sostener e impulsar las transformaciones regionales en una dirección democrática y ampliatoria de derechos, tiene el efecto contrario. Veamos a continuación a qué nos referimos.

³ Disponible en: https://www.ohchr.org/sites/default/files/Documents/Countries/CL/Report_Chile_2019_SP.pdf

El peligro de las “nuevas derechas” fortalecidas

La experiencia de la primera ola de gobiernos progresistas dejó la dura lección de no subestimar los riesgos del avance de la ultraderecha en la región, siendo clara muestra de ello el gobierno de Jair Bolsonaro en Brasil, por lo que en esta obra resulta también fundamental dedicar atención a la expansión de las relativamente “novedosas” corrientes de ultraderecha articuladas en toda América Latina y otras regiones del mundo.

En efecto: el resurgimiento de las reacciones de una “nueva” extrema derecha que recurre a una receta –inspirada en Donald Trump– de una dinámica de miedo, guerra sucia, confusión, “fake news”, polarización e incitación al odio resulta una de las principales condiciones diferenciales en que emergen las experiencias políticas de la segunda ola progresista que estamos analizando.

La preocupante emergencia de grupos –con diferentes grados de presencia y articulación doméstica e internacional– de ultraderecha en la región latinoamericana y el Caribe, cuyos discursos profundamente antidemocráticos, esencialistas y familiaristas que incitan al odio, a la polarización, al miedo, han culminado y culminan en muchas ocasiones en una capitalización electoral y política de una multiplicidad de conflictividades sociales cotidianas. Pero, además de ese registro político electoral, la disputa también tiene lugar en el campo sociocultural, donde lo que se juega es el rechazo a valores y acuerdos democráticos básicos. Esto conlleva fuertes riesgos de intolerancia hacia lo diferente, resultando asimismo legitimadoras y normalizadoras de múltiples expresiones de violencia y representando un riesgo cierto para la convivencia y la paz social.

Consideramos que frecuentemente se subestima (tanto en la política, como en la academia) la emergencia de estos grupos por considerar que no constituyen un proyecto “original” “serio” o “racional” hasta que es demasiado tarde. Al respecto, entendemos que si bien es cierto que lo que estos frecuentemente hacen se reduce a reaccionar, reciclar y apropiarse de conceptos elaborados, entre otros, por los feminismos, las izquierdas y la filosofía de los derechos humanos, la realidad es que encuentran una base social amplia dispuesta rápidamente a defender las comunidades imaginadas (Anderson) de “su” país, “sus” propiedades, “sus” mujeres, “sus” niñas y niños, “sus” familias.

Cabe destacar muy especialmente el componente antifeminista en estas manifestaciones de las nuevas derechas: siendo los movimientos feministas de los más activos, presentes y con potencial transformador de los últimos años, pioneros en la politización de dimensiones de la vida y la experiencia social que se vuelven hoy objeto de discusión pública y reivindicación movimientista, las extremas derechas conservadoras encuentran en su ataque la construcción de un enemigo capaz de anudar miedos, incertidumbres y resentimientos subjetivos de variada índole y, por tanto, una herramienta capaz de potenciar tendencias políticas reaccionarias de diverso tenor.

La especificidad de las nuevas experiencias políticas regionales

En las nuevas condiciones reseñadas, las maneras en que los nuevos progresismos han abordado la crisis económica, ambiental, de salud, de violencias en general y violencias en contra de las mujeres en particular dista de ser homogénea y, por tanto, presenta derivas aún insospechadas que exigen ser objeto de futuras agendas de investigación. En primer lugar, a pesar de observarse –en algunos casos– la emergencia socialmente sostenida de experiencias gubernamentales progresistas, numerosos autores y autoras coinciden en señalar que estos gobiernos adolecen en general de mayor fragilidad y debilidad política, al menos en relación con las experiencias regionales de gobiernos progresistas de inicios de siglo.

En ello resulta central la nueva coyuntura económica, muy diferente de aquella que sirviera de fuerte impulso para los gobiernos de la “primera ola”, que contaban con un importante superávit de ingresos debido al *boom* de las *commodities* en el mercado internacional. Por el contrario: los gobiernos de la segunda ola enfrentan un escenario de grave crisis económica postpandemia y una situación geopolítica signada por la guerra con Ucrania que, entre otras cosas, ha tenido como consecuencia un incremento en los índices de inflación con fuerte impacto en la región.

Encontramos así gobiernos con fuertes restricciones económicas, muchas veces con mayorías parlamentarias difíciles de alcanzar, liderazgos menos fuertes o fatigados y que emergen de sociedades profundamente divididas, lo cual tiende a generar bases de apoyo frágiles y heterogéneas. Esto puede observarse claramente en el caso de Chile, ya que pese al triunfo de Boric con una dife-

rencia a su favor del 11.74%, posteriormente ha recibido varios embates de la ultraderecha, por caso, a la hora de llevar a cabo la reforma de la constitución de 1980 (aprobada en dictadura).

Estos reveses han estado mediados por intensas campañas de miedo al más puro estilo de los años 70 de la guerra fría, pero con los recursos tecnológicos actuales, en las que se vaticinaba que en caso de ser aprobada la constituyente la población podría perderse la identidad nacional chilena (frente a un Estado Plurinacional que reconocía derechos y autonomías indígenas), las casas y propiedades (frente a un fortalecimiento del Estado como principal rector económico) y la familia tradicional (frente a un Estado que reconocía los derechos humanos de las mujeres y de las disidencias sexuales). Así, el primer golpe fueron los resultados del plebiscito del 4 de septiembre de 2022 para aprobar el texto de la Nueva Constitución, en el cual el rechazo obtuvo el 61.89% frente al 38.11% del apruebo, lo que obligó al gobierno a recomenzar el proceso de negociación política y convocar a nuevas elecciones para conformar un nuevo consejo constituyente encargado de elaborar otra propuesta. El segundo embate para el gobierno de Boric ocurrió en mayo de 2023, cuando el partido republicano de extrema derecha, liderado por José Antonio Kast, obtuvo un total de 35.5% de votos, además si a este porcentaje sumamos el 21% de la derecha (Chile seguro), se obtiene la suma total del 56.5% para todo el bloque de la derecha; en contraparte la izquierda y el centro solo obtuvieron un total de 37.5%. (28.5% de la Unidad para Chile de Boric y 9% de Todo por Chile). La experiencia chilena muestra, así, que los movimientos sociales plantean cuestiones y expresan problemáticas que son dinámicas y se configuran en función de contextos coyunturales, es decir, no se trata de un cheque en blanco incondicional, por y para siempre.

En suma, podemos observar cómo este estado de situación regional redunda en experiencias políticas en general más moderadas y pragmáticas, con menos pretensiones de refundación explícitas. Al respecto va a ser interesante observar la evolución del gobierno colombiano, que a pesar de haber ganado las elecciones con un margen muy apretado en la segunda vuelta con apenas 3% de ventaja (50.44% para la coalición *Pacto Histórico* y 47.31% para la fórmula Hernández/Castillo) y de compartir un escenario de polarización política, parece mostrar una base de sustentación más sólida que la chilena.

Algo que quizás distingue a este gobierno de otros progresistas y que puede vincularse a su fortalecimiento relativo es el protagonismo que en él adquiere la agenda política centrada en la defensa del medioambiente, con críticas a la noción occidental de “desarrollo”, y en particular, la versión de desarrollo neoextractivista. Este aspecto es fundamental en el marco de las críticas a la primera ola de gobiernos progresistas, los cuales a pesar de su orientación antineoliberal dieron en general continuidad a una política capitalista-extractivista con protagonismo estatal (Svampa, 2015; Modonesi, 2019; Gudynas, 2020). Visto así, el gobierno colombiano brinda hoy esperanza dentro de la heterogeneidad regional, ya que si bien es cierto que aún es muy pronto para hacer un balance concluyente acerca de cómo se materializa esta crítica en los diferentes niveles de gobierno –no solo en el de los discursos y la planeación, sino también en el de las acciones, políticas y estrategias gubernamentales– desde ya resulta esperanzadora la apuesta por construir una agenda de “desarrollo” anti-extractivista, situada en los territorios y construida “desde abajo” (ver Plan Nacional de Desarrollo 2022-2026 Colombia).

La propuesta de este volumen

Sobre la base de las consideraciones precedentes, presentamos aquí un conjunto de trabajos elaborados a partir de un diálogo inicial de los autores y autoras que participaron en el XXXVI Encuentro Internacional de Ciencias Sociales organizado por el Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de Guadalajara, en el marco de la Feria Internacional del Libro en diciembre de 2022. Este evento tiene la vocación de poner en el centro del debate cuestiones centrales de las Ciencias Sociales. En esa ocasión, buscamos contribuir con elementos que abonen a un análisis crítico y profundo de cuestiones situadas en y desde la región latinoamericana, para asumirnos no sólo como una región con una vitalidad política en efervescencia, sino también como productora activa de conocimiento sobre tales procesos.

Esta puntualización, que podría parecer una obviedad, se enmarca en el reconocimiento de la complejidad de nuestra región y la posición históricamente subordinada de la misma, asimetría que tiene su correlato en el sistema científico global y ha tendido a posicionar la labor académica e intelectual del sur global

como “receptora” o “usuaria pasiva” de esquemas interpretativos provenientes del norte, subestimando el potencial de apropiación, resignificación y creación categorial ínsita a nuestro trabajo como investigadores e investigadoras críticas, situadas y comprometidas.

Teniendo esto presente, la obra que aquí presentamos muestra una “fotografía instantánea”: el escenario político y social latinoamericano de fines de 2022 e inicios de 2023 y, a partir de allí, se propone profundizar en torno a cinco ejes y preguntas subsecuentes que resultan clave para complejizar nuestras aproximaciones a estos progresismos de “segunda generación”. Así, los capítulos que siguen se estructuran alrededor de estos cinco ejes desde los posicionamientos teóricos, epistemológicos y políticos de cada autor o autora, dando origen así, a un diálogo plural y a un conjunto de análisis definitivamente coyuntural y complementario.

Con respecto a tales ejes y preguntas, encontramos en primer lugar la inquietud por la **categorización** o **nominación** de estos procesos políticos: ¿Cómo definir la llegada de estos nuevos gobiernos: ola, giro, marea o espectro? ¿Gobiernos de izquierda, gobiernos progresistas o gobiernos populistas? ¿Cuál es la relación entre estos términos? ¿Qué implica la elección de un término en detrimento de otro? ¿Con qué criterios podemos abogar por el uso de unos u otros? ¿Qué aproximaciones analíticas innovadoras encontramos a la hora de buscar comprender profundamente sus particularidades sin reduccionismos o apriorismos inconsecuentes? ¿Qué diferencia tienen estos “nuevos” gobiernos progresistas de los de la primera ola?

En segundo lugar, es central preguntarnos por quiénes son los principales **actores políticos emergentes** en esta “segunda ola” de gobiernos progresistas. En efecto: si movimientos sociales de diversa índole, principalmente indígenas, estudiantiles, feministas y ambientalistas han sido bastión de cambio y reconfiguración política en América Latina, debemos profundizar en la indagación en torno al futuro de las luchas sociales en la región, las posibilidades de ampliación de su margen de acción y la relación con los gobiernos y espacios institucionales, lo que lleva a plantearnos: ¿Los gobiernos progresistas garantizan el avance hacia la paridad de género y de minorías históricamente excluidas de los puestos de poder; así como del avance de una agenda feminista de respeto de

los derechos humanos de las mujeres y los grupos históricamente vulnerados, como lo son las disidencias sexuales o las poblaciones afrodescendientes? ¿Cuál ha sido la relevancia de distintos liderazgos de mujeres –particularmente los feministas– pero también los ambientalistas o racializados, en pro de la agenda de derechos humanos de las mujeres y de la comunidad LGBTIQ+ en la región? ¿Qué condiciones enfrentan estos liderazgos –incluyendo liderazgos de base comunitaria pero también los liderazgos de cargos públicos– en cuanto a violencia política en su contra por razón de género, generación y racialización? En el caso de los feminismos latinoamericanos al representar uno de los movimientos sociales con mayor efervescencia y masividad política en la región ¿qué riesgos existen de una capitalización meramente electoral de dichos movimientos? ¿A qué estrategias recurren estos movimientos frente a estos riesgos? ¿Cuáles son los alcances de los horizontes políticos de los feminismos latinoamericanos y de los de defensa del medio ambiente en la región? ¿Alcanzan para construir una alternativa política que supere una concepción “desarrollista”?

En tercer lugar, encontramos el ya mencionado crecimiento de las expresiones de **extrema derecha** y la situación social de **polarización, incitación al odio y violencia política** que condicionan fuertemente el desenvolvimiento de las democracias regionales en los últimos años. En efecto: si bien desde el 2018, como dijéramos, han llegado al poder distintos gobiernos dentro del espectro de izquierda, estos lo han hecho con diferencias de votación muy reducidas y en un clima de polarización social intensa. Sin duda, la construcción de una contranarrativa de la extrema derecha (difundida a través de campañas de miedo y de desinformación –*fake news*–, la falaz comparación con regímenes dictatoriales, etc.), que ha permeado tanto la esfera pública como la privada y que afirma que votar a la izquierda es votar por la *ideología de género* y en consecuencia atentar contra dios, la familia y la patria ha sido una de las estrategias más efectivas para desprestigiar y generar miedo y desconfianza hacia los gobiernos progresistas. En ese marco cabe preguntarnos: ¿estamos frente a una renovación, sustitución o yuxtaposición de los viejos fantasmas “anticomunista” con los nuevos fantasmas “antifeministas”? ¿Qué papel juega la tecnología en esta estrategia de construcción de una contranarrativa de la extrema derecha? ¿De qué manera las democracias latinoamericanas pueden hacer frente al disenso y la pluralidad sin

afectar su legitimidad e incrementando sus niveles de confianza y aprobación en la sociedad? ¿Qué aportes pueden hacer los feminismos latinoamericanos en esta coyuntura?

En cuarto lugar, nos preguntamos en torno al potencial de **integración latinoamericana** en el nuevo contexto: en tanto que en la primera ola se intentaron fortalecer diversos esquemas de integración y alianza regional como fueron la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA), el Mercado Común del Sur (MERCOSUR), la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC) y la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR) las cuales se perciben hoy mucho más lejanas, ¿Hay posibilidad para el fortalecimiento de un regionalismo latinoamericano y el combate conjunto a problemáticas compartidas? ¿Qué proyecto de integración latinoamericana puede configurarse, quién o quiénes pueden liderarlos, qué estrategias podrían ser útiles a este proyecto?

Finalmente, en quinto lugar, recuperamos el hecho de que durante la primera ola de gobiernos progresistas se atendieron demandas de procesos de paz, reconciliación nacional y **Políticas de Memoria** dando lugar a diferentes configuraciones con distintos matices, instancias y actores. Ante ello, nos preguntamos: ¿esta ha sido –y es– una agenda prioritaria de los gobiernos progresistas? ¿Por qué? ¿Quiénes han sido los actores y demandas claves en esta agenda? ¿Cuál ha sido la contribución de los movimientos de mujeres y feministas en estos procesos? en ese sentido, ¿qué ha implicado que mujeres víctimas de regímenes dictatoriales, i.e. Michelle Bachelet y Dilma Rousseff, hayan sido presidentas de gobiernos progresistas de la primera ola? ¿Cómo compaginar un proyecto de estas características –disputas por la memoria histórica, procesos de paz y reconciliación nacional– con una creciente militarización en algunos gobiernos denominados “progresistas”? ¿No es acaso una contradicción?

Es, así, tomando como base estos cinco ejes de discusión y análisis, que presentamos cuatro capítulos, resultado de trabajos de investigación en torno a la nueva emergencia de los gobiernos progresistas desde miradas diversas y capaces de dar origen a diálogos fructíferos.

En el primer capítulo, Lucio Oliver parte del supuesto de que los triunfos electorales progresistas en la región se inscriben en una profunda disputa de hegemonías aún por resolverse, un equilibrio de relaciones de fuerza bajo una

crisis orgánica del Estado que ha de ser atravesada. A este respecto, su enfoque plantea una lectura teórico-política de la coyuntura latinoamericana que busca comprender las especificidades pertenecientes a los nuevos gobiernos a través de variables como la capacidad de conducción presidencial, la participación política y la construcción de un bloque de poder, la dimensión cultural y el sentido común conservador, las implicaciones de la globalización bajo el signo neoliberal como escenario de despliegue de estos proyectos políticos, entre otras, para poner audazmente en jaque la asunción de que estamos frente a una “nueva ola” progresista en la región y decantarse por un diagnóstico de “reascenso coyuntural de gobiernos democráticos progresistas”. Sobre esta base, encara una detallada descripción de la novedad de los actores emergentes en el ciclo político –con particular centralidad los movimientos feministas y ambientalistas–, la ultraderecha y la centralidad de los estudios latinoamericanos, las alianzas regionales y las políticas de memoria democráticas para enfrentarla.

En el segundo capítulo, por su parte, María Guadalupe Moreno González ofrece una perspectiva histórica amplia en torno al giro que América Latina ha experimentado en los últimos cinco años con la llegada de gobiernos de corte progresista por vía electoral, asumiendo y desarrollando la necesaria distinción entre “progresismos” e “izquierdas”. A ello añade un minucioso análisis en torno a las manifestaciones regionales de las ultraderechas y, finalmente, una situada y acertada reflexión sobre las principales resistencias y movilizaciones sociales en América Latina en relación con los gobiernos progresistas, como insumo para la proyección de escenarios futuros.

En el capítulo número tres, Jaime Antonio Preciado Coronado y Daniel Flores Flores tienen por objetivo analizar las dinámicas socio-geopolíticas que resultan del nuevo ciclo político latinoamericano que estamos discutiendo, tomando como categoría transversal la reconfiguración de las comunidades políticas de pertenencia instituidas e imaginadas. En esta dirección, proponen una contextualización y una precisa categorización para el abordaje de estos procesos, poniendo el foco en la frecuentemente conflictiva distinción entre izquierdas, populismos y progresismos. Por otro lado, a la hora de reflexionar en torno a los actores emergentes protagonistas de este momento político recuperan la noción “comunidades políticas de pertenencia”, instituidas o reformistas e instituyentes

cuestionadoras del esquema estado-céntrico, en una matriz interpretativa innovadora y clarificante. Asimismo, la paradójica emergencia de la ultraderecha y sus particularidades junto con una lectura sobre la integración regional y las ventajas de un “no alineamiento activo” para América Latina cierran un análisis sumamente rico y sugerente.

María Luz Ruffini, en el capítulo número cuatro, parte de la inquietud por la especificidad y el lugar de los aportes de las ciencias sociales en general y de los estudios latinoamericanos en particular, en momentos de expansión sin precedentes de las formas de aprendizaje maquínico e inteligencia artificial, para a continuación ahondar en una específica propuesta epistemológica ni estado, ni institutocéntrica para la aprehensión de las experiencias políticas progresistas contemporáneas. A ello añade un análisis incipiente del lugar de los movimientos sociales en estos procesos y los desafíos que emergen, la relación entre las transformaciones técnicas asociadas a la ubicuidad de las tecnologías digitales como mundo-ambiente y el fortalecimiento de las nuevas derechas políticas para, finalmente, hacer un recuento de los desafíos regionales de articulación y reconstrucción de procesos de memoria como herramientas de transformación social.

Esperamos, finalmente, que la lectura de estos escritos contribuya a la conversación abierta y la construcción compartida de la mirada estereoscópica que, entendemos, resulta clave para dar cuenta de fenómenos de tal complejidad como los que nos ocupan. Y ello, por supuesto, desde la posición intelectualmente comprometida y políticamente situada que la criticidad de los tiempos demanda. Y que pueda contribuir, a nuestra escala, a definir una agenda política que identifique y potencie con más claridad la necesidad de una articulación interseccional de luchas y resistencias en múltiples escalas, quizás reconociendo desde el inicio que las opresiones y desigualdades, de igual manera están articuladas interseccionalmente.

Referencias

Aranguéz Muñoz, R. A. y Sanhueza Huenupi, L. (2021). El movimiento estudiantil chileno: de la lucha por la educación al estallido social del 2019. *Contenciosa*, (11), e0006. <https://doi.org/10.14409/rc.2021.11.e0006>

- Ermida Uriarte, O. (2007). La política laboral de los gobiernos progresistas. *Nueva Sociedad*, (211), septiembre-octubre. <https://nuso.org/articulo/la-politica-laboral-de-los-gobiernos-progresistas/>
- Gudynas, E. (2020). El pegajoso mito del crecimiento económico y la crítica al desarrollo. *Revista nuestraAmérica*, 8(16). <https://gudynas.com/wp-content/uploads/GudynasPegajosoMitoCrecimientoEconomicoCriticaDesarrollo20.pdf>
- Modonesi, M. (2019). El progresismo latinoamericano: un debate de época. En F. Gaudichaud, J. R. Webber y M. Modonesi (Eds.). *Los gobiernos progresistas latinoamericanos del siglo XXI. Ensayos de interpretación histórica* (pp. 181-229). UNAM Ediciones. <https://hal.science/hal-02320891/document>
- Svampa, M. (2015). América Latina: De nuevas izquierdas a populismos de alta intensidad. *Memoria*, (256), 31-37. <https://revistamemoria.mx/?p=702>
- (2017, 11 de abril). *Populismos Latinoamericanos en el fin del ciclo progresista*. Infrapolítica. <https://infrapolitica.wordpress.com/2017/04/11/populismos-latinoamericanos-en-el-fin-del-ciclo-progresista-por-maristella-svampa/>

Capítulo I

Fuerzas y proyectos en tensión en la actual situación latinoamericana

Lucio F. Oliver Costilla

Introducción

El carácter de la coyuntura

El presente escrito constituye una reflexión teórico-política sobre el significado de la llegada de gobiernos progresistas de izquierda a la dirección política de varios países latinoamericanos desde 2020, lo que determina algunas de las características de la situación latinoamericana actual. Ello también incluye la reacción inmediata, de pretensiones desestabilizadoras, de las fuerzas y líderes de ultraderecha que han incrementado su presencia.

Considero que el análisis de las ciencias sociales debe ir más allá de comentar optimista o pesimistamente lo que está sucediendo; tiene que sacar a la luz las contradicciones profundas presentes en las actuales conflictividades y proyectos, las dificultades para enfrentar cuestiones postergadas y los desafíos de las sociedades y los Estados para superar una desigualdad social y una postración histórica que se agudizaron bajo los previos gobiernos neoliberales, así como hacer una valoración del grado en que avanzan las demandas, la organización de las luchas sociales, políticas y electorales democráticas de las grandes mayorías de la sociedad, en medio de las estructuras establecidas y las relaciones de fuerzas de nuestros países, en perspectivas de corta, media y larga duración.

El voto favorable reciente a los gobiernos progresistas en varios países de la región latinoamericana expresa el reclamo de atender de inmediato algunas demandas sociales menospreciadas y postergadas por los previos gobiernos, y

al mismo tiempo puede entenderse como un castigo del electorado a los anteriores gobiernos de centro derecha por las promesas no cumplidas, en un abanico de situaciones diferentes, algunas con participación masiva y triunfos amplios que permiten amplia gobernabilidad e incluso reformas; otros con una votación reducida y muy apenas superior a las otras fuerzas políticas, lo que conlleva dificultades para llevar a cabo nuevas políticas y apenas da margen para impulsar algunas políticas sociales.

Pero las anteriores consideraciones no son suficientes para entender la coyuntura, pues me parece que el triunfo electoral del progresismo no tiene condiciones, tal como se manifiesta hoy, para estabilizarse prolongadamente, dado que se produce en el contexto de lo que teóricamente se puede caracterizar como *un equilibrio catastrófico de fuerzas, proyectos y políticas bajo una crisis orgánica del Estado* que conlleva una profunda disputa de hegemonías (Gramsci, 1999, p. 23; Reveles, 2021; Katz, 2023), lo que plantea una dificultad mayor para que las fuerzas progresistas construyan una necesaria, urgente e innovadora conducción popular, que recupere a fondo una correspondencia avanzada de una limitada transformación del Estado con inclinaciones a buscar grandes cambios en y de la sociedad civil.

La situación actual, por lo tanto, no podrá resolverse dando lugar a una situación de hegemonía estable, sin que surjan innovaciones profundas en las propuestas políticas y en la conformación de las fuerzas existentes, sean éstas de izquierda, progresistas, de derecha o ultraderecha. De ahí la necesidad de profundizar teóricamente el estudio del declive contemporáneo de la hegemonía neoliberal y el carácter orgánico de la crisis del Estado (Oliver, 2022).

La emergencia sanitaria creada por la pandemia del virus SARS-CoV-2 (COVID-19) influyó en un cambio de subjetividad de la mayoría de la sociedad, pero no se aprecia una relación directa de esta variación de posiciones con el posicionamiento electoral que llevó al triunfo de gobiernos progresistas en gran parte de la región. Fue, sin embargo, un fenómeno que creó condiciones para que las mayorías estén más atentas a las políticas públicas de salud de las instituciones estatales. Pero la pandemia también puso en entredicho la capacidad de diálogo de los Estados y sus políticas en la sociedad para atender la situación de emergencia que se vivió. Varios gobiernos de la región optaron por la imposición

de directrices de fuerza y/o un menosprecio de los esfuerzos mundiales de vacunación inmediata y efectiva. Esto dio como resultado en la postpandemia al incremento de la votación por gobiernos que ofrecieron una esperanza de salida de la pandemia y mejores políticas sociales y de salud.

A continuación, exponemos cinco apartados en los que analizamos distintos aspectos de la disputa de proyectos de salida a la crisis en la coyuntura de América Latina.

Una perspectiva de las nuevas políticas progresistas

La capacidad de conducción y de programa

Los gobiernos progresistas recién electos cuentan con distintos rasgos. Algunos integrados por dirigentes jóvenes sin experiencia política, como los que están o han estado a la cabeza de las presidencias de Chile, Honduras, Bolivia y Perú (cuyo gobierno auténticamente popular, carecía de experiencia política estatal, con una débil cohesión interna y carente de una estrategia de gobernabilidad y cambio, recién fue destituido por la oligarquía que domina la economía, el parlamento, el poder judicial y el ejército).

Un aspecto a destacar, sin embargo, es que también han logrado triunfar electoralmente candidatos que en su calidad de gobernantes cuentan con un perfil de mayor experiencia y maduración política, como es el caso de Gustavo Petro de Colombia, Andrés Manuel López Obrador de México y Luis Inácio Lula de Brasil (Reveles, 2021). Son gobernantes de los mayores países de la región, de economías de capitalismo dependientes y periféricos, con algunas estructuras industriales previas y una complicada historia política de gobiernos neoliberales y autoritarios. Sus sociedades tienen una cultura notable y han pasado por luchas populares intensas. La coincidencia de gobiernos de centro izquierda en el tiempo y en el espacio geopolítico nos advierte de una potencialidad para constituir un *bloque dirigente progresista regional* que diseñe políticas enmarcadas en una estrategia de transformación colectiva con avances en democracia e integración para enfrentar problemáticas de los distintos países –dado que la relación entre lo regional, lo nacional y lo local es mayor en esta fase de la mundialización capitalista. Pero se trata de una suposición que a todas luces

resultará difícil de concretar dada la centralidad de las contradicciones y conflictos internos de cada país.

Por otro lado, es difícil que la mayoría de los gobiernos de la presente ola progresista se propongan políticas de ruptura y más bien se perfila que procuren *la continuidad de aspectos centrales de la gobernabilidad precaria de los gobiernos previos*, como el compromiso de mantener políticas de conciliación de clases y unidad nacional, inevitables por la forma política institucional limitada con la que llegaron al poder (Katz, 2023).

La diferencia frente a otros momentos históricos de progresismo, ojalá sea así, me parece que podría entreverse en las siguientes tres cuestiones: La primera es que las políticas públicas y sociales tenderán a experimentar una revivificación de su carácter público y social, así como una redefinición en su consistencia nacional popular y es probable que puedan avanzar hacia una cobertura universal.

La segunda cuestión es favorable: estos gobiernos tienen el conocimiento de las dificultades del progresismo de los últimos 25 años. Los nuevos gobiernos saben ahora, después de las graves derrotas de la ola progresista anterior, acerca de la carga conservadora y elitista de la sociedad, las instituciones y la cultura, así como tienen mayor conciencia de la inserción dependiente y subordinada de nuestros países en la economía global. Sin embargo no siempre asumen la importancia de fortalecer el nexo y la interdependencia entre Estado y sociedad civil ni valoran las dificultades que generó la falta de inclusión organizada y autónoma de las masas en la política. Resultaría importante para su gestión que se plantearan trabajar por una elevación de la participación, la politización y la organización autónoma de todos los sectores populares que fueron sus votantes.

La tercera cuestión es que, para lograr consistencia de futuro en sus políticas progresistas, tendrán que decidir si prefieren mantener incólumes las actuales relaciones de poder o si optan por buscar cambios en las relaciones de fuerzas. Está por verse si pueden avanzar en la construcción de nuevos bloques político-culturales que exijan reformas estructurales profundas, que no se hicieron en la primera ola y que son fundamentales para darles estabilidad y para conformar una lucha de posiciones que lleve hacia un nuevo bloque histórico (Gramsci, 1999).

Siguen pendientes en la mayoría de los países de América Latina las necesarias y urgentes reformas de fondo: agraria, de régimen político, militar, de la

policía, del sistema judicial, de los medios de comunicación, de la economía social, de la cultura nacional popular, de la plurinacionalidad, etc. (Betto, 2018; Oliver, 2022).

Las problemáticas

Me parece que un aprendizaje de la experiencia que se tuvo en las dos décadas anteriores, es la de que una verdadera salida a la crisis pasa por crear una política y un programa complejos de participación de masas en la política y de construcción política amplia, que incluya y mantenga unidos y activos a diversos grupos sociales en la lucha por las políticas sociales y por reformas urgentes que cohesionen con mayor densidad a por lo menos los sectores sociales y políticos que los apoyaron para llegar al gobierno y se mostraron inconformes con las políticas del neoliberalismo (González Casanova, 2015), a saber:

- a) los trabajadores populares urbanos tanto sindicales como de movimientos sociales, formales, como informales y desocupados, en su mayoría en situación de precarización;
- b) los grupos y organizaciones identitarias de la ciudad y el campo, sean estos: étnicos, feministas, LGBTIQ+, afrolatinoamericanos, ambientalistas, estudiantes, intelectuales y artistas, favelados, por la paz y contra la violencia, etc.;
- c) los pequeños y medianos campesinos que buscan enfrentar el cerco de la economía transnacional y la economía de la droga, para encontrar nuevas fuentes de economía social y de pequeña producción alternativa;
- d) las comunidades originarias que han sufrido y siguen bajo los estragos del despojo transnacional, el extractivismo, la desterritorialización, el colonialismo interno y la discriminación;
- e) Por último, los empresarios pequeños, y sectores de las clases medias sensibles ante la descomposición de la sociedad y del Estado por las políticas de la globalización neoliberal.

En los países grandes mencionados, las elecciones mostraron una opinión crítica coyuntural de búsqueda de un cambio por los grupos sociales antes mencionados. Para transformar el cuadro electoral en un bloque de poder se requiere un debate incluyente y un proceso decisorio que afiance la lucha por las nuevas

políticas, en el que converjan todos estos segmentos, se construya una alianza sólida y participen en la construcción colectiva de un nuevo programa para la nación y para los sectores populares. Con ello podrá pensarse en una salida política novedosa que haga avanzar una hegemonía civil progresista y crítica (Gramsci, 1999). En el pasado los gobiernos progresistas descuidaron la construcción de tal bloque de poder alternativo.

La cultura como política

Para que los gobiernos progresistas y las fuerzas políticas que los sustentan encabezen un impulso crítico de un abanico amplio tendrán que enfrentarse al hecho de que las formas ideológicas y políticas de las mayorías se basan en un sentido común contradictorio, en muchos aspectos conservador y autoritario. El desafío en términos culturales y sociales es lograr una modificación en la conciencia de las masas populares. Ello requiere cuestionar también las concepciones heredadas y dar lugar a otras que lleven a una visión de autonomía ideológica propia de las mayorías ante los problemas. Además, tendrán que proponerse aceptar algo que resulta muy difícil para las fuerzas políticas latinoamericanas: vincular esa reforma de las conciencias a una creciente autodeterminación política popular (que no significa de por sí, la separación orgánica entre política y masas, o entre partidos progresistas y movimientos).

Y en cuanto a los Estados, el desafío es incluir a los diversos componentes populares de la sociedad como sujetos activos con derechos y libertades plenas, hacerlos partícipes deliberativos en sus programas de gobierno y administración y renovar su autoridad sobre la sociedad, permitiendo que las mediaciones institucionales, ideológicas y políticas relacionadas con lo público acepten la participación decisoria de la sociedad civil, impulsen la organización propia de nuevos actores y sujetos surgidos tanto de los movimientos de ciudadanía por derechos, como de los movimientos sociales por políticas públicas y sociales.

El peso del proyecto de los Estados de competencia neoliberales

Otro aprendizaje urgente para los gobiernos progresistas será superar las concepciones y políticas liberales de la globalización y el proyecto oligárquico de los Estados de competencia (Hirsch, 2002), exigidas por bancos centrales au-

tónomos, por los organismos económicos y financieros transnacionales, para expandir el poder del capital y del mercado. Los nuevos gobiernos progresistas requieren profundizar su cuestionamiento a los Estados dependientes y subordinados a una globalización neoliberal excluyente y bárbara, que está llevando a recurrente coqueteo con una tercera guerra mundial y que hoy está en crisis (Crook, 2023).

La globalización actual tiene la particularidad de ser impulsada por las élites mundialmente dominantes, que han mantenido la división internacional del trabajo entre centro y periferia, el dominio casi absoluto del capital financiero y han creado el capitalismo transnacional corporativo y digital. Fenómenos como la transferencia de valor, las políticas internacionales de extractivismo con el despojo de territorios y recursos comunitarios y la superexplotación y minimización de derechos de los trabajadores tendrían que ser modificados por los gobiernos progresistas con una activa intervención de los Estados en calidad de conductores, reguladores e incentivadores de la economía social y de la inclusión de las masas a la política.

Un papel especial deberá corresponder al rescate y promoción de la propiedad pública y la propiedad social vinculadas a una política directiva de la economía nacional y social, reguladora del poder del capital, sin los aspectos burocráticos y corruptos que caracterizaron a los Estados desarrollistas del pasado. Los gobiernos progresistas tendrán que agudizar su comprensión de que la expansión del capitalismo mundial bajo la globalización actual ha impedido que se abra paso una posible otra globalización democrática con participación decisoria e influyente de los trabajadores y de las fuerzas progresistas los Estados de los países periféricos: algo así como un nuevo proyecto de mundialización incluyente, civilizada y compartida.

La revolución pasiva contemporánea (Gramsci, 1999; Modonesi, 2022) que ha modificado y transnacionalizado el mundo productivo, comercial y de servicios de la economía, las finanzas, el conocimiento social, la educación, las comunicaciones y la tecnología, es ella la que, paradójicamente, bajo la globalización neoliberal ha impedido que en los países latinoamericanos prosperen políticas profundas de modernización y transformación integral.

¿Una nueva ola de progresismo en América Latina?

En realidad, hablar de ola, giro, marea o espectro no define suficientemente la nueva situación de confrontación de proyectos que se da en el contexto mencionado de acceso al poder de gobiernos progresistas, pues oculta tanto la existencia regional de un equilibrio de fuerzas histórico-políticas como de inmensas limitaciones estructurales y múltiples desafíos. Considero más adecuado plantear un reasenso coyuntural de gobiernos progresistas antineoliberales que potencialmente pueden tener una convergencia inédita con un proyecto regional democrático nacional y popular avanzado.

Creo que no es el calificativo de izquierda, sino el concepto de gobiernos democráticos progresistas el más adecuado para caracterizar a los proyectos de las administraciones en curso que se están incorporando a las filas de una impugnación y de manifiesta inconformidad con el neoliberalismo como proyecto de un capitalismo transnacionalizado (Ouviaña y Thwaites, 2014). El concepto de izquierda no sólo es muy controvertido –después del derrumbe de los socialismos de Estado–, sino que alude a la existencia de fuerzas de cambio social y democracia popular que todavía no tienen suficiente incidencia y consenso de mayorías populares en los movimientos sociales y en el impulso a las políticas que apoyan y sostienen estos gobiernos.

La composición social, política e identitaria de los actores emergentes

La diversidad social y cultural de movimientos sociales

Ciertamente, los variados movimientos identitarios étnicos, indígenas, feministas y ambientalistas, otorgaron un apoyo en amplia proporción a la votación por los nuevos gobiernos progresistas. A ello se añaden los votos en los comicios de gran parte de los pueblos afrolatinoamericanos, los jóvenes precarizados, los habitantes de periferias urbanas y favelados, los pobladores, los movimientos LGBTIQ+, las y los luchadores por la paz y la seguridad, entre otros. No es irrefutable, empero, que hayan sido esos movimientos el bastión de cambio y de la reconfiguración política progresista en América Latina. En general carecen de una definición político electoral permanente y algunos hasta hacen eco a la apolítica. Además, también están los aportes electorales de movimientos históricos de los

jóvenes precarizados, los trabajadores formales e informales, los desempleados, las comunidades originarias, los movimientos de negritud, las luchas feministas, etc., que fueron muy importantes.

Los nuevos movimientos identitarios expresan sus demandas bajo una óptica novedosa que resulta difícil de articular a los partidos y sindicatos, pues son portadores de una crítica radical y con exigencias de cambio profundo que resultan difíciles de integrar hoy día en los programas y políticas progresistas. Sólo algunos aspectos de su crítica podrían ser incorporados en la agenda progresista, pero otros no, puesto que en la sociedad política no ha habido una reforma de concepciones, de valores y de comportamientos. Gran parte de los políticos profesionales siguen siendo elitistas, patriarcales y autoritarios, o incluso clasistas tradicionales.

A lo largo de las últimas décadas, en los movimientos identitarios se han socializado nuevas concepciones sobre los fenómenos que los desafían y sus problemáticas. Muchos de ellos están contra el extractivismo, el patriarcalismo, la colonialidad del saber y del poder, el rentismo financiero, el eurocentrismo, constituidos por estructuras de poder y formas culturales todavía muy presentes en las instituciones y en la sociedad. Los dirigentes de los gobiernos progresistas distan de tener la misma percepción crítica que esos movimientos. Las instituciones y las ideologías de las sociedades latinoamericanas son todavía muy conservadoras.

Por otra parte, la perspectiva neodesarrollista y neoestatalista de gran parte de los actuales gobiernos progresistas no embona fácil con las concepciones profundas de esos movimientos que son fruto de un prolongado diálogo crítico interno y de reflexiones locales y regionales en los grupos identitarios. Por ejemplo, la reivindicación de las políticas del cuidado que reclama el movimiento feminista, la exigencia de un reconocimiento y de lucha por una igualdad ante el trabajo, la crítica a diversas relaciones sociales y familiares tradicionales que reproducen la desigualdad y la discriminación entre los géneros, el rechazo radical a las estructuras sociales, de poder y de cultura del dominio masculino, la crítica al diferencial de poder en lo público y en lo privado entre mujeres y hombres, son nociones de un profundo proceso interno de esclarecimiento colectivo en los colectivos feministas populares.

La tendencia, por tanto, es que en el transcurso del mandato de los gobiernos mencionados se presente una conflictividad entre dichos movimientos y el progresismo. Por ello, resulta clave la consolidación de un régimen político democrático que abra el camino para que la profundización de derechos, libertades y demandas logre establecer un espacio de diálogo entre los movimientos y sus líderes con los integrantes de los partidos políticos y funcionarios públicos, lo que abriría una estrategia conjunta de transformación nacional popular. Por su parte, los dirigentes de las organizaciones identitarias no siempre reconocen la necesidad política de una estrategia de inclusión de las amplias mayorías en sus políticas.

Algunos aspectos de la lucha feminista popular de las villas argentinas, las favelas brasileñas, los espacios marginados de México o de las poblaciones chilenas, tales como la búsqueda comunitaria de la paridad y la solidaridad de género en la sociedad (ante la precarización de la economía, la política o la cultura) puede tener respuesta inmediata de los gobiernos progresistas en tanto políticas públicas o sociales, pero es difícil que coincidan en reconocer su significado más complejo relacionado con la superación de las concepciones tradicionales de los roles de género en las relaciones familiares, sociales y en cuanto la vida social.

Así, los gobiernos tendrían que ir más allá de una agenda de políticas de atención jurídica, económica y social a las reivindicaciones. Los movimientos reclaman cambios en las políticas de género en la sociedad, así como en las orientaciones del poder legislativo, el judicial, la administración pública y hasta en las formas culturales de los organismos policíacos y civiles (Palma, 2022).

La presencia de liderazgos de mujeres en los ámbitos periodísticos, ambientalistas, de lucha contra la desaparición violenta de personas, en el cuestionamiento al racismo en las políticas públicas y en la cultura social, así como en los movimientos LGBTIQ+, tienen hondos antecedentes. Son procesos en que se han enfrentado concepciones y leyes que protegen a caciques locales y líderes corruptos, a las oligarquías, al patriarcado y sus estructuras culturales y de poder. Hoy, sin embargo, se ha avanzado en el diálogo entre movimientos e instituciones, como se demuestra en el importante liderazgo de la actual presidenta de Honduras, Xiomara Castro, ambientalista y feminista, de la actual vicepresidenta de Colombia, Francia Márquez, luchadora de los movimientos de la negritud, de los dirigentes de la comunidad LGBTIQ+ que han encontrado líneas de coin-

cidencia con políticos de las izquierdas como la lucha de la asesinada Marielle Franco en Brasil y de le magistrade del tribunal electoral de Aguascalientes en México, Jesús Ociel Baena, así como la lucha de las mujeres mapuches que han tenido el apoyo de jóvenes urbanos y campesinos chilenos en las campañas políticas a puestos electorales, etc.

Los liderazgos sociales y políticos de los movimientos enfrentan condiciones muy adversas dado que muchas veces no tienen condiciones de protección plena por la sociedad, por las instituciones y los organismos estatales, debido a la persistencia de grupos conservadores autoritarios en los ámbitos de acción del poder económico, político y policiaco-militar. Véase por ejemplo el terrible asesinato ocurrido hace algunos años de la líder ambientalista Berta Cáceres de Honduras. En buena parte de los países de América Latina se vive una continua violencia política de grupos de poder reaccionarios en contra de dirigentes populares apoyados por sus comunidades.

La reacción desestabilizadora de la ultraderecha

Las políticas de la ultraderecha renovada

Existen diferentes políticas de la ultraderecha en cada país, pero es notorio que esas fuerzas buscan una alianza regional y siguen utilizando la reivindicación del viejo orden ante el fantasma comunista, para crear miedo al cambio y con la intención de estigmatizar negativamente lo nuevo, con argumentos falsos totalmente inventados, dadas las propuestas reales de las agendas progresistas y democráticas. Hoy se añade a lo anterior el feminismo como el nuevo fantasma que recorre a las sociedades latinoamericanas. La reacción de las fuerzas de ultraderecha que han perdido las elecciones es en términos de promover la profundización de la desigualdad y la discriminación, la polarización, la desestabilización de gobiernos, la incitación al odio y la violencia política, todas ellas en general basadas en mentiras y *fake news*.

En todo caso, las nuevas políticas “fascistas” de la ultraderecha pueden irradiarse en la sociedad puesto que las ideologías que siguen viviendo en la irracionalidad del hombre masa. Por ello es urgente que los gobiernos progresistas vayan más lejos en sus concepciones y políticas, hasta generar un cuestionamiento

del sentido común y apuesten por una cultura de la verdad, del diálogo, de la democracia y de la construcción colectiva de la vida social y de la memoria (Stefanoni, 2022).

En el mundo actual, cada vez con mayor frecuencia, las irracionalidades se capitalizan por una ultraderecha que promueve políticas para disputar la influencia en los púlpitos, en instituciones políticas, los medios de comunicación, los parlamentos, el poder judicial y en la calle. Algunos grupos de esta orientación han incentivado el fanatismo religioso y han conducido campañas para, junto al evangelismo pentecostal de la teología de la prosperidad, reivindicar el corporativismo militarista, el ataque a las instituciones democráticas, al rechazo a la diversidad de la sociedad y la creación de un imaginario totalmente erróneo e incoherente sobre lo que es la sociedad, los posicionamientos políticos, lo que es Dios, la familia y la patria. Las políticas de estas corrientes se sustentan en una concepción que se basa en el miedo a los avances civilizatorios y del conocimiento científico en la sociedad, y cuestionan todo cambio de las instituciones y de la sociedad.

La derecha, por su parte, subordinada en muchos de sus segmentos a la ultraderecha, no siempre valora realmente la democracia como espacio para el debate de argumentos racionales e históricos que fundamenten la toma de posiciones en lo electoral y en los asuntos públicos.

La tecnología ha jugado un papel definitorio en crear y difundir temores y a menudo en mantener a la gente en la ignorancia. El dominio de los expertos de las clases conservadoras ha inventado la *posverdad* y el *lawfare* para crear miedos e ideas falsas y juicios amañados aprovechando todo tipo de tecnologías que crean falsas verdades digitales y que llegan a todo mundo, por más fantasiosas y sin sentido que sean.

Sólo con procesos y políticas de profundización de las democracias latinoamericanas los nuevos gobiernos podrán hacer frente racional al disenso, contribuir a una verdadera pluralidad, y así crear los espacios necesarios para la participación y el debate en y de los movimientos en espacios políticos y socioculturales de los sectores populares y las clases medias. De igual forma, un ambiente social de ejercicio crítico en y de la sociedad civil conlleva políticas de transformación de las instituciones y los medios.

En un período de tanta confusión y contraposición de ideas como el actual es urgente que se aliente un movimiento popular crítico-político de masas que incremente los niveles de confianza en la política de parte de las mayorías y estas logren una aprobación consciente y activa de las nuevas políticas progresistas democráticas en la sociedad. Para ello se precisa que se popularice una concepción de la democracia que signifique no sólo lucha de argumentos, sino que permita la conformación práctica de voluntades colectivas de masas en la acción política renovadora de la vida social, con fuerza para enfrentar con conocimientos histórico-políticos problemáticas económicas y políticas de los países de la región.

Los Estudios Latinoamericanos como corriente ideológico política y de acumulación teórica de los movimientos y las academias de México, Brasil, Bolivia, Argentina, Colombia, Chile, Ecuador, Venezuela, Cuba, etc., tienen una veta fundamental para incidir en la socialización de una crítica al sentido común popular, con una cultura analítica histórica que se ha acumulado en todo un siglo, que ha profundizado el seguimiento del movimiento orgánico del capitalismo, del Estado moderno, sus instituciones y mediaciones, cuestionadora de la desigualdad y de la diferencia social, del poder de las élites y de la cultura contradictoria e irracional del sentido común.

Estos estudios son ya un potencia cultural y política muy importante, con autores relevantes en cada uno de nuestros países y con perspectiva e inclusión regional como Marini, Bagú, Zavaleta, Florestan Fernandes, Cueva, González Casanova, Dussel, Borón, etc. Hoy se puede decir que los Estudios Latinoamericanos no son propugnadores de verdades abstractas llenas de ideología, sino creadores de categorías intermedias nacidas de análisis concretos y de teorizaciones propias de y sobre América Latina. Además, estos estudios han acompañado la elaboración estratégica de la política transformadora de la situación de la región.

¿Separados o integrados? La problemática de la convergencia política progresista

El problema de la unidad en la diversidad de Estados y de gobiernos

Tenemos que partir de que los diferentes gobiernos de la nueva ola progresista tienen cada uno sus historias, estructuras y una ecuación Estado-cultura-socie-

dad distinta (Oliver, 2017). Las sociedades y los Estados son muy diferentes en nuestra región. La historia regional ha dado lugar a Estados unitarios, pero también a Estados fragmentados, de compromiso y aparentes, conceptos que aluden a una determinada interdependencia entre instituciones y sociedad civil (Zavaleta, 2013b). Hoy día incluso no es suficiente remitirse a los Estados nacionales, sino que se ha puesto en el orden del día el debate y la lucha política por Estados plurinacionales en sociedades abigarradas, tanto social y políticamente como constitucionalmente.

Sin embargo, a pesar de su diversidad, nuestros países tienen problemáticas semejantes tales como sus capitalismos dependientes, sus economías de extractivismo y monoproducción, la desnacionalización y desindustrialización de los últimos 50 años, con el rentismo en su eje de acumulación, así como formas institucionales de autoritarismo político de Estado. Las formas de autodeterminación popular que cuestionan esos asuntos son capaces de lograr grandes avances en las peores condiciones. Veamos por ejemplo Honduras, que logró modificar una situación de Estado subordinado pelele y subsidiado por fuerzas de intervención de los Estados Unidos y las oligarquías rancias, y hoy tiene un gobierno digno; o Bolivia, que derrotó con la participación mayoritaria de las comunidades y organizaciones indígenas el golpe de Estado militar reaccionario de 2019. Alienta que existan pueblos que han aprendido a ejercer derechos y libertades en democracia como se está viendo ahora en el reciente triunfo de Petro en Colombia o de Lula da Silva en Brasil. Pero no son pueblos ni gobiernos aislados, están subsumidos bajo en la mundialización del capital y la transnacionalización de los Estados (Hirsch, 1996), ello porque lo interno y lo internacional están más interrelacionados que nunca.

Nunca antes en América Latina se produjo una convergencia de triunfos político electorales de gobiernos progresistas como ha sucedido en los últimos años: México, Argentina, Brasil, Colombia, Bolivia, Chile, Honduras y Guatemala, lo que enriquece con sus políticas progresistas a las más radicales de Cuba y Venezuela. Ello ha incidido en el fortalecimiento de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC).

El triunfo electoral reciente de gobiernos progresistas, como lo comentamos, tiene como nunca el sustento de movimientos populares inconformes y activos,

aun cuando no prevalece una hegemonía democrática en las sociedades, sino que su acción se produce en condiciones de equilibrio catastrófico con las fuerzas del orden neoliberal que activamente buscan impedir que se constituya un nuevo bloque de poder democrático progresista. Pero eso plantea el problema político de cómo puede la sociedad popular ir más allá de funcionar sólo como sustento de políticas de gobiernos progresistas, para unificarse, autodeterminarse y construir una dirección política colectiva y unitaria que supere su condición de subalternidad, les permita enarbolar un proyecto alternativo y generar y/o acompañar las reformas que se requieren.

Lo regional puede ser ahora una mediación fundamental para destrabar la crisis orgánica interna de los Estados latinoamericanos. Nos preguntamos si será posible crear una estrategia regional común de gobiernos progresistas orientada a enfrentar las problemáticas de las situaciones nacionales y locales auspiciando proyectos comunes que hagan avanzar la integración latinoamericana en lo económico, lo político y lo cultural. Esto requeriría dar nuevo lugar y poder a las poblaciones para que participen en las organizaciones colectivas institucionales como el Mercosur y la Unasur, la CELAC, y el Consejo de Defensa Sudamericano, los proyectos de infraestructura, financiamiento, intercambio comercial, de tecnología y comunicaciones de la cooperación Sur-Sur, etc., en un bloque político regional cuyo eje sea la economía social, la democracia, la política soberana y el mejoramiento popular, con un amplio alcance en un proyecto industrial regional consistente y articulado a la vía campesina, una cooperación económica y militar autónoma e independiente del ejército de Estados Unidos, una economía pública y social, un proyecto democrático colectivo participatorio. Por fin un proyecto cultural de masas para generar una alianza política y una afluencia de pensamiento crítico, que dé lugar a una lucha de posiciones tanto a nivel subcontinental como en cada país. Eso podría contribuir a modificar concepciones y crear acciones de peso para elevar el grado de la conciencia colectiva latinoamericanista por medio de la autodeterminación política popular.

Y con respecto a las problemáticas, es importante la asunción de que la política democrática popular latinoamericana se caracteriza por ser todavía muy espontánea, está centrada en las grandes personalidades dirigentes y no considera necesario y urgente modificar las relaciones de fuerzas en cada país y en

la región en su conjunto. Hoy las fuerzas populares y los movimientos sociales han superado la apuesta por regímenes autoritarios del pasado y han asumido la democracia como forma de lucha y de disputa por el gobierno, hasta llegar a los excelentes resultados que vemos ahora en las elecciones de gobiernos nacionales de los países.

Sin embargo, la política institucional en curso tiende a recrear la distancia entre dirigentes y dirigidos, gobernantes y gobernados, y entrega la política a las personalidades, es espontaneísta, de resistencia y reacción. Aún no se aprecia una conducción de construcción estratégica política y cultural que incida en la posibilidad de reformas profundas y un empoderamiento consciente de masas desde abajo —en la sociedad civil, en la vida popular, en las instituciones y en la sociedad política. Sigue prevaleciendo una noción de democracia liberal de élites y de cesarismo político de los grandes dirigentes, que mantiene la pasividad, exclusión y penuria de las grandes mayorías.

Evidentemente, las reglas, normas y formas políticas tienen que ser parte de una concepción de mediano plazo de construcción democrática y no un amarre que impida moverse y hacer reformas a las distintas fuerzas, pero también hay que modificar esas reglas, normas y formas para dar lugar a la transformación democrática en que toda la sociedad participe y decida los asuntos públicos nacionales, regionales y locales. Los gobiernos de los países en que han ganado proyectos progresistas no pueden ser indiferentes al predominio de ideologías conservadoras y elitistas en que se expresa la alienación y el culto al lucro, a las élites y a los presidentes.

Se requiere que los grupos sociales y políticos populares activos se conviertan en sujetos políticos y sociales y dinamicen los cambios y las reformas urgentes, que nuevas concepciones y nuevas fuerzas ocupen posiciones significativas en todos los ámbitos (cultural, educativo, político, social, económico, burocrático, organizativo, militar, policiaco, etc.) tanto de la sociedad civil como de la sociedad política. Urge que la democracia supere a las élites, evidencie sus pactos y compromisos, de lugar a la acción popular organizada, a los debates y diálogos en las ciudades y los barrios, en las instituciones educativas y en las instituciones políticas, sociales y culturales, de forma que los dirigentes dialoguen con las masas y hagan compromisos verdaderos. Esa lucha constante de posiciones es

la que puede llevar a la catarsis como el momento y la vía por la cual lo económico se hace ideológico político y se lleva al terreno de la disputa por el Estado (Gramsci, 1999; Oliver, 2017b).

Políticas de Memoria

La historia social de las masas populares

La memoria histórica de las mayorías de la sociedad civil remite a momentos de crisis y a momentos constitutivos superadores, importantes en la vida de cada sociedad (Zavaleta, 2013b). Hay un aspecto de esta memoria que es de fundamental importancia: recordar y tener presente las situaciones de crisis y aquellos límites que impusieron las sociedades a las oligarquías, con sus luchas democráticas, no deberían olvidarse como referente de la historia de cada país o de los grandes logros de la civilización humana. Se trata de fenómenos de conciencia sobre la importancia de cuidar la memoria colectiva de las sociedades y los Estados. No todos los gobiernos progresistas atienden del todo esa necesidad. Hoy en la sociedad se ha arraigado con fuerza la conciencia de que se precisa de una labor específica y de una disputa por la memoria para evitar el olvido.

En general, la memoria colectiva es fuente de crítica y de cohesión social, y resulta absolutamente necesaria cuando recuerda situaciones negativas de injusticia o falta de libertad, de deshumanidad, conflicto armado, odio al próximo, discriminación y guerras, procesos que llevaron a la lucha popular con un espíritu colectivo y solidario.

Hoy, bajo la presión de la crisis orgánica del Estado la ultraderecha reacciona con su tradicional autoritarismo, minusvaloración y jerarquías, al triunfo de gobiernos progresistas democráticos y a la disputa por la memoria, con falseamientos de la realidad, utilización del poder mediático y judicial para anular la presencia en las mentes colectivas de los momentos constitutivos nacionales, de las resistencias y luchas populares que lograron la recuperación de los Estados civiles que respeten derechos y libertades.

Lo anterior constituye el eje más profundo de las controversias críticas sobre el capitalismo digital, respecto del uso mediático que las fuerzas políticas reaccionarias están utilizando para imponer mentiras –basadas en el sistema de *fake*

news— sobre la historia anterior y reciente, por ejemplo, respecto de la función y papel de las dictaduras militares de mediados y finales del siglo pasado, que se impusieron con golpes de Estado antipopulares y fungieron como Estados de contrainsurgencia (Marini, 1978), dictaduras a las cuales las fuerzas de ultraderecha les hacen un homenaje, como en Brasil y Chile, para ocultar lo que fue su verdadero carácter y establecer una alianza con los sectores militares retrógrados.

En ese sentido es fundamental la disputa por la recuperación de la verdad para integrarla a la memoria histórica y apostar por una civilidad democrática colectiva para contribuir, con el cuidado de la salud social y del mejoramiento del ambiente, a la creación de una vida social y política basada en la memoria democrática, en la paz y en el cuidado a la infancia, juventud y vejez, en un ámbito de racionalidad y unidad nacional popular, de procesos de populares de reconciliación nacional real.

Ello de por sí no va a anular las contradicciones complejas que siguen existiendo en las sociedades, pero podrá crear una nueva cultura de las masas para dar lugar a una nueva civilidad democrática que sea parte de una modificación profunda de las relaciones de fuerzas histórico políticas.

Algunas conclusiones

En la situación actual de prácticamente todos los países se presenta una coyuntura de crisis orgánica del Estado entendido en forma integral como relación y articulación entre sociedad política, proyectos nacionales, sociedad civil y proyectos civilizatorios. Sin embargo, al parecer ninguna de las fuerzas participantes de la lucha política y los movimientos sociales tienen en su horizonte una verdadera salida política que tenga un carácter de real dirección alternativa a las continuas crisis de la economía, las sociedades y la política.

No obstante, la clara diferencia entre las posiciones retrógradas de las derechas y especialmente de las ultraderechas y la defensa de lo popular y la cultura de paz de las fuerzas del progresismo del centro izquierda, la crisis es también ideológica cultural y atañe a lo ético y lo intelectual civilizatorio. No parece haber por ningún lado una conciencia colectiva y social de la necesidad de una nueva política positiva de hegemonía que abra el camino de una economía que ponga un alto a las políticas depredatorias hacia la naturaleza y los territorios,

que pare la sobreexplotación, la precarización y la marginación de las mayorías populares, que contribuya a la cohesión social, a la democracia política participativa, a la integración económica nacional y regional y se asiente en perspectivas civilizatorias más altas de convivencia social.

Referencias

- Betto, F. (2018, 4 de julio). *América Latina requiere reformas estructurales*. Observatorio de la crisis. <https://observatoriocrisis.com/2018/07/04/frei-betto-america-latina-requiere-reformas-estructurales/>
- Crook, A. (2023, 14 de febrero). *Fin de juego para Ucrania: las élites estadounidenses se preparan para mirar hacia otro lado*. Observatorio de la crisis. <https://observatoriocrisis.com/2023/02/14/fin-de-juego-para-ucrania-las-elites-estadounidenses-se-preparan-para-mirar-hacia-otro-lado/>
- González Casanova, P. (2015). De la sociología del poder a la sociología de la explotación. Pensar América Latina en el siglo XXI. En M. Roitmann (Ed). *Antología y presentación*. Siglo XXI y Clacso.
- Gramsci, A. (1999). *Cuadernos de la Cárcel*, V Tomos. Era.
- Hirsch, J. (1996). *Globalización, capital y Estado*. UAM-X.
- (2002). *El Estado nacional de competencia*. UAM-X.
- Katz, C. (2023, 13 de febrero). *Discusiones en la izquierda latinoamericana*. Observatorio de la crisis. <https://observatoriocrisis.com/2023/02/13/discusiones-en-la-izquierda-latinoamericana/>
- Marini, R. M. (1978). El Estado de contrainsurgencia. *Cuadernos políticos*, (18).
- Modonesi, M. (Coord.) (2022). *La revolución pasiva. Una antología de estudios gramscianos*. Bellaterra Edicions.
- Oliver Costilla, L. F. (2017). *La ecuación Estado-Sociedad civil en América Latina*. UNAM.
- (2017b). Gramsci y la noción de catarsis histórica. Su actualidad para América Latina. *Las torres de Lucca. Revista internacional de filosofía política*, 6(11).
- (Coord.) (2022). *Problemas teóricos del Estado integral en América Latina*. UNAM.

- Ouviña, H. y Thwaites Rey, M. (Comps.) (2014). *Estados en disputa: auge y fractura del ciclo de impugnación al neoliberalismo en América Latina*. El Colectivo Eds.
- Palma, L. (2022). Movimiento feminista y poder en Argentina. En L. F. Oliver Costilla (Coord). *Problemas teóricos del Estado integral en América Latina*. Editorial UNAM.
- Reveles Vázquez, F. (2021). *Gobiernos de izquierda y democracia en América Latina. Participación, movilización y confrontación*. Teseo-UNAM.
- Stefanoni, P. (2022). ¿La rebeldía se volvió de derecha? Siglo XXI.
- Zavaleta, R. (2013). *Lo Nacional popular en Bolivia (1984)*. Obras completas, Tomo II. Ed. Plural.
- (2013 b). *El Estado en América Latina (1983)*. Obras completas, Tomo II. Ed. Plural.
- (1974). *Movimiento obrero y ciencia social. La revolución democrática de 1952 en Bolivia y las tendencias sociológicas emergentes*. Obras completas, Tomo I. Ed. Plural.

Capítulo II

La reconfiguración política de América Latina y las movilizaciones y resistencias sociales en el siglo XXI

María Guadalupe Moreno González

Introducción

La reconfiguración política que América Latina experimenta en los últimos años, con el posicionamiento de gobiernos de corte progresista o de espectro de izquierda, junto a las movilizaciones y resistencias sociales de la última década, lleva en su esencia el cuestionamiento al modelo neoliberal, además las consecuencias económicas, políticas, sociales y medioambientales que supone su instauración.

En los últimos cuatro años, los gobiernos progresistas o de izquierdas han definido un viraje importante en la geopolítica de la región y, por ende, en la vida política, económica y social de la mayoría de los países latinoamericanos, estos son:

En México, con la llegada de Andrés Manuel López Obrador a la presidencia para el periodo de 2018-2024 por el partido Morena, también conocido como Movimiento de Regeneración Nacional¹. En Argentina, con la elección de Alberto Ángel Fernández como presidente para el periodo 2019-2023 del Frente de Todos (peronismo y kirchnerismo). En Bolivia, Luis Alberto Arce llegó a la presidencia para el periodo de 2020-2025 por el partido Movimiento al Socialismo (MAS). En Perú, el candidato de Perú Libre, José Pedro Castillo², ganó las

¹ Por la asociación civil que le dio origen.

² Perú vive una de sus crisis políticas y sociales más importantes de su historia reciente al destituir y encarcelar el pasado 07 de diciembre de 2022 al presidente Pedro Castillo Terrones

elecciones presidenciales para el periodo de 2021-2026. En Chile, Gabriel Boric Font, del partido Convergencia Social llega a la presidencia para el periodo de 2022-2026. En Honduras, Iris Xiomara Castro Sarmiento, del partido Libertad y Refundación ganó la presidencia para el periodo de 2022-2026. En Colombia, Gustavo Francisco Petro Urrego, líder del Pacto Histórico, ganó las elecciones presidenciales para el periodo del 2022-2026. Y en Brasil, Lula da Silva, candidato del Partido de los Trabajadores (PT), asumió la presidencia en el pasado enero para el periodo 2023-2027.

Estos gobiernos, además de representar a los países de mayor población de la región, tienen como rasgo particular que han llegado a la presidencia ha sido por la vía electoral y de manera pacífica, lo que refuerza su legitimidad. No obstante, ante la presencia de gobiernos progresistas y con tintes de izquierda, es común que se tenga la emergencia de ultraderechas, por lo que una lectura sobre su presencia y los impactos sociopolíticos a corto, mediano y largo plazo es necesaria para la comprensión de estas complejas realidades contemporáneas.

Por otra parte, frente los escenarios globales que vivimos, las resistencias y movilizaciones sociales se constituyen como actores sociales claves para las consolidaciones de los proyectos políticos de cada país. Además, la mayoría de estas resistencias, comparten en gran medida con los gobiernos progresistas el cuestionamiento del modelo neoliberal y sus consecuencias para la vida pública y privada de la población, aunque también son críticos a los gobiernos de izquierda y su autonomía sigue siendo un rasgo particular de las resistencias y

a poco más de un año de su gobierno. El Congreso del país lo destituyó por el presunto delito de rebelión, regulado por el Artículo 346 del Código Penal, por “quebrantar el orden institucional” de acuerdo con la Fiscalía de Perú quien acusó formalmente, a través de la denuncia constitucional, de liderar una organización criminal en el seno de su gobierno. El motivo fue por el anuncio de la disolución de la Cámara y la instauración de un “gobierno de excepción” y se han abierto seis investigaciones sobre supuestas irregularidades e ilícitos cometidos por su entorno y aunque el presidente ha reiterado que las acusaciones son falsas y que probará su inocencia aseguró que se puso en marcha una “nueva modalidad de golpe de estado en el Perú”. Desde el 07 de diciembre de 2022 la exvicepresidenta también del partido Perú Libre, Dina Boluarte ha asumido la presidencia del país.

movilizaciones sociales. Por ello, aproximarse a las principales movilizaciones e identificar sus demandas, formas de organización y de manifestación y su relación con el Estado es otro de los propósitos de este documento.

Este trabajo se conforma de tres apartados. En el primero se hace un recuento sobre el giro que América Latina ha experimentado en los últimos cinco años con la llegada de gobiernos de corte progresista o de afinidad con los proyectos políticos de izquierdas por la vía electoral. En un segundo apartado se abordan las principales manifestaciones de las ultraderechas. En el tercer apartado se hará una reflexión sobre las principales resistencias y movilizaciones sociales en América Latina y su relación con los gobiernos progresistas, tratando de proyectar escenarios futuros.

Desarrollo. Aproximación al contexto global de América Latina

Los contextos en los que se enmarca el arribo de los gobiernos progresistas actuales en América Latina son complejos y difíciles porque, a partir de la implementación del modelo neoliberal en las décadas de los 80 y 90 del siglo xx por los gobiernos de derecha –también llamados conservadores–, se experimentó una serie de transformaciones económicas, sociales, culturales y políticas positivas y negativas en la mayor parte de la región latinoamericana. Las consecuencias negativas incluyeron a grandes sectores de la población y sus efectos se han extendido hasta la actualidad en la vida pública y privada de las sociedades modernas.

A nivel macro se observa como el principal problema la desigualdad social, seguido del recrudecimiento de la pobreza multidimensional³, la polarización social, económica y política, el progresivo desmantelamiento de los estados-nación, el incremento de la violencia en todos sus tipos y manifestaciones, el despojo sistemático de las tierras y de los recursos naturales de los pueblos originarios, la migración forzada, el extractivismo, la pérdida de ecosistemas y de biodiversidades, la discriminación y la exclusión social entre otros problemas

³ Involucra una serie de aspectos de la condición humana (posibilidades o grados de libertad que las personas tienen para alcanzar su máximo potencial) que no se restringen sólo a los ingresos monetarios o a la capacidad adquisitiva.

que parecen casi imposibles de resolver para las incipientes democracias latinoamericanas.

Además de la reciente crisis sanitaria global ocasionada por la pandemia del COVID-19 en el año 2020, que sumó a las problemáticas globales ya indicadas, el incremento de enfermedades mentales, principalmente la depresión y la ansiedad, como problemas de salud pública derivadas por la convivencia forzada y por el confinamiento obligatorio, las desigualdades entre países desarrollados y en vías de desarrollo reflejadas en la capacidad de agencia de los gobiernos para la compra de vacunas, el colapso de los sistemas de salud y, en general, el mal manejo de la pandemia, que cobró la vida de miles de personas, además de las deudas contraídas por la mayoría de los países latinoamericanos para hacerle frente a la pandemia:

Durante la pandemia hubo muchas economías latinoamericanas que expandieron el gasto fiscal para sus gastos sociales. Entre ellas, tres en particular: Colombia, Chile y Brasil gastaban más de lo que les ingresaba, a pesar de que son economías bastante grandes. Pero, por otro lado, también están países como Argentina y Ecuador que ahora tienen importantes deudas con el FMI⁴, y también son de las economías que están pagando más sobrecargos por alargar el pago, explica Campa (Toledo, 2022, párr. 5)

Esta situación sin duda impactará en un corto o mediano plazo de manera negativa en la economía e inflación de los países endeudados, generando un coste de vida elevado y, por ende, un detrimento en la calidad de vida de estos países.

Lo anterior provoca una polarización económica, rasgo inherente y consustancial al modo de producción capitalista que muestra total vigencia en los últimos cinco años en toda la región: por un lado, Estados Unidos se presenta como potencia hegemónica capitalista y, por el otro, los países latinoamericanos como la fuente de explotación de las grandes corporaciones de los países de primer mundo y la codependencia entre los países en vías de desarrollo con los desarrollados.

⁴ Fondo Monetario Internacional (FMI).

Por otra parte, a nivel micro se identifican problemas sociales como la intensificación de las violencias de género, la desintegración familiar, las desapariciones forzadas, las enfermedades mentales sin cuidados médicos, el desempleo, subempleo e incremento del empleo informal con grandes sectores de población sin cobertura de seguridad social, la suplantación de identidades, el incremento de delitos cibernéticos, el desencanto de la población por la clase política, por el sistema de partidos, por la insensibilidad de los gobiernos de derecha para responder a sus demandas y por la propia democracia que poco o nada resuelve las situaciones señaladas anteriormente.

Con la llegada de la pandemia por COVID-19 en 2020, las tecnologías de la información se posicionaron como el medio de comunicación y de articulación social –a través de las redes sociales y plataformas digitales– más importante de la época, desde las ventas por plataformas, las transacciones económicas y financieras, el trabajo en casa, la educación en línea, las relaciones interpersonales que se mantienen a través del uso de la Internet así como el nuevo espacio público para la organización de las movilizaciones y protestas sociales. De hecho, el internet de las cosas (IoT)⁵, que se pronosticaba hace apenas unos años es ahora una realidad que transforma la vida social con la ciencia de datos, la robótica, la nanotecnología. No obstante, con el crecimiento exponencial del uso de las redes sociales, la desinformación o *infodemia* también es un fenómeno común en el que se evidencia el poder de la comunicación para crear tendencias y generar credibilidad de masas aun cuando sea en un sentido negativo o equivocado.

Con relación al hartazgo de la población hacia su clase política, la corrupción y la falta de respuesta a los problemas y necesidades sociales han sido una de sus principales causas. Por ejemplo, el caso Odebrecht⁶ (Guzmán, 2018) repre-

⁵ Internet de las cosas (IoT) es el proceso que permite conectar los elementos físicos cotidianos al internet, según el tipo de tecnología de IoT, las personas o los sistemas de inteligencia artificial (IA) y aprendizaje automático (ML) puede analizar los datos casi de inmediato.

⁶ Uno de los casos más representativos de corrupción y soborno en América Latina, con la distribución millonaria para políticos, empresarios y exfuncionarios de 11 países latinoamericanos: Argentina, Brasil, Colombia, Cuba, Ecuador, Guatemala, México, Panamá, Perú, República Dominicana y Venezuela, además de Angola, Mozambique y Estados Unidos.

senta probablemente el referente más cercano y conocido de lo que acontece en la región con los gobiernos que ponen a la venta los recursos y bienes públicos, lesionando gravemente la economía del ciudadano común.

Estas realidades sociales dan pie a definir como premisa fundamental que, ante estos contextos sociales, importantes sectores de la sociedad civil simpatizaron con los proyectos políticos de los partidos identificados con las izquierdas o con posturas progresistas como la posible alternativa política de cambio.

En los comicios recientes y con el resultado de las elecciones celebradas a partir de 2018, en América Latina se dio un cambio en la geopolítica de la región por dos motivos principales:

1. Un porcentaje del electorado acudió a votar por la propuesta de cambio, la promesa de mejorar la calidad de vida o simplemente por la esperanza de ver cumplidas las demandas sociales pendientes.
2. Otro porcentaje de ciudadanos emitió el voto como castigo en contra de los partidos tradicionales anquilosados en la política neoliberalista y manifestó a través del sufragio el rechazo de la clase política relacionada con hechos de corrupción, nepotismo, tráfico de influencias, impunidad, vinculación con el crimen organizado, entre otros.

Sin embargo, el que de manera pacífica se elija un cambio político de un gobierno conservador de derecha a un gobierno de corte progresista y/o con tintes de izquierda, implica necesariamente la presencia de una formación de una cultura política y de participación ciudadana que espera la modificación de las condiciones sociales, políticas y económicas de su vida cotidiana.

Los cambios que se dieron en los últimos cinco años en los gobiernos progresistas demuestran que en ellos se tiene una oportunidad importante para transformar las condiciones de la mayor parte de la población de la región, pero también dan cuenta de los principales obstáculos que se tienen, puesto que su presencia en la región no es menor, como lo refiere la Figura 1:

Odebrecht es una empresa brasileña creada en 1944 que financiaba campañas políticas en las elecciones para conseguir contratos y beneficios de obras de construcción a sobre costos y falta de cumplimiento en la entrega de las obras.

Figura 1. Tendencia de países progresistas en América Latina



Nota. El mapa muestra la tendencia de gobiernos progresistas en América Latina. Elaboración propia. Enero 2023.

Esto demuestra cómo, en los últimos cinco años (de 2018 a 2022), la manera en que se transformó la geopolítica de la región, al elegir gobiernos de corte progresista o de izquierdas, implica también una serie de retos y de desafíos que no son sencillos de resolver. Para ello, es preciso diferenciar los conceptos

de gobiernos de izquierda y gobiernos progresistas, a fin de no usarlas como sinónimos.

La izquierda como concepto es compleja en su propia definición, pero de forma simple se explica como la posición crítica y de rechazo a las desigualdades e injusticias que para el capitalismo resultan naturales. Tiene como principios básicos; la igualdad, la justicia y la libertad. Por otro lado, el progresismo como movimiento social y político se articula alrededor de las premisas de desarrollo sostenible (industrialización adecuada y extractivismo regulado, aun cuando esta premisa no alcanza a cumplirse, se continúa con esquemas de abuso por las grandes corporaciones), bienestar general en cuanto a erradicar la pobreza, combatir la desigualdad social, establecer instituciones y medios para mantener la defensa de los derechos humanos y sociales, contribuir para crear una estructura que permita una sociedad civil participativa –democracia participativa– entre otras cosas:

Estos gobiernos fueron resultado de los movimientos sociales organizados desde las bases populares –indígenas, obreros, campesinos, profesionistas, militares, policía, etc.– que se articularon en torno a un partido político (el MAS en Bolivia, Alianza País en Ecuador, el PSUV en Venezuela) para acceder al poder político a través de los procesos electorales y conformaron un nuevo Bloque Histórico de Poder que configuró una nueva hegemonía (González y Figueroa, 2019, p. 105).

En cierta forma, los gobiernos progresistas, se desarrollan bajo la lógica del modelo neoliberal, pero tratan de humanizarlo para contrarrestar los efectos negativos. Este contexto nos permite distinguir entre la izquierda y los gobiernos progresistas con un origen asociado a las luchas de las comunidades y pueblos originarios. Para Massimo Modonesi es indispensable establecer un punto de partida sobre los movimientos sociales antineoliberales⁷:

la denominación neoliberalismo apareció a mediados de la década y se volvió punto de agregación en el encuentro –En defensa de la humanidad y contra el

⁷ Refiere en el texto que la década de los años noventa tiene como evento histórico referente la aparición y demandas del EZLN Ejército Zapatista de Liberación Nacional. Página 182.

neoliberalismo—, convocado por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en Chiapas en 1996, que sintonizó un campo de luchas populares que, de allí en adelante, serán llamadas antineoliberales (Modonesi, 2019, p. 182).

Vale la pena mencionar que, al parecer, la ciudadanía está interesada en las nuevas apuestas políticas y sociales con la esperanza de avanzar en un proyecto alternativo al neoliberal que ofrezca una visión de mundo con respeto a las libertades y los derechos humanos, así como el cuidado del medio ambiente y al fomento de una cultura de paz. “Las consideraciones que Modonesi realiza sobre el origen del antineoliberalismo son similares al uso que Gramsci ofrece sobre el término de las revoluciones pasivas, en cuanto a que son restauraciones o resultados que han recogido de las exigencias de abajo” (González y Figueroa, 2019, p. 105).

Por lo anterior, se debe reconocer que a nivel global los gobiernos de izquierda avanzan, pues las demandas por una mejora en la calidad de vida, y en los derechos sociales son una lucha histórica, por ejemplo, entre los años 2019 y 2022 en la Unión Europea se identificaron seis países que se consideran y reconocen como gobiernos de centro-izquierda, entre estos Alemania, Dinamarca, Eslovenia, Finlandia, Malta y Portugal; en tanto que, fuera de la Unión Europea, pero dentro del continente se cuentan cinco países más: Albania, Kosovo, Macedonia del Norte, Montenegro y Noruega. Esto demuestra que no se trata de un fenómeno que esté ocurriendo sólo en América Latina, pues algunos países europeos desarrollados también cuestionan fuertemente al modelo neoliberal, debido en parte al detrimento de las políticas sociales y de seguridad social, así como al debilitamiento de los estados nación por las condiciones del mercado.

Por otra parte, la oposición se organiza e intenta contrarrestar a los gobiernos de izquierda o progresistas, simulando perseguir el cumplimiento de demandas sociales que caracterizan tradicionalmente a la izquierda. En la actualidad se tiene una especie de oleada internacional de golpes blandos en contra de los gobiernos progresistas a través de neofascismos que van de la mano con el fortalecimiento de la extrema derecha que tiende a radicalizarse con posturas anti-democráticas.

En toda la región surgen grupos religiosos –católicos, cristianos, bautistas, etc.,– así como grupos extremistas –neofascismos– que condenan el derecho a la diversidad sexual, manifiestan rechazo y discriminación hacia las minorías, y buscan crear conflicto con el ejercicio de violencia. Por estas razones es indispensable que los gobiernos progresistas mantengan relación directa y cercana con los movimientos sociales que los apoyaron durante su tránsito hacia el triunfo, así como fomentar posibles alianzas, pero sobre todo es importante que cumplan las promesas y reivindicaciones pendientes, pues a decir de Aranda (2020, p. 115): “Los progresismos instauraron una ‘gramática política movimientista’ consistente en un vínculo entre movimientos populares, Estado, partidos y gobiernos que tiene como fin la refundación de la comunidad política y de la economía”.

Estos son los elementos importantes con los cuales la derecha crea alianzas, para mantener las condiciones dispares en materia de género, sexualidad y reproducción humana tanto de hecho como de derecho. En ocasiones se abusa de los sistemas electorales puesto que se crean partidos políticos que utilizan las plataformas electorales para difundir ideología religiosa y establecer alianzas con sectores elitistas de la política y la empresa privada, nada que abone a la democracia y la participación social y que, por el contrario, divide⁸ (Gutiérrez-Rubí, 2022):

los progresismos mantienen la preeminencia de las instituciones liberales, en detrimento de otras formas de participación. Las constituciones plurinacionales quedaron como buenas intenciones dado el peso del ejecutivo y su control de las movilizaciones vía los partidos o las iniciativas de política pública. –La hegemonía inter y trans clasista que los gobiernos compusieron llevó a implementar

⁸ Al respecto de estas actividades tenemos la Conferencia de Acción Política Conservadora (CPAC) celebrada los días 18 y 19 de noviembre del 2022 en CDMX, se dieron cita algunos de los principales referentes internacionales del espacio, como los estadounidenses Steve Bannon y Ted Cruz y el español Santiago Abascal, así como también representantes de la derecha regional, como Eduardo Bolsonaro (Brasil), José Antonio Kast (Chile), Alejandro Giammattei (Guatemala) y Javier Milei (Argentina).

proyectos reformistas más o menos conservadores que no rompieron el imperio de las relaciones dominantes. Ni las estructuras armadas ni las burocracias cambiaron, sólo se les puso la etiqueta de plurinacional (Aranda, 2020, pp. 116-117).

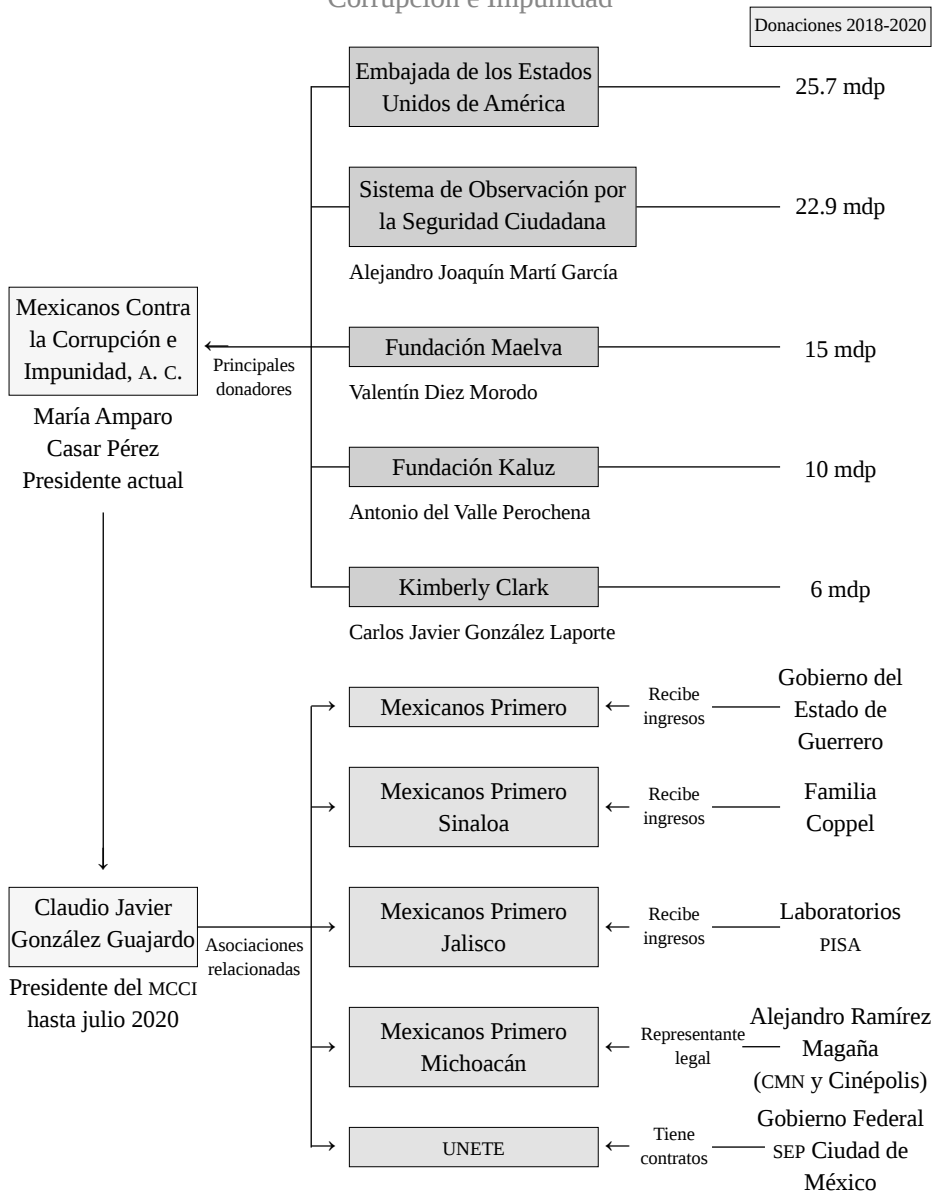
Por ejemplo, en Colombia, la oposición de grupos conservadores alienta a los grupos antiaborto principalmente a convocar a marchas provida y varias marchas contra el gobierno de Petro⁹, argumentando el temor de que Colombia llegue a ser como Cuba, país en el que se han roto todas las libertades¹⁰ (*El País*, 2023). Otras de las movilizaciones que los grupos de derecha han organizado son las marchas en contra de las reformas del gobierno nacional, en específico sobre el sistema de salud y el régimen de pensiones, en las que se ha convocado a conversaciones a diversos sectores y actores de la sociedad colombiana, entre ellos: el poder legislativo, academia, Entidad Promotora de Salud (EPS), Instituto Prestador de Salud (IPS), sociedad civil, gobierno nacional para analizar el texto de proyecto de ley para la salud.

En México, desde la llegada de Andrés Manuel López Obrador ha existido una serie de movilizaciones organizadas por los grupos conservadores del país. Sin embargo, en mayo de 2021 se evidenció que el gobierno de Estados Unidos financió con 25.7 millones de pesos mexicanos entre los años 2018-2020 al movimiento *Mexicanos Contra la Corrupción e Impunidad (MCCI)*, una de las organizaciones impulsoras de estas movilizaciones (véase Figura 2).

⁹ Revisar las movilizaciones convocadas a través del hashtag #28S Hoy es el Día de Acción Global por el acceso al Aborto Legal, Seguro y Gratuito. Nació en Argentina en 1990, durante el Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe realizado en San Bernardo. #GritoGlobalPorAbortoLegal; 24 sept. 2019 Agéndate en #Cali este #28s para defender el #AbortoLibreY-Seguro. Nos vemos en la estación universidades a las 3p.m. #GritoGlobalPorAbortoLegal, disponible en: <https://twitter.com/campabortolegal/status/1176486708541571073>

¹⁰ Varias cabezas de la derecha, especialmente el representante a la Cámara Miguel Polo Polo, convocaron este miércoles a movilizaciones contra el Gobierno de Gustavo Petro, en 12 ciudades de Colombia y siete del exterior. Era un día después de las movilizaciones a las que convocó el presidente, quien cerró la jornada con una proclama desde el balcón del palacio presidencial en el que reactivó el discurso que le ayudó a ser elegido en 2022.

Figura 2. Esquema de financiamiento de la A. C. Mexicanos Contra la Corrupción e Impunidad



Nota. El esquema representa el flujo de financiamiento. Elaborada por Badillo (2021).

MCCI es una asociación civil “sin fines de lucro” dedicada a defender el Estado de derecho, presidida por Claudio X González, líder de la oposición política en el país con su iniciativa y conformada por otros financiadores como el Departamento de Estado a través de la United States Agency International Development (USAID) y el Congreso estadounidense por conducto de la National Endowment for Democracy (NED) y las fundaciones de Alejandro Martí, Valentín Díez Modoro y Antonio del Valle. Destacan estas cinco asociaciones relacionadas con Claudio X González Guajardo:

1. **Mexicanos Primero**, que en 2019 obtuvo ingresos de **Servicios Estatales de Salud** por 13.6 millones de pesos, del **Instituto del Deporte de Guerrero** por 8 millones y de la **Secretaría de Educación de Guerrero** por 5.6 millones de pesos, institución que para 2020 le entregó 445 mil pesos.
2. **Mexicanos Primero Sinaloa** recibió, entre 2018 y 2020 ingresos de la empresa **Coppel** por 2.6 millones de pesos, de **Banco Coppel** 2.9 millones y de **Adrián Coppel Calvo** 200 mil pesos. En 2018, **Juan Alfonso Mejía López**, ex director general de Mexicanos Primero Sinaloa, fue designado como secretario de Educación Pública y Cultura por el gobernador de Sinaloa, Quirino Ordaz Coppel.
3. **Mexicanos Primero Jalisco** había recibido ingresos de la empresa **Pisa** por 2.1 millones de pesos en el periodo 2018-2020, pero ante los problemas que enfrenta esa farmacéutica por la cancelación de contratos con el gobierno federal, canceló una de las donaciones por 600 mil pesos.
4. **Mexicanos Primero Michoacán** tiene como representante legal a Alejandro Ramírez Magaña, director general de **Cinépolis** y presidente del Consejo de Mexicanos de Negocios hasta 2019, quien es **uno de los principales opositores al gobierno de López Obrador**.
5. **Unión de Empresarios para la Tecnología en la Educación** (Unete) consiguió entre 2019 y 2020 contratos sin licitar por 17.5 millones de pesos con el gobierno federal. Esta asociación civil también obtuvo ingresos en 2018 con el **gobierno de Puebla** por 60 millones y en 2019 con el **gobierno de la Ciudad de México** por 11.7 millones de pesos (Badillo, 2021, párr. 2-8).

Otro de los movimientos de la oposición es **Va por México**, una coalición electoral mexicana formada por el Partido de Acción Nacional (PAN), el Partido Revolucionario Institucional (PRI) y el Partido de la Revolución Democrática (PRD); que compitió en las elecciones intermedias de México en 2021 y las estatales de 2022; los tres partidos recibieron el respaldo de empresarios y organizaciones de la sociedad civil y política, entre ellos de Claudio X González, de **Sí por México**; Gustavo De Hoyos, de **Alternativas por México**; de Demetrio Sodi de **Futuro XXI**; y de Beatriz Pagés, de **Sí por México**, con la intención de generar alternativas y detener el retroceso que sufre el país¹¹.

Evidentemente, las manifestaciones de la oposición actual tienen, como en los otros gobiernos de corte progresista, la oposición a las reformas propuestas por el presidente, el uso de recursos millonarios nacionales e internacionales para organizar manifestaciones y marchas, así como el uso de los medios masivos de comunicación con la intención de formar opiniones, en la mayoría de los casos sesgadas, que ellos justifican como los equilibrios necesarios para fortalecer la vida democrática.

Por otra parte, de 2019 al 2021 América Latina estuvo caracterizada por múltiples movilizaciones y protestas en distintos países de la región como Chile, Perú, México, Brasil, Colombia y Guatemala, entre otros. La ciudadanía se organizó en los momentos de convulsión e inestabilidad, poniendo de manifiesto las limitaciones y los problemas estructurales del Estado y del modelo neoliberal.

En estos gobiernos se observa la presencia de movimientos globales nutridos por una generación de activistas que ponen en movimiento sus experiencias vitales, su interconexión, sus demandas y esperanzas para lograr disminuir las desigualdades y dar paso a una sociedad más democrática.

De esta manera, se da cuenta de cómo numerosos jóvenes de América Latina, parecen estar comprometidos con una propuesta común que los induce a rechazar el autoritarismo y adoptar una actitud rebelde y crítica frente al *status quo* económico, político y cultural actual.

¹¹ PAN, PRI y PRD anuncian coalición “Va por México” para elecciones 2021. Publicado el 23 de diciembre de 2020 en <https://www.capital21.cdmx.gob.mx/noticias/?p=6842>. Consultado el 27 de enero de 2023.

Los movimientos sociales y resistencias han sido factores clave para la llegada de gobiernos progresistas en la región, destacan tres temas de la agenda progresista vinculada con las movilizaciones:

1. Para las minorías es importante el reconocimiento del derecho para acceder al aborto legal, los derechos civiles y familiares para las parejas homosexuales.
2. Respecto al libre desarrollo de la personalidad es imperante reconocer el derecho para el consumo lúdico y legalización de la marihuana, así como de otras drogas.
3. Los movimientos socioambientales y el reconocimiento de los pueblos originarios para mantener sus costumbres, cuya incidencia es relevante, como en el caso de Bolivia el establecimiento del Buen Vivir o *Sumak Kawsay*, donde “han emergido sujetos políticos que buscaron generar nuevos instrumentos políticos de mediación entre Estado y sociedad (casos de Bolivia y Ecuador con el Movimiento al Socialismo (MAS) y con el Movimiento de Unidad Plurinacional Pachakutik (MUPP)” (Bringel y Falero, 2016, p. 40).

Los nuevos actores aparecen en escena política con los cambios constitucionales o las reformas electorales que poco a poco permean en la región. Aunque todavía faltan cambios respecto a las formas fiscales, deuda pública y la propiedad, así como en las formas de producción y las cadenas de valor, sabemos que estos cambios son paulatinos porque los intereses de las elites se ven afectados y buscan la forma de impedir que estos cambios beneficien social y económicamente a la población (Tajám y Cultelli, 2021, pp. 7-9).

Con la llegada de la pandemia los principales actores políticos fueron los jóvenes y el uso de las tecnologías de la información. Los principales movimientos y protestas surgieron de jóvenes estudiantes, así como los movimientos feministas que pugnan por los derechos sociales y reproductivos de la mujer, a quienes en México se suman los colectivos de mujeres –madres buscadoras– en México los cuales requieren de apoyo federal y estatal para localizar a sus desaparecidos.

Desde noviembre del 2020 los jóvenes peruanos inician las protestas en contra del presidente Merino¹², también observamos la forma en que se desarrollan las campañas para las elecciones de Ecuador (movimientos indígenas y jóvenes enfrentan al gobierno, los indígenas se refugiaban en la Universidad), en Chile se generan movilizaciones por un cambio constitucional (movimiento por la Asamblea Nacional Constituyente, líder mapuche fue la presidenta de la asamblea se organizaban en todo el país), en Colombia, para mayo del 2020, surgió un verdadero caos con el paro nacional (gran movimiento indígena y de la juventud contra Duque, la violencia estatal, paro generalizado por las medidas económicas impuestas por el manejo de la pandemia, donde también pedían educación gratuita, fuentes de empleo y aumento de la gasolina); en Brasil la situación generada por Bolsonaro y su pésimo manejo de la pandemia casi colapsa al país (movimientos y protestas por el pésimo manejo sanitario de los contagios y la desorientación en el proceso inicial de vacunación), y en Paraguay se presenta un levantamiento por falta de atención en el sector salud. Con lo anterior, damos cuenta de la forma en que circula y se genera la ola de cambio, donde la tendencia que emprenden los jóvenes toma fuerza y los candidatos de izquierda o progresistas asumen el liderazgo.

Los movimientos sociales se convierten en un recurso para las propuestas progresistas, los movimientos sociales son el motor de la izquierda –que busca igualdad–. Son estas movilizaciones un elemento característico de la realidad en la región latinoamericana y establecen el panorama sociopolítico en cada nación. Sin embargo, es importante considerar que, al llegar al poder –candidato o

¹² En el Perú se han presentado diversos fenómenos sociopolíticos por las movilizaciones que la ciudadanía originaria de la región sur ha llevado a cabo para manifestar su inconformidad por la destitución de Pedro Castillo, los ciudadanos piden nuevas elecciones, el Congreso no aprueba una elección extraordinaria para retener el poder. “*El Congreso peruano echa más leña al fuego: así opera la ultraderecha para retomar el poder*”. “El Congreso ha rechazado el adelanto de elecciones para octubre de este año con 65 votos en contra y 45 a favor. Ha habido dos abstenciones. Se requerían 87 votos, dos tercios de la cámara, para aprobarla en primera instancia”. Leer nota completa en: <https://www.publico.es/internacional/congreso-peruano-echa-lena-fuego-opera-ultraderecha-retomar.html>

partido político— se fractura la relación entre el gobierno y el movimiento suele fracturarse, pocos movimientos llegan a institucionalizarse, otros pocos alcanzan objetivos reales y estas condiciones tensan las relaciones con la ciudadanía:

El problema de la izquierda autonomista es que fractura la propuesta epistemológica de la teoría marxista al separar la dimensión subjetiva del aspecto objetivo en las relaciones capital-trabajo. Invierten el orden de análisis y sobredimensionan el antagonismo y la lucha de clases por encima de las regularidades objetivas que rigen y explican las relaciones de producción y circulación capitalistas. Cómo sabemos, Marx nunca separa la lucha y el antagonismo de la explotación y la dominación. Más bien, trabajó con ambas dimensiones para explicar la realidad social desde un punto de vista integral (González y Figueroa, 2019, p. 114).

Para América Latina el confinamiento obligatorio por COVID-19 nos deja una gran lección, ya que en todos los casos —movilización y protesta— surge represión, tal vez por las crisis acumuladas; económica, social, política y sumando la crisis de salud, observamos una convulsión, en Perú se tienen fallecidos en la toma del Congreso, Colombia tiene protestas violentas durante el Paro Nacional, en tanto que los movimientos feministas —ola verde— con presencia en Chile, Argentina, Colombia y México, utilizan la violencia como forma de expresión. Cabe señalar que para la organización de estas movilizaciones las redes sociales son el nuevo espacio, aunque la calle sigue siendo el eje de confluencia de dichas movilizaciones.

América Latina vive un momento delicado: muchos de los gobiernos de izquierda que se eligieron en el cambio de siglo, con el apoyo de los movimientos sociales, no sólo no consumaron sus demandas más rupturistas, sino que, en muchos casos, ahora también los reprimen (Bringel y Falero, 2016, p. 42).

A pesar de la impresionante expansión de derechos y garantías constitucionales para las mujeres desde el inicio de la marea rosa, además del reconocimiento de algunos derechos importantes para las personas LGBTQI+, en los últimos diez años se han estancado de algún modo los derechos de las mujeres en la práctica

cotidiana y se ha reducido el potencial de transformación de las relaciones de poder heteropatriarcales.

Las limitaciones y contradicciones que poco a poco se han superado en la realidad social, pero su potencial de transformación se ha aprovechado sólo parcialmente. El potencial para resignificar la familia permanece en gran medida latente, ya que la tendencia indica que los valores de la familia heteropatriarcal –arraigada en la ley, la política y la práctica– se han profundizado en lugar de reducirse. Sin embargo, deben articularse mecanismos que permitan la apertura, la inclusión no sólo en materia de género, a través de consensos, acuerdos, pero sobre todo políticas de educación cívica a temprana edad, en donde el respeto sea un valor esencial.

Debemos conservar memoria de los hechos y de los acuerdos en materia de paz, de reconocimiento de los pueblos originarios y de las mejoras en derechos sociales, pues dejar en el olvido o no mejorar las prácticas en materia de acuerdos y gobierno implica que se repitan los mismos errores. Por ejemplo, hoy podemos dar cuenta de los acuerdos de paz en Colombia como un hecho histórico que trata de no sólo de poner fin a un conflicto armado, sino que busca reincorporar a los involucrados a la vida social, económica y política del país.

En la primera ola de gobiernos progresistas se atendieron demandas de procesos de paz, reconciliación nacional y memoria histórica, lo que dio lugar a diferentes configuraciones con distintos matices, instancias y actores, en esta etapa en la cual se firman acuerdos involucrando a entes internacionales que fungen como mediadores, se renueva el principio de solidaridad, pero no intervención.

Es imposible generar paz, igualdad o acuerdos económicos fundados en movimientos armados, ya que las víctimas y el rezago en materia de salud, educación y economía que esto provoca es un precio sumamente alto que nadie debe pagar.

En el caso de Colombia y Chile los procesos de paz y reconciliación son elementos de cambio del imaginario social, por ende, se convierten en un factor primordial para cambios que inciden en la vida política y la realidad social: “... el Acuerdo de Paz es el instrumento que focaliza las medidas destinadas a la consolidación de la paz y resulta, por ende, imprescindible para que ésta se haga efectiva” (Díaz, 2021, p. 948).

En la integración de la comisión de la verdad en Colombia se identifican variaciones que permiten la imparcialidad y la transparencia ya que no depende de instancias de gobierno, por lo tanto, la credibilidad y la confianza de la sociedad se mantienen respecto a los resultados presentados.

En el caso de Chile, tras la dictadura de Pinochet, la ciudadanía requiere conocer quiénes son los responsables de las desapariciones, torturas y muerte de quien se consideraba opositor al régimen. En ambos casos la reparación del daño es indispensable pero mayor beneficio tendrán la transparencia de resultados (lo que implica el castigo a los responsables) y la garantía de no repetición, por lo tanto, los organismos protectores de derechos humanos son parte elemental de esta agenda.

En México se tienen pendientes las investigaciones, resoluciones y sanciones por los hechos cometidos en los periodos de Fox, Calderón y Peña Nieto, la desaparición de los 43 estudiantes de Ayotzinapa, la matanza de San Fernando, los acontecimientos en Agua Blanca, los homicidios de activistas y defensores de derechos humanos como el ambientalista Jesús Bañuelos en Atitalaquia y, evidentemente, la respuesta a una de las demandas más dolorosas del país: los movimientos por las y los desaparecidos.

No todos los gobiernos de izquierda o progresistas pueden considerar las demandas de paz y reconciliación como tema prioritario, los casos en donde la sociedad fue objeto de violación constante de derechos humanos, requieren de un trato especial, no tanto para satanizar al Estado, sino más bien como una necesidad de aliviar el descontento social, para armonizar la convivencia y sensibilizar a las nuevas generaciones sobre la cultura de la paz, la convivencia pacífica y la utilización de los métodos de solución de conflictos, puesto que los movimientos armados poco o nada consiguen a largo plazo, sólo desgaste físico, económico y social.

Estas experiencias las describe Francisco de Roux, quien preside la Comisión de la Verdad en Colombia y precisa que los conflictos armados nunca tienen un elemento positivo que aporte a la sociedad. Por el contrario, ninguna guerra debe ser aceptada, él mismo afirma que:

Estoy de acuerdo con la petición de perdón. Pero, esta barbarie, contraria al cristianismo, hay que ponerla en contexto no para justificarla, pero sí para comprenderla y comprendernos nosotros como colombianos. Para honrar a las víctimas de todos los lados y superar lo que nos destruye como pueblo, y lograr una nación reconciliada en la justicia de la paz (De Roux, 2017, párr. 5).

Las demandas y reivindicaciones de los movimientos sociales, colectivos y grupos sociales de quienes apoyan los gobiernos de izquierda y progresistas generalmente, provienen de los sectores desprotegidos, de las minorías que no consiguen reconocimiento y respeto a sus derechos humanos; entre ellos los movimientos feministas, y los grupos LGBTQI+; en lugares como México, Chile y Colombia, los colectivos dedicados a la búsqueda de desaparecidos y las comunidades desplazadas –por procesos de violencia– han generado puentes de comunicación con los candidatos y partidos políticos para obtener resultados cuando sean gobierno. “En la base de tal dinámica, encontramos una gran diversidad de actores populares movilizados, y una lucha de clases áspera, contradictoria y a menudo violenta, evolucionando de forma no lineal de acuerdo con varios factores externos e internos” (Gaudichaud, 2019, p. 15).

Los países con altos índices de pobreza y pobreza extrema tienen un aliado sólido, pues es este sector el más olvidado por los gobiernos de derecha. En el caso de México, durante la década de los años setenta y ochenta, el priismo encontró una base clientelar sólida, la forma de asegurar el voto mediante afiliación a programas de apoyos económicos operaban en el campo y en el sector obrero, otorgando incentivos durante las campañas electorales, pero asegurándose por otro lado que la educación no fuera de calidad e impidiendo las mejoras económicas en el área laboral.

Entre los cambios estructurales y jurídicos que han alcanzado los gobiernos de izquierda y progresistas acompañados de los movimientos sociales y colectivos mujeres encontramos el derecho al aborto legal, el reconocimiento del matrimonio, la identidad de género como parte del desarrollo de la libre personalidad, el derecho de acceso a la salud que permita el aborto legal cubierto por los servicios de salud pública y clínicas particulares; además, ponderando también la objeción de conciencia en algunos territorios. “El feminismo latinoamericano

de la Primera Ola tuvo desde el principio un fuerte compromiso con la reforma social, en cuanto se refería a las necesidades de la mujer y la protección de la infancia” (Carosio; 2017, pp. 25-26).

No se puede negar que desde la marea rosa se han tenido progresos y retrocesos en la despatriarcalización y desheteronormalización del Estado, lo que ocurre por la alternancia de partidos y los vuelcos repentinos hacia la derecha:

La mujer sufre la opresión de la ideología machista y de la praxis de dominación del varón, en los niveles sexuales, culturales, económicos, políticos, etc. –Los movimientos feministas han generado una filosofía de la liberación de la mujer–. Esta filosofía es parte integrante natural de la filosofía de la liberación, se haya o no articulado su vinculación concreta entre ambos movimientos (Carosio; 2017, pp. 25-26).

Es importante establecer estrategias a futuro para los activismos feministas y queer de América Latina para cambiar el imaginario social y no sólo establecer derechos normativos que corren el riesgo de quedarse estancados sin resultados en la vida cotidiana.

La teoría queer rechaza la clasificación de los individuos en categorías universales y fijas, como varón, mujer, heterosexual, homosexual, bisexual o transgénero que están sujetas a restricciones impuestas por una cultura en la que la heterosexualidad es obligatoria. No construye ni defiende ninguna identidad en particular. “La intención de la Teoría Queer no es crear una teoría contemplativa, sino una herramienta de participación política, por lo que está vinculada a los movimientos antirracistas, antibélicos y antiglobalización. La mayor aportación de esta teoría radica en ofrecer nuevas explicaciones bajo un marco conceptual en el que confluyen el género y la sexualidad; así como los significados y sus resistencias para dar origen a nuevas significaciones (Fonseca y Quintero, 2009, p. 32).

Los movimientos populares y la integración desde abajo han generado un nuevo contexto de luchas, participación y reconstrucción de alternativas políticas, Miranda (2021), argumenta que “la conquista de autonomía por parte de

la mujer es clave para comprender el grado de avance que un país puede haber alcanzado respecto del grado de compromiso en materia de equidad de género” (párr. 19).

Un primer punto a destacar en los modelos económicos impulsados por los gobiernos de Bachelet y Rousseff, es el acatamiento de las reglas de juego de la economía capitalista, un segundo aspecto es el rompimiento con los movimientos de mujeres, según señala Andrade:

El hecho de haber tenido la primera mujer presidenta del país, Michelle Bachelet Jeria, durante el período (2006-2010), fue producto de las alianzas de los partidos políticos de la Concertación y no de la representación de las mujeres y feministas, ámbitos en los que incluso se agudizaron las diferencias por la doble militancia en ambos tipos de espacios (Andrade, 2022, p. 76).

Además, en sus gestiones se ha priorizado la estabilidad macroeconómica y fiscal, concebida como un prerrequisito para asegurar el crecimiento, atraer inversiones y promover la competitividad de la economía:

La segunda administración de Michelle Bachelet contó con el apoyo de las feministas y prometía, en su Programa de Gobierno, una nueva agenda de género con base en derechos, igualdad y autonomía de las mujeres, impulsada por una institucionalidad renovada y de mayor rango (Andrade, 2022, p. 78).

Se genera así una propuesta para elaborar una nueva constitución que establezca la igualdad entre mujeres y hombres, así como una estructura orgánico-institucional que cumpliera el compromiso de derechos humanos para las mujeres: el Ministerio de la Mujer y la Equidad de Género.

Por otra parte, los resultados positivos dentro del gobierno de Dilma Rousseff no pueden ser descartados, pues en el ámbito social se puede considerar que atendió la demanda más importante en cuanto a derechos humanos: en noviembre de 2011 firma la ley para crear la Comisión Nacional de la Verdad (CNV) encargada de investigar las violaciones de los derechos humanos cometidas por agentes del Estado entre 1964 y 1985.

Las transformaciones políticas y sociales que atraviesa Brasil son evidentes ya que varios de estos cambios han sido liderados por las nuevas derechas latinoamericanas –no sin oposición– que apuestan por la globalización y la vinculación con las viejas potencias centrales con un discurso supuestamente “despolitizado” y “pragmático”, siendo el caso de Brasil el más notable por el impulso dado por el gobierno de Michel Temer a mutaciones geopolíticas respecto de la integración sudamericana, las cuales se acentuaron con Jair Bolsonaro (RT, 2016).

Sin embargo, cuando la derecha genera las condiciones para llevar a Dilma Rousseff a la cárcel, las mujeres en Brasil se unen y expresan su solidaridad frente a la injusticia, mientras que también surgen movimientos sociales como Mujeres por la Democracia, que lidera las protestas.

La búsqueda de alternativas es un proceso individual, las experiencias en otros países no es la regla para el resto de América Latina, ya que los conflictos armados no tienen el mismo origen, los mismos actores y las mismas consecuencias.

Si bien es cierto los procesos armados no contribuyen en nada en términos sociales y económicos, también es cierto que todo espacio vacío será ocupado para ejercer poder. Es decir, que en tanto el Estado no determine cómo romper la estructura económica de las células del crimen, un sujeto puede sustituir a otro para continuar con actividades delictivas.

En los casos de despojo y explotación voraz de las grandes corporaciones la solución no es sencilla, ya que las grandes transnacionales se establecen cumpliendo con el marco normativo de cada nación, pero al asentarse encuentran formas legales e ilegales de apropiarse de tierras y recursos que en el trayecto causan muerte, desplazamiento y vulneración de derechos humanos.

Al pensar en conflictos armados lo primero es considerar la existencia de células de crimen que atacan al Estado, pero no es regla general. El despojo de tierras por transnacionales es un acto repetitivo que no encuentra oposición o resistencia, y que genera muerte y desplazamiento.

El agua es un recurso indispensable para la industria y los procesos de producción, hoy damos cuenta de cómo los territorios de América Latina son codiciados por los grandes conglomerados por tener abasto de agua a bajo costo:

la promesa de inversión y generación de empleo –engañoso– determina quién puede quedarse y residir en ciertos sitios. Ahora, cuando Organización de las Naciones Unidas anuncia que la población mundial llegará a 8.000 millones, repensar el derecho a la vivienda es toda una problematización: ¿quién dispone de los espacios destinados a habitación? ¿cómo establecer servicios de agua potable y alcantarillado suficientes?, ¿las grandes corporaciones tienen derecho por encima de la población?, ¿el despojo constante de tierras y recursos continuará en América Latina?

Reflexiones finales

Los desafíos que se han agravado en la región a partir de la pandemia y las posibilidades de resolución de estos: lograr el equilibrio de la economía y la disminución de la brecha de desigualdades: educación, justicia y discriminación; la erradicación de la violencia de género; resolver el ecocidio y atenuar el cambio climático, el crimen organizado, las migraciones forzadas, la violencia de género y la desaparición forzada, entre otros. Cada uno de ellos requiere de una estrategia participativa de la sociedad civil, del reconocimiento de la hegemonía del sistema económico neoliberal, de las políticas intervencionistas norteamericanas y del impacto que tienen de forma cotidiana en nuestra forma de vida.

Se tienen experiencias positivas de modificación de los sistemas políticos y sociales como el caso de Bolivia, con el estado plurinacional, en que la mayoría logra un cierto grado de bienestar, se fortalecen las políticas sociales, se promovieron los referéndums y se buscó diversificar la participación ciudadana, pero aún no se rompió con el esquema neoliberalista, lo que lleva a pensar sobre los aprendizajes y experiencias que podemos obtener de la primera ola de gobiernos progresistas para esta segunda ola:

1. Los triunfos de la izquierda y los progresistas es que, estas victorias electorales se dieron en medio de la recesión y la inestabilidad política, por tanto, si existe hartazgo en la población, busca alternativas a través del voto.
2. Los gobiernos de izquierda de la primera ola cometieron el error de subestimar el valor de la libertad y de apostar todo sobre la igualdad (por ende, sobre la justicia social).

3. Los líderes de proyecto/ partidos, no terminan de comprender la relación entre estos dos valores, pues uno y otro van de la mano la democracia sólo tiene sentido en una sociedad justa que sólo puede ser garantizada por la democracia política.
4. No aislarse de la sociedad ni de los movimientos sociales (Arellano, 2022, p. 78).

La llegada de estos gobiernos no se define como ola, ya que todavía no se ha roto el neoliberalismo. En todo caso, podemos llamarlos giros y, a partir de estos virajes, los nuevos gobiernos de izquierda y progresistas deben aprender de las experiencias anteriores, porque si no retoman estas experiencias es probable que la derecha regrese y tome el poder, ahora de una forma más radical¹³.

Pero esta segunda ola se diferencia sustantivamente de la anterior. Esta vez, los gobiernos de centroizquierda e izquierda se proyectan más moderados y han dado claras señales de apostar más por el pragmatismo que por la afinidad puramente ideológica (Arellano, 2022, p. 86).

Los desafíos más importantes para los gobiernos progresistas consisten en retomar modelos que permitan el cuidado de los recursos naturales, buscar alternativas económicas que impidan el extractivismo voraz que los modelos capitalistas han mantenido en América Latina desde la década de los años setentas, donde las corporaciones internacionales se apropian de los bienes y recursos por acuerdos y contratos amañados que se vuelven perpetuos –México tiene vigente el caso Iberdrola vigente– la energía eléctrica es una muestra del abuso del corporativismo.

A pesar de los logros sociales alcanzados y de mejorar las condiciones de vida de la población, estos gobiernos dejaron para una etapa posterior la preservación del medio ambiente. En lugar de diversificar la matriz productiva con los ingresos obtenidos por la exportación de materias primas, los gobiernos progresistas profundizaron el extractivismo (González y Figueroa, 2019, p. 100).

¹³ Mejor ver: <https://www.gutierrez-rubi.es/2022/12/05/la-reinvencion-de-la-extrema-derecha-en-america-latina/>

La minería canadiense tiene un impacto fatal desde años en la región Latinoamericana, así lo demuestra el informe remitido al representante especial de Naciones Unidas sobre empresas y derechos humanos que acopia información desde el año 2008, y en el 2010 se integra el grupo de trabajo sobre Minería y Derechos Humanos en América Latina. En sus investigaciones, el representante especial refleja que Canadá mantiene injerencia en los países donde tienen algún interés o proyecto extractivista, por lo tanto, se recomienda:

Abstenerse de proveer cualquier tipo de apoyo gubernamental, sea a través de programas de desarrollo, acuerdos comerciales y/o de asociación, financiamiento público o asistencia técnica o política, que tenga el objetivo de influenciar la adopción de marcos regulatorios flexibles para la inversión minera y en detrimento de las obligaciones de garantizar los derechos humanos en los países receptores de los proyectos extractivos (Grupo de Trabajo sobre Minería y Derechos Humanos en América Latina, 2013, p. 30).

Sin duda, el proceso de reconfiguración de la izquierda y de los gobiernos progresistas avanza, en Chile, Colombia y México se tienen cambios graduales que permiten integrar a los sectores desprotegidos, pero es necesario replantear las formas de mercado, a través de una integración regional, que pueda confluir para mantener o garantizar la seguridad alimentaria, la educación y la participación política. En el caso de Bolivia el buen vivir es hoy una realidad constitucional, esperando que haya resultados en la realidad social, este ejemplo implica también el cuidado de la naturaleza reconociendo el derecho que tienen los individuos a conservar sus costumbres en cuanto al modo de vida, sin explotación.

Debemos considerar que los mega acuerdos globales se orientan al modelo económico que predominó en la década de los noventa, en la que el mercado y los capitales se convierten en sujetos de una integración más económica que política.

Ante lo expuesto, surge la necesidad de analizar caso por caso en América Latina con el fin de hacer un análisis comparativo para ver las tendencias generales y las situaciones particulares.

Finalmente, los gobiernos de corte progresista, antineoliberales y de corte de izquierda tienen una excelente oportunidad de transformar las condiciones complejas de América Latina, de desarrollar modelos horizontales de participación, de construcción de ciudadanía que tienda a mejorar la gobernanza y la contención y disminución de las desigualdades.

Referencias

- Andrade, D. (2022). Hacer política feminista en Chile (2008-2020): la lucha movilizadora por el reconocimiento, en las leyes, de la condición de sujeto de derechos de las mujeres y por el ejercicio de sus autonomías. En L. Miranda y D. Cerva (Comps.), *Movimiento Feminista. Continuidades y cambios en Chile y México* (pp. 73-101). Flacso Chile.
- Aranda, M. (2020). El problema del Estado en los progresismos en América Latina. *Cuadernos Americanos*, 3(173), 111-129.
- Arellano, A. (2022). ¿Una nueva “ola progresista” en América Latina? Aproximaciones conceptuales y coyunturales. *Astrolabio. Revista Internacional de Filosofía*, (25), 73-90. <https://raco.cat/index.php/Astrolabio/article/view/402878/496556>
- Badillo, M. (2021, mayo 2). Gobierno de EU financia 25.7 millones de pesos a Mexicanos Contra la Corrupción. *Contralínea*. <https://contralinea.com.mx/interno/semana/gobierno-de-eu-financia-25-7-millones-de-pesos-a-mexicanos-contra-la-corrupcion/>
- Bringel, B. y Falero, A. (2016). Movimientos Sociales, Gobiernos Progresistas y Estado en América Latina: transiciones, conflictos y mediaciones. *Caderno CRH*, 29(03), 27-45. <https://doi.org/10.1590/S0103-49792016000400003>
- Carosio, A. (2017). Perspectivas feministas para ampliar horizontes del pensamiento crítico latinoamericano. En M. Sagot (Coord.), *Feminismos, pensamiento crítico y propuestas alternativas en América Latina* (pp. 17-42). CLACSO, http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/gt/20170828113947/Feminismos_pensamiento_critico.pdf
- De Roux, F. (28 de septiembre de 2017). Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad. *El Tiempo*. <https://www.eltiempo.com/opinion/columnistas/francisco-de-roux/verdad-dolorosa-y-compleja-135344>

- Díaz, E. (2021). El Acuerdo de Paz para Colombia. Un singular mecanismo de consolidación de la paz. *Anuario mexicano de derecho internacional*, 21, 933-961. <https://doi.org/10.22201/ijj.24487872e.2021.21.15614>
- El País*. (2023, febrero 15). Así contamos las marchas de la oposición contra el Gobierno de Petro. *El País*. <https://elpais.com/america-colombia/2023-02-15/las-marchas-de-la-oposicion-contra-el-gobierno-petro-en-vivo-llegan-los-primeros-manifestantes.html>
- Fonseca, C. y Quintero, M. (2009). La Teoría Queer: la deconstrucción de las sexualidades periféricas. *Sociológica*, 24(69), 43-60. http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0187-01732009000100003&lng=es&tlng=es
- Gaudichaud, F. (2019). Conflictos, sangre y esperanzas. Progresismos y movimientos populares en el torbellino de la lucha de clases latinoamericana. En F. Gaudichaud, J. Webber y M. Modonesi (Coords.), *Los gobiernos progresistas latinoamericanos del siglo XXI ensayos de interpretación histórica* (pp. 13-96). Universidad Nacional Autónoma de México y Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. http://ciid.politicas.unam.mx/www/libros/gobiernos_progresistas_electronico.pdf
- González, J. y Figueroa, C. (2019). Los gobiernos progresistas en América Latina: El debate sobre su naturaleza y eclipse. *Papeles de trabajo*, (38), 63-91. http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1852-45082019000200005&lng=es&tlng=es
- Grupo de Trabajo sobre Minería y Derechos Humanos en América Latina. (2013). *Resumen Ejecutivo del Informe presentado a la Comisión Interamericana de Derechos Humanos. El impacto de la minería canadiense en América Latina y la responsabilidad de Canadá*. https://www.dplf.org/sites/default/files/informe_canada_resumen_ejecutivo.pdf
- Gutiérrez-Rubí, A. (5 de diciembre de 2022). La reinención de la extrema derecha en América Latina. <https://www.gutierrez-rubi.es/2022/12/05/la-reinencion-de-la-extrema-derecha-en-america-latina/>
- Guzmán, N. (2018). *Estudio de caso: Odebrecht*. [Tesis de Maestría. Universidad EAFIT]. DSpace. <https://repository.eafit.edu.co/handle/10784/12940>

- Miranda Leibe, L. (2021). *El movimiento feminista en la historia y en Chile*. Flacso Chile.
- Modonesi, M. (2019). El progresismo latinoamericano: un debate de época. En F. Gaudichaud, J. Webber y M. Modonesi (Coords.), *Los gobiernos progresistas latinoamericanos del siglo XXI ensayos de interpretación histórica* (pp. 181-229). Universidad Nacional Autónoma de México y Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. http://ciid.politicas.unam.mx/www/libros/gobiernos_progresistas_electronico.pdf
- Ramos, M., Pico, C., y Valdés, D. (Eds.). (2020). *Integración latinoamericana: retos, obstáculos y nuevos paradigmas*. Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano. <https://alejandria.poligran.edu.co/bitstream/handle/10823/1908/978-958-5544-41-3.pdf?sequence=1&isAllowed=y>
- RT. (2016, julio 6). Las mujeres resisten en Brasil: movimientos feministas se unen contra el golpe patriarcal de Temer. *RT*. <https://actualidad.rt.com/actualidad/212332-mujeres-resisten-golpe-patriarcal-temer-brasil>
- Tajám, H. y Cultelli, G. (2021). América Latina: progresismo y después. *Economía y Desarrollo*, 165(1). <http://scielo.sld.cu/pdf/eyd/v165n1/0252-8584-eyd-165-01-e5.pdf>
- Toledo, C. (2022, octubre 27) ¿Cuáles son los países latinoamericanos más endeudados? *DW*. <https://contralinea.com.mx/interno/semana/gobierno-de-eu-financia-25-7-millones-de-pesos-a-mexicanos-contr-la-corrupcion/>

Capítulo III

Comunidades (geo)políticas de pertenencia en el nuevo ciclo político latinoamericano (2019-2022)

Jaime Antonio Preciado Coronado
Daniel Flores Flores

Introducción

En los últimos meses se ha popularizado la idea del regreso de la izquierda en América Latina. Ante esta nueva “marea rosa” o “giro a la izquierda”, como se le suele denominar a este fenómeno que crece en la región, hace falta hacer una clarificación conceptual de lo que queremos decir cuando hablamos de izquierda, progresismo, populismo y lo popular en el debate público latinoamericano. Asimismo, por tratarse de un fenómeno en el que se reconfigura el mapa político electoral en la región, es imprescindible ubicar el llamado “giro a la izquierda” en el contexto político, económico y social en el que este se está desarrollando; un escenario muy distinto al de la década del 2000, cuando tuvo lugar un fenómeno similar.

Adicionalmente, haciendo hincapié en las nuevas dinámicas sociopolíticas que están transformando a la región, entre movimientos sociales, régimen y sistema político, surge la imperiosa necesidad de analizar el contexto geopolítico de las *comunidades políticas de pertenencia* a partir de sus discursos, imaginarios y prácticas de poder de carácter instituyente y preguntarse si están tomando un sentido poscapitalista o anticapitalista que las aglutinan. En este orden de ideas, al tomar en cuenta las escalas del poder político instituido latinoamericano y las escalas comunitarias imaginadas, será posible estudiar con mayor profundidad el futuro de las luchas sociales latinoamericanas. Por otro lado, a pesar de una coyuntura en la que supuestamente los vientos soplan a favor de la izquierda y del progresismo latinoamericano, no se puede ignorar el hecho de

que la región esté atravesando un ciclo de cambios económicos, políticos y sociales que refuerzan a los partidos y los líderes de una ultraderecha nacionalista, antiprogresista y neoconservadora.

Ante este panorama, la integración de América Latina y el Caribe ofrece un contexto regional y global caracterizado por la incertidumbre y los desequilibrios políticos y económicos ocasionados por la pandemia de COVID-19, la guerra en Ucrania y el enfrentamiento multidimensional entre China y Estados Unidos. Así, surgen iniciativas de integración latinoamericana y doctrinas de política exterior autónomas que dejan de servir a los intereses externos y a las élites nacionales y transnacionales, para que en su lugar se conviertan en instrumentos de desarrollo económico de y para los pueblos latinoamericanos y caribeños.

El objetivo de este capítulo es analizar las dinámicas socio-geopolíticas que resultan del nuevo ciclo político latinoamericano en la reconfiguración de las comunidades políticas de pertenencia instituidas e imaginadas. La argumentación se divide en cinco partes. En la primera se hace una breve distinción entre la izquierda histórica y la izquierda contemporánea, por un lado, y entre la izquierda social y la izquierda institucional, por el otro. Además, una vez delineado el triángulo analítico progresismo-pueblo-popular, se presenta brevemente el contexto nacional, regional y mundial en el que se está llevando a cabo dicho ciclo político. Posteriormente, se introduce el concepto de “comunidades políticas de pertenencia” para describir aquellos actores sociales emergentes que reclaman gobiernos autónomos, respeto a la interculturalidad de sus derechos y de sus formas originarias de organización social, convivencia pacífica y arraigo en sus territorios, así como la vida pacífica entre comunidades y con la naturaleza.

En la tercera parte del trabajo se aborda el ascenso de la ultraderecha en América Latina como parte de un fenómeno global. En el contexto latinoamericano, este ascenso responde a lógicas geopolíticas y socioculturales específicas, donde el colonialismo, tanto interno como externo, y la colonialidad en sus dimensiones del ser, del poder y del saber, desempeñan un papel central en el análisis. La integración regional y el no alineamiento activo se revisan en la cuarta parte de la argumentación, haciendo especial énfasis en el papel que juega la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC) en la integración regional intergubernamental y en procesos autónomos desde abajo que apuntan

hacia la construcción de Nuestra América Afro Abya-Yala, y en la importancia de una política regional que posicione activamente los intereses geopolíticos de América Latina en el escenario internacional. Finalmente, se concluye con algunas consideraciones sobre la memoria histórica relacionada con la formación de comunidades políticas de pertenencia, y su relación con las tendencias (geo) políticas prevalecientes en la región.

Categorización y contextualización: las izquierdas latinoamericanas y el populismo popular-progresista

La(s) izquierda(s) latinoamericanas

La dicotomía izquierda-derecha da forma al contenido de los estudios respecto al giro a la izquierda (Morales, 2019). Sin embargo, esta perspectiva dicotómica suele presentar a la izquierda como un bloque homogéneo que hace frente a la derecha, sin contemplar sus distintas expresiones. De acuerdo con Morales (2019, pp. 113-114), en un intento por

construir “el frente común” requerido para el choque ideológico, la etiqueta vaga de “izquierda” que emplean oscurece la comprensión de diferentes ideas, racionalidades y prácticas de los países del área, que buscan una alternativa a la modernidad neoliberal, pero que no lo hacen necesariamente siguiendo el mismo camino”.

Bajo esta lógica, se puede decir que existen dos grandes distinciones dentro de las izquierdas latinoamericanas. En primer término, la división que existe entre la izquierda histórica y la izquierda más contemporánea. La primera se asocia a la lucha de clases y su eje es la superación de todos los retos en torno a la diferencia y la desigualdad social, teniendo como proyectos prioritarios el abatimiento de la pobreza, de la segregación y a favor de los derechos laborales y de posesión de tierras. En esta izquierda podemos ubicar al gobierno de Andrés Manuel López Obrador (AMLO) en México, al Movimiento al Socialismo (MAS) de Luis Arce en Bolivia, al gobierno de Xiomara Castro en Honduras, y al gobierno del presidente Alberto Fernández en Argentina. La segunda izquier-

da es la más contemporánea, asociada con la reivindicación de derechos y el acento en diversos temas como el medio ambiente, la perspectiva de género y el decolonialismo. La fórmula Gustavo Petro-Francia Márquez en Colombia y el gobierno de Gabriel Boric en Chile son dos claros ejemplos de este tipo de izquierda. El gobierno de Lula da Silva en Brasil podría ubicarse en un punto medio entre ambos tipos.

En segundo lugar, existe una distinción entre la izquierda social y la izquierda institucional. La primera se caracteriza por promover la acción colectiva, la autogestión y la organización independiente, rebasando en la mayoría de los casos el marco instituido con sus demandas de corte anticapitalista, antipatriarcal, antirracista y anticolonial. Se trata de la izquierda que representa los movimientos sociales y populares. Por su parte, la izquierda institucional se materializa en los partidos políticos y en la actividad electoral parlamentaria. Esta izquierda, orientada hacia la reforma del Estado, del régimen político y del sistema de partidos, está sujeta a la lucha por el poder en el marco del régimen de acumulación capitalista.

La tesis de Salman (2011) sobre el triunfo del Movimiento al Socialismo (MAS) en Bolivia ilustra con claridad esta distinción. Salman plantea que, en caso de una victoria electoral de un movimiento social amplio, los movimientos tienden a dividirse en dos grupos: 1) en la forma de un partido político (izquierda institucional), cuya prioridad es el arte de gobernar, mantenerse en el poder y preservar el ordenamiento democrático; y 2) como uno o varios movimientos sociales (izquierda social) que, al margen del gobierno, continuarán presionando por las reivindicaciones que antecedieron la victoria electoral. En este sentido, Bacallao (2015) señala que uno de los desafíos más importantes de los movimientos sociales latinoamericanos es su relación con los gobiernos y partidos de izquierda. La participación de las izquierdas electorales en la democracia, ejerciendo el gobierno y manteniendo los fundamentos del capitalismo y la economía de mercado, ha sido cuestionada por diversas izquierdas sociales, siendo el neozapatismo mexicano desde 1994 hasta nuestros días uno de los casos más destacables (Reveles, 2021).

Por tanto, al preguntarnos si los movimientos sociales ampliarán su margen de acción y verán sus demandas atendidas por los nuevos gobiernos de izquierda

en la región, no se puede pasar por alto el pasado reciente en el que las respuestas de la política institucional hacia lo social instituyente, en el marco del primer ciclo político de izquierda, se movieron entre tres tendencias: 1) la criminalización, 2) la cooptación y/o 3) la colonización de los movimientos por los principios de la política tradicional (Bacallao, 2015). Como destaca Reveles (2021), lo que sucedió en el primer giro a la izquierda entre los gobiernos progresistas y las organizaciones sociales fue un fenómeno novedoso en la región, en el que quedó demostrado que la democracia no resuelve todos los problemas de la sociedad, incluso en los periodos en los que gobiernan partidos o movimientos más sensibles a sus demandas.

La movilización y los movimientos populares son parte de la dinámica sociopolítica de los sistemas políticos latinoamericanos, por lo que el futuro de las luchas sociales en la región depende más de la promoción de la acción colectiva, la autogestión y la organización independiente de las fuerzas sociales que del signo político del gobierno en turno. Las comunidades políticas de pertenencia, de las que se hablará con mayor detenimiento más adelante, son una muestra de ello.

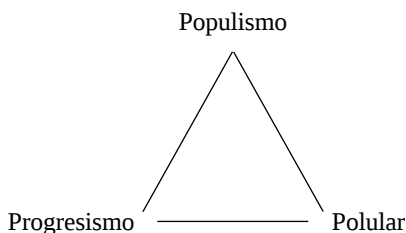
El populismo popular-progresista

El ascenso del progresismo en América Latina a principios del siglo XXI se caracterizó por la llegada de gobiernos populares que desafiaron las políticas de ajuste impuestas desde los años ochenta por el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial (Rubio y Peña, 2021). De acuerdo con Calderón y Castells (2019, p. 33), “las revueltas contra la exclusión social, la afirmación del multiculturalismo y de la dignidad se encuentran en las raíces de los procesos políticos que tuvieron lugar en Venezuela con Hugo Chávez, en Ecuador con Rafael Correa y en Bolivia con Evo Morales”. Tres gobiernos que suelen ser considerados por diversos autores como los casos más notables de regímenes populistas en la región (Riviero, Zarzalejos y Del Palacio, 2017; Vargas Llosa, 2017).

Ante esta disyuntiva conceptual, en la que el progresismo, el populismo y lo popular han sido vaciados de sentido por el uso indiscriminado de la prensa, la academia y la conversación cotidiana, se propone la utilización de un triángulo analítico en el que confluyen elementos interpretativos de estas tres categorías (véase Esquema 1). Si bien cada categoría tiene su propia historia conceptual,

un marco analítico como el que se propone permite dotar de significado a un fenómeno sociopolítico en el que el progresismo, el populismo y lo popular se conjugan en un mismo proyecto de transformación nacional.

Esquema 1. Triángulo analítico progresismo-populismo-popular



Nota. El esquema ilustra el triángulo analítico donde se conjugan el progresismo, el populismo y lo popular. Elaboración propia.

Sin hacer una conceptualización exhaustiva de estas categorías, ni adentrarse al amplio debate en torno a su definición, toda vez que no es el objetivo del capítulo, a continuación, se presenta una breve descripción del progresismo, el populismo y lo popular:

Progresismo. Utilizando la definición de Rubio y Peña (2021, pp. 3-4), el progresismo puede entenderse como

un fenómeno histórico que corresponde a la transición capitalista de la hegemonía norteamericana y del régimen neoliberal, en la cual ocurre un debilitamiento del dominio del capital financiero y corporativo, así como el declive del poder de Estados Unidos y los organismos multilaterales sobre los países de América Latina, que permite el ascenso de gobiernos no alineados, sostenidos sobre las masas populares, que impulsan procesos de nacionalización de los recursos naturales así como políticas redistributivas del gasto público, con una visión antiimperialista.

En el modelo socioeconómico del progresismo, denominado neodesarrollismo, el Estado es el motor de crecimiento y el encargado de distribuir la riqueza,

interviniendo activamente en los procesos del mercado y en la creación de infraestructura (Calderón y Castells, 2019).

Populismo. Haciendo eco de la distinción conceptual propuesta por Preciado (2021), en la que los enfoques que estudian el populismo pueden separarse en las teorías liberales democráticas anglo-eurocéntricas y las teorías políticas con orígenes epistemológicos en el Sur Global, Puhle (2020) recomienda hacer otra distinción entre los dos tipos reales de populismo que se pueden manifestar hoy en diferentes partes del mundo: los populismos de protesta (excluyente) y los populismos de proyecto (incluyente). Los primeros, que son los más estudiados por las teorías liberales democráticas anglo-eurocéntricas, generalmente se encuentran en el Norte global. No obstante, también pueden surgir en otras regiones, como lo vimos con Bolsonaro en Brasil y Narendra Modi en India. En estos casos, los sectores que se consideran perjudicados por los procesos de modernización han canalizado sus protestas en un sentido antimodernista. Este tipo de populismo tiende a instrumentalizar la categoría de ‘pueblo’ en favor del neoconservadurismo y del supremacismo blanco racista, mostrando rasgos demagógicos y excluyentes (Gandásogui y Preciado, 2017).

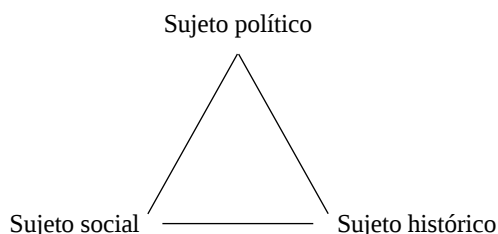
Por otro lado, el populismo de proyecto incluyente se encuentra sobre todo en el Sur global, en el mundo en desarrollo, donde se han formado movimientos antiimperialistas y nacionalistas, revolucionarios o reformistas (Puhle, 2020). También pueden surgir en países con un mayor nivel de desarrollo, como fue el caso de Podemos en España y Syriza en Grecia. Este tipo de populismo, que podría denominarse progresista, propone dignificar las demandas populares en un ‘nosotros’ incluyente y radicalmente crítico del poder instituido (Gandásogui y Preciado, 2017). En este sentido, el populismo progresista, como articulador del triángulo analítico progresismo-populismo-popular, se entiende como un proyecto que busca “democratizar y refundar las instituciones en un contexto que podríamos describir como de crisis orgánica de las sociedades neoliberales” (Marcos, 2020, p. 174).

Lo popular. En palabras de Enrique Dussel (2006, p. 92), “‘lo popular’ es lo propio del pueblo en sentido estricto (lo referente al ‘bloque social de los oprimidos’)”. Es decir, “son populares aquellos sectores de la sociedad que comparten la condición de explotación y dominación” (Vuskovic *et al.*, 2007, p. 124). Un

populismo progresista, por ende, tiene como componente fundamental y precondition existencial, el surgimiento de grandes movimientos populares que, frente al hartazgo de la exclusión social y la dominación de las clases dominantes, produzcan una transformación en las orientaciones de desarrollo y el ascenso de nuevos actores político posneoliberales.

Inspirado en los trabajos de Vuskovic *et al.* (2007), el triángulo analítico progresismo-populismo-popular incluye las categorías de sujeto social, sujeto político y sujeto histórico (véase Esquema 2). Los movimientos progresistas, en los que las reivindicaciones de derechos ponen el acento en diversos temas como el medio ambiente, la perspectiva de género y el decolonialismo unen a ONG, organizaciones de la sociedad civil y la ciudadanía –un concepto que polemiza con el de comunidad– es el equivalente a la constitución del *sujeto social del cambio*. A este sujeto social se le suma el *sujeto político de cambio* en forma de partido o movimiento político. Es aquí donde entran los movimientos y partidos populistas de proyectos. Finalmente, el *sujeto histórico de cambio*, que “está constituido por la clase social que tiene razones objetivas para impulsar un cambio radical, entendiendo por radical el ataque a la raíz” (Vuskovic *et al.*, 2007, p. 160), no es representado por el proletariado, como se sugiere, sino por la constitución del “pueblo” en actor colectivo político “transformador de la historia desde un nuevo fundamento” (Dussel, 2006, p. 92).

Esquema 2. Sujeto social, sujeto político y sujeto histórico en el triángulo analítico



Nota. El esquema ilustra la articulación de las categorías de sujeto social, sujeto político y sujeto histórico. Elaboración propia.

El “nuevo” giro a la izquierda en el marco de la incertidumbre económica y la inestabilidad política

En un reporte reciente sobre los riesgos políticos a los que se enfrenta América Latina y el Caribe en 2023, elaborado por el Centro de Estudios Internacionales UC (CEIUC), se plantea que la llamada “nueva marea rosa” de gobiernos de un amplio espectro de izquierda surge en un escenario muy distinto al de la década del 2000, cuando tuvo lugar la primera marea rosa o giro a la izquierda (véase Tabla 1). En años recientes, la región entró en un periodo de incertidumbre económica e inestabilidad política como resultado de tres crisis conectadas entre sí: 1) la crisis del neoliberalismo, que dio paso al primer ciclo progresista y de izquierda en la región; 2) la crisis del neodesarrollismo, en el que confluyen el fin del ciclo de las materias primas y la crisis del proceso de globalización; y 3) la crisis de legitimidad política e institucional producto del fracaso del neoliberalismo y del neodesarrollismo (Calderón y Castells, 2019).

Tabla 1. Desemejanza en el contexto nacional, regional y global entre el primer y el segundo ciclo progresistas		
Dimensión de análisis	Primer ciclo progresista (1998-2015)	Segundo ciclo progresista (2018-2022)
Nacional (económica e institucional)	–Producto de protestas sociales y los desafíos políticos frente a la globalización neoliberal (anti-neoliberalismo). –Rescate del papel activo del Estado. –Reducción significativa de las desigualdades sociales y regionales. –Crecimiento económico y ampliación del mercado interno de consumo. –Procesos constituyentes pacíficos.	–Crisis política, económica e institucional enmarcada en una crisis global postpandemia. –Interacción con legados neoliberales e impulso de políticas sociales. –Agendas más amplias e inclusivas (ambiental, de género, sexual). –Nuevos procesos constituyentes o de reversión de políticas y acuerdos, con limitación en la capacidad de acción.

Regional	–Modernización de la estructura productiva a nivel regional. –Transformación en los patrones de comercio Sur-Sur. –Procesos de integración autónoma entre los países de la región (ALBA, UNASUR, CELAC).	–Gobernabilidad de regulación estatal compleja. –Organismos regionales de integración debilitados en proceso de revitalización. –Marco político acotado por el surgimiento de una extrema derecha más organizada y competente electoralmente.
Global	–La región incrementó su competitividad en la economía global. –Bonanza en los precios y la demanda de los <i>commodities</i>. –Oposición al intervencionismo de países del Norte global.	–Crisis global y de la globalización, así como de la crisis civilizatoria en curso. –Crisis ambiental más depredadora. –Contención de la implementación de negociaciones internacionales con otras naciones. –Inflación al alza derivada de la guerra en Ucrania.

Nota. La tabla busca comparar el contexto nacional, regional y global entre el primer y el segundo ciclo de gobiernos progresistas en América Latina. Elaboración propia en colaboración con el Mtro. Tomás García.

Como destacan Calderón y Castells (2019, p. 50), “el neoliberalismo exacerbó la desigualdad [...], el neodesarrollismo exacerbó el estatismo y, por tanto, la corrupción”, y la crisis de legitimidad resultante repercutió en el sistema político y en las instituciones. Venezuela, quien en su momento inauguró el primer ciclo político de izquierda y desde donde se planteó el camino hacia el llamado Socialismo del Siglo XXI, representa la máxima expresión de la triple crisis que atraviesa la región, acentuada en el país bolivariano tanto por sus estructuras socioeconómicas, como por su cultura política y su relación con el sistema global (Flores, 2023).

La crisis de legitimidad que enfrenta América Latina se traduce también en una rápida caída en el apoyo a los gobiernos tanto de izquierda como de derecha, lo que a su vez produce una suerte de “voto de castigo” para los oficialismos, sin importar su signo político (Sahd, Zovatto y Rojas, 2023). Entre 2019 y 2021, en 13 de las 14 elecciones presidenciales, la ciudadanía votó por la alternancia, con la excepción de Nicaragua, país catalogado por varios autores como una dictadura (véase Tabla 2).

País	Fecha de la elección	Presidente anterior	Presidente actual	Alternancia
El Salvador	03/02/2019	Salvador Sánchez Cerén	Nayib Bukele	Alternancia
Panamá	05/05/2019	Juan Carlos Varela	Laurentino Cortizo	Alternancia
Guatemala	16/06/2019 11/08/2019	Jimmy Morales	Alejandro Giammattei	Alternancia
Argentina	27/10/2019	Mauricio Macri	Alberto Fernández	Alternancia
Uruguay	27/10/2019 24/11/2019	Tabaré Vázquez	Luis Lacalle Pou	Alternancia
República Dominicana	05/07/2020	Danilo Medina	Luis Abinader	Alternancia
Bolivia	18/10/2020	Jeanine Áñez	Luis Arce	Alternancia
Ecuador	07/02/2021 11/04/2021	Lenin Moreno	Guillermo Lasso	Alternancia
Perú	11/04/2021 06/06/2021	Francisco Sagasti	Pedro Castillo	Alternancia
Nicaragua	07/11/2021	Daniel Ortega	Daniel Ortega	Continuidad
Honduras	28/11/2021	Juan Orlando Hernández	Xiomara Castro	Alternancia

Chile	21/11/2021 19/12/2021	Sebastián Piñera	Gabriel Boric	Alternancia
Costa Rica	06/02/2022 03/04/2022	Carlos Alvarado	Rodrigo Chaves	Alternancia
Colombia	29/05/2022 19/06/2022	Iván Duque	Gustavo Petro	Alternancia
Brasil	02/10/2022 20/10/2022	Jair Bolsonaro	Lula da Silva	Alternancia

Nota. La tabla muestra los resultados de las elecciones en América Latina y el Caribe entre 2019 y 2022. Tomado de Sahd, Zovatto, y Rojas (2023).

Aunado a esto, el nuevo ciclo político que estamos presenciando se caracteriza por la llegada de gobiernos sin poder suficiente para hacer reformas constitucionales de amplio calado. Al carecer de mayorías parlamentarias, las prácticas de gobierno y los proyectos de transformación que impulsa el “nuevo” giro a la izquierda se ven fuertemente limitadas. Esta tendencia ilustra la diferencia que González Casanova hace respecto a la política y el poder, teniendo como ejemplo más revelador el breve gobierno de Pedro Castillo en Perú. Castillo, al haber ganado las elecciones (la lucha política) sin haber obtenido el poder estatal (la lucha por el poder) (Vuskovic *et al.*, 2007), se enfrentó desde el principio de su gestión al problema del poder dominante, que se tradujo en varios intentos por destituirlo y en su eventual encarcelamiento.

Actores emergentes: las comunidades políticas de pertenencia

Si la primera década del siglo XXI en América Latina quedó marcada por la inestabilidad, la insatisfacción y la movilización de masas (Morales, 2019), la segunda década estuvo matizada por la volatilidad, la decadencia de tendencias anteriores y el surgimiento de nuevos patrones sociopolíticos (Calderón y Castells, 2019). Ante este panorama, los movimientos sociales se han perfilado como bastión de cambio y reconfiguración política en diversas partes del mundo.

La contestación social de 2019 en Argelia, Cataluña, Hong Kong, Irán, Sudán, Reino Unido, y el movimiento de los chalecos amarillos en Francia, son ejemplo de ello. Estas fuerzas sociales alrededor del mundo tomaron una for-

ma de manifestación masiva cuya novedad fue la politización de las demandas dado su carácter contestatario del gobierno y del régimen político en el que este se sustenta, revitalizando la “dimensión geopolítica de la contestación social” (Bringle y Cabezas, 2014, p. 323). Estos estallidos sociales reunieron una diversidad de movimientos sociales con demandas específicas. Inicialmente, estas demandas se centraban en derechos económicos, sociales, culturales y ambientales. Sin embargo, con el tiempo, estas demandas evolucionaron hacia una esfera política más amplia. Este proceso se llevó a cabo en un contexto geopolítico que abarca desde las comunidades políticas establecidas a nivel estatal hasta las instituciones a nivel global.

En América Latina, por su parte, se observa la misma tendencia, pero con características propias. Durante 2019 se produjeron estallidos sociales y levantamientos populares en varios países de la región, sin distinguir divisiones territoriales, sistemas políticos, culturas o historias (Michel, 2020). Entre los estallidos más destacables se encuentran los que tuvieron lugar en Chile, Ecuador, Colombia, Haití, Bolivia y Puerto Rico. Como Túnez en el marco de protestas árabes de 2011, Ecuador encabezó la ola de protestas latinoamericana en 2019, aunque Chile, como en su momento pasó con Egipto, fue uno de los casos que más llamaron la atención. Los motivos son diversos, pueden ser de índole política: la falta de representación política, la crisis de los partidos, la corrupción, la militarización, la fallida división de poderes o la defensa de los derechos humanos de las minorías; de índole económica: la desindustrialización y la agudización de las desigualdades; o de índole social: por la igualdad de género, el derecho al aborto, el matrimonio universal y la protección del medio ambiente.

A esta lista se agregaron otros estallidos sociales en el mundo en el transcurso entre 2019 y 2022, que fueron dinamizados por las respuestas sociales movilizadas frente a la pandemia del COVID-19. Actualmente, crecen los focos de malestar en el mundo, sin embargo, no todas las movilizaciones sociales desembocan en el cuestionamiento de las comunidades políticas de pertenencia instituidas en gobiernos y Estados nacionales, y son menos los casos en los que surgen procesos instituyentes de comunidades políticas con sentido de pertenencia autónoma. Ahora bien, ante este panorama cabe preguntarse, ¿cuál es el futuro de las luchas sociales en la región?, ¿ampliarán los movimientos sociales su margen de acción

y verán sus demandas atendidas por los nuevos gobiernos progresistas? Para responder estas preguntas es necesario primero precisar a qué nos referimos cuando hablamos de comunidades políticas de pertenencia.

La politización de los movimientos sociales y su transformación en comunidades políticas de pertenencia

La manera en que la protesta social ha transitado al plano político en los últimos años se ha venido dando por varias vías. En primer lugar, la lucha por la calle y por el reconocimiento al derecho a manifestarse, a hacerse visible y a publicar sus demandas. En segundo término, mediante las formas de los procesos electorales; todas las elecciones que han surgido desde 2019 hasta la fecha están vinculadas con el impacto de los movimientos sociales que en ese año movieron las placas tectónicas de la política nacional y regional. Una tercera vía es la creación de comunidades autónomas locales en las que, más allá de los gobiernos y los Estados, es decir, de la política instituida, se ejerce una labor del día a día que construye poder popular, formas de soberanía local y autogestión que, al entrar al interface con el Estado y con los procesos electorales, enfrentan otros problemas de desajustes entre quienes están luchando en contra y desde dentro del Estado (movimientos y partidos políticos), y quienes están al margen del estado proponiendo una vía comunitarista sin interferencia estatal (pueblos en movimiento).

En este orden de ideas, el futuro de las luchas sociales en la región se traduce en la convergencia de una amplia gama de actores sociales y políticos que tienen demandas particulares, en relación con derechos económicos, sociales culturales, ambientales, que transitan hacia el campo de la y lo político dentro de un espectro geopolítico que unifica lo particular de cada demanda colectiva, con lo general que se condensa en las diversas comunidades políticas de pertenencia (CPP). Por tanto, las CPP obedecen dos lógicas distintas. Por un lado, las instituidas en el Estado nacional y sus órdenes locales de gobierno, las comunidades políticas supranacionales multilaterales y globales e, incluso, las instituciones de la comunidad política mundial, que buscan reformar al Estado, al régimen político y al sistema de partidos en el marco de la lucha por el poder del régimen de acumulación capitalista. No buscan cambiar el sistema, sino adaptarlo.

Por otro lado, en las CPP de carácter instituyente, que cuestionan la matriz estado-céntrica como referencia central única de pertenencia y las “intensas arremetidas uni-mundistas de la globalización neoliberal” (Escobar, 2014, p. 20), las luchas de reivindicación se agregan en ensambles sociales complejos mediante tres procesos que están implicados entre sí (véase Esquema 3).

Esquema 3. Procesos interrelacionados de las CPP de carácter instituyente



Nota. Esquema de la interrelación entre las políticas de identidad, las políticas de pueblo y las políticas de reconocimiento de la CPP de carácter instituyente. Elaboración propia.

- Las políticas de identidad*, donde la agrupación o agregación de demandas corresponde a la identificación de una base de intereses colectivos que están vinculados a un origen común que está amenazando lo étnico, lo religioso, la equidad de género, la diversidad sexual, cualquier comunidad de intereses que comparte un sentido de pertenencia intersubjetivo;
- Las políticas de reconocimiento*, que se refieren al ámbito político de la reivindicación en las diversas esferas de la vida colectiva, ante conflictos que amenazan las condiciones materiales objetivas de pertenencia a una comunidad política determinada; y

- c) *Las políticas de pueblo*, donde se problematiza la categoría de ‘pueblo’ como la base sustantiva de la comunidad política de pertenencia, como expresión de totalidad social que sirve de base a la soberanía, que no está reducida a la soberanía nacional y que expresa la lucha por la identidad y el reconocimiento por el interés general. Estas políticas se organizan en ensamblajes sociales complejos: el pueblo impedimento-resistencia; el pueblo plebiscitario; el pueblo juicioso y crítico. Tres modos de ensamblaje que tienden a articular a la comunidad política de pertenencia instituyente como acción colectiva liberadora.

Estrategias frente a la tensión entre movimientos sociales y la (re)estructuración del campo (geo)político

En cuanto a la ampliación del margen de acción de los movimientos sociales y la reivindicación de sus demandas en el marco del nuevo ciclo progresista, se puede decir que en la acción colectiva organizada existen dos grandes estrategias que son consecuencia de la tensión entre movimientos sociales y la estructuración del campo (geo)político. Por un lado, las luchas antisistémicas que se dan desde dentro y contra el Estado capitalista, donde se debaten límites, obstáculos y potencialidades de las reformas frente al cambio de régimen político, económico y social. Aquí, las estrategias convergen con las políticas progresistas y sus propuestas antineoliberales y anticapitalistas, así como con las izquierdas que se reclaman vinculadas con movimientos sociales transformadores, algunos de los cuales siguen enfrentando el dilema entre reforma y revolución dentro de sus estrategias organizativas.

En estas luchas desde dentro y contra el Estado, el poder y la conformación de un gobierno de carácter popular, en los distintos órdenes del Estado nacional, juegan un papel central (véase Esquema 1). Es ahí donde reside la vigencia del imaginario contractualista y del pacto social que renueva instituciones derivadas de las constituciones políticas nacionales, que son nutridas por procesos instituyentes y con formatos democráticos participativos que van más allá de los procesos electorales. Una democracia participativa además de representativa. Se trata de un campo político en el que se conflictúan los progresismos (la izquierda institucional), cuyos organismos nacionales van planteando una escala interna-

cional de actuación, en la Internacional Progresista, y las izquierdas articuladas con movimientos sociales antisistémicos que conforman a su vez actores Red en los que se vinculan lo global y lo local (la izquierda social). Se puede decir que estas redes comunitarias configuran lo que apunta a ser una Internacional Rebelde.

En segundo lugar, se encuentran la estratégica lucha antisistémica por la supresión del Estado; la autonomía comunitaria bajo principios de autogestión y autogobierno, que han sido dinamizadas por los estallidos sociales de 2019. En su origen, las luchas comunitarias asumen estrategias anticapitalistas, a partir de su apego a una base social conformada por pueblos originarios, afrodescendientes, que se articulan en “pueblos en movimiento” (Zibechi, 2022), los cuales practican un marcado énfasis en experiencias locales de lucha y resistencia que buscan crear alternativas sustentadas en ensamblajes comunitarios de pertenencia. Tales comunidades confrontan la colonialidad del poder mediante ensamblajes sociales organizados que trascienden la autarquía localista de la escala comunitaria. En ese camino, se proyecta un imaginario internacionalista que propicia una ecología de saberes compartidos entre diversas experiencias comunitarias en América Latina, como son la del EZLN, del wallmapu chileno y argentino, del cauca colombiano, de las comunidades indígenas de Bolivia, Perú, Ecuador, entre otras y, en el mundo destacan: la Rojava kurda, la Cooperativa Integral Catalana, o los movimientos Ubuntu, en África, Satyagraha en la India y de la Vía Campesina a escala del Sur Global.

La ultraderecha latinoamericana en clave geopolítica

Las nuevas derechas latinoamericanas, como actores emergentes en este ciclo político progresista, son parte de una tendencia global de ascenso de la ultraderecha tanto en el Norte como en el Sur global. De acuerdo con González Cuevas (como se citó en Bohoslavsky, 2023), existe un ordenamiento de las tradiciones de derecha basado en la fuerza relativa e histórica de cada una de sus expresiones. En primer lugar, se encuentran las tradiciones dominantes, que en ciertos momentos concentran un gran apoyo electoral y simpatía de grupos poderosos como las Fuerzas Armadas, la Iglesia y las alianzas internacionales. La derecha neoliberal, por ejemplo, fue la tradición dominante en América Latina desde la

década de 1980 hasta la crisis de legitimidad de las instituciones y las orientaciones políticas neoliberales a principios del siglo XXI.

En segundo lugar, están las tradiciones residuales que, en su momento, tuvieron un auge, pero que han sido desplazadas del centro del campo de las derechas. Nuevamente, la derecha neoliberal latinoamericana es un ejemplo de tradición residual, ya que sus recursos económicos y simbólicos, junto con su apoyo social y relevancia política, están en declive, y están siendo desplazadas por el libertarismo y la ultraderecha. Finalmente, las tradiciones emergentes, como lo es la ultraderecha, son aquellas que muestran empuje y crecimiento, pero cuyo vigor aun no les permite desafiar o absorber por completo a las otras familias de derecha. Es por ello por lo cual, en la actualidad, aunque la derecha liberal-conservadora sigue controlando el juego político (democracia liberal), se muestra cada vez más dispuesta a escuchar –y en algunos casos replicar– los discursos de la ultraderecha emergente.

La ultraderecha, como macrocategoría plural que engloba tanto a la extrema derecha como a la derecha radical de acuerdo con Mudde (como se citó en Forti, 2021), surge paradójicamente en un contexto en el que los vientos parecen soplar a favor de la izquierda latinoamericana. La extrema derecha, de carácter más reaccionario, rechaza la esencia misma de la democracia, mientras que la derecha radical, de tinte reformista, acepta la esencia de la democracia, pero se opone a elementos fundamentales de la democracia liberal, especialmente a los derechos de las minorías, al estado de derecho y a la separación de poderes (Forti, 2021). En este sentido, Donald Trump y Jair Bolsonaro representan la derecha radical, mientras que sus seguidores y simpatizantes, algunos de ellos responsables del asalto al Capitolio estadounidense en 2021 y del Congreso brasileño en 2023, representan la extrema derecha.

En el caso latinoamericano, la crisis de la globalización iniciada desde 2008, se tradujo en el “ascenso de una nueva extrema derecha que redefine lo popular, lo nacional y lo internacional a partir de la distinción schmittiana de ‘amigo-enemigo’ como categorización autónoma, dando sentido político a su identidad como actor político” (Sanahuja y López, 2020a, p. 26). Los avances sociales alcanzados durante la primera década del siglo XXI, que se reflejaron en el mejoramiento de la calidad de vida de amplios sectores de la población, la reducción

de la pobreza, una mayor inclusión social y la expansión de las clases medias, se estancaron e incluso empezaron a retroceder como resultado, en gran medida, de la caída en los precios de las materias primas y la crisis financiera de 2008 (Sanahuja y López, 2020b).

Ante este escenario de demandas insatisfechas, menor capacidad de los Estados para afrontarlas, descontento social y reclamos de cambio político, el breve periodo de gobiernos neoliberales entre el primer y el segundo ciclo de gobiernos de izquierda no logró cumplir con las expectativas de cambio y de desarrollo económico y social que se prometió desde un principio, lo que dio paso al nuevo giro a la izquierda que estamos presenciando. Sin embargo, este proceso no fue homogéneo. A diferencia de lo que sucedió en Ecuador, Chile o Argentina, donde la derecha neoliberal liberal-conservadora venció a la izquierda neodesarrollista en las urnas con la promesa de contener las repercusiones socioeconómicas de la caída en los precios de los *commodities*, en Brasil el entonces candidato Jair Bolsonaro, uno de los referentes más destacables de la derecha radical latinoamericana, se impuso en las elecciones presidenciales de 2018 con más de un 55% de los votos. En pocas palabras, la ultraderecha llegó al poder en el país más grande de la región, anticipando un posible escenario futuro en el que la derecha radical y sus seguidores de extrema derecha pasen de la oposición al ejercicio gubernamental.

Una descripción somera de la ultraderecha latinoamericana nos permitirá ubicar esta macrocategoría dentro de un fenómeno más amplio de dimensiones globales. En primera instancia, destaca su carácter nacionalista. Si bien el nacionalismo en cada partido o movimiento de ultraderecha tiene características particulares, un factor que todas las expresiones de extrema derecha y de derecha radical comparten es la adopción de un nuevo clivaje normativo entre nacionalismo y cosmopolitismo, que se traduce en una posición favorable o contraria frente a la globalización y el orden liberal internacional (Sanahuja y López, 2020b). Sin embargo, esconden la globalización capitalista en su discurso nacionalista y en sus prácticas ‘iliberales’: “Make America Great Again” (MAGA), de Trump; “Brasil por encima de todo y Dios encima de todos”, de Bolsonaro.

Son eficaces en sus estrategias discursivas para reclutar a ‘los perdedores’ de la globalización, mediante sus consignas contra las élites de la burocracia políti-

ca profesional. Reemplazado a la tradicional derecha liberal-conservadora, que se sostuvo en gran medida en el poder angloestadounidense y en la voluntad de extender el combo mercado/democracia liberal alrededor del mundo (Stefanoni, 2021), la “nueva derecha”, en palabras de Agustín Laje (2022), uno de sus más destacados promotores en América Latina, sería

una fuerza resuelta en la *incorrección política* que podría traducirse como una oposición radical a la casta política nacional e internacional, al estatismo y al globalismo, al *stablishment* multimediático y la hegemonía progresista que domina la academia, a los ingresos sociales y culturales de la Big Tech y del poder financiero global inclinados sin disimulo hacia la izquierda cultural (Laje, 2022, p. 484).

Un aspecto interesante de este nacionalismo es que, a pesar de oponerse al globalismo, la organización de eventos como la Conferencia Política de Acción Conservadora (CPAC) muestran una progresiva internacionalización de la ultraderecha. La reciente edición de la CPAC celebrada en Ciudad de México entre el 18 y 19 de noviembre de 2022, reunió en una de las más importantes ciudades latinoamericanas a personalidades reconocidas internacionalmente por sus posturas ultraderechistas como son los casos de Steve Bannon, Ted Cruz, Eduardo Bolsonaro, Alejandro Giammattei, Javier Milei, José Antonio Kast y Santiago Abascal, entre otros. Es importante destacar la participación de Eduardo Verástegui, el fundador del movimiento ultracatólico Viva México y promotor de una agenda ultraderechista en México y en América Latina. Verástegui ha manifestado su aspiración a postularse como candidato presidencial independiente en México en las elecciones de 2024.

En este orden de ideas, el partido ultraderechista español, Vox, encabeza el internacionalismo reaccionario en América Latina al promover el imaginario geopolítico de un frente internacional que contrarreste la “amenaza comunista” del nuevo giro a la izquierda. La firma de la llamada Carta de Madrid impulsada por Vox es un ejemplo esclarecedor de la internacionalización reaccionaria y la promoción de la ‘Iberósfera’ neoconservadora que engloba a España y a América Latina en un mismo imaginario geopolítico (véase Figura 1).

Figura 1. Redes transnacionales del internacionalismo reaccionario de Vox



Nota. La imagen muestra las redes transnacionales del internacionalismo reaccionario como su epicentro en España. Tomado de Cabezas González y Medina García (2011).

En segundo lugar, un rasgo común que comparten las diferentes expresiones de ultraderecha en América Latina es su condición de defensores de los valores conservadores. El (neo)conservadurismo, en este sentido, siempre es identitario y nacionalista. La ya mencionada cpac es un ejemplo claro del componente neo-conservador de la ultraderecha latinoamericana. En el encuentro que tuvo lugar en la capital mexicana, y que reunió a líderes y asociaciones de ultraderecha de todo el mundo, hubo tres hilos conductores en las distintas intervenciones de sus participantes: 1) la idea de la llegada de una ola de gobiernos socialistas al continente americano, y la necesidad de una respuesta de la derecha para frenarla;

2) la defensa de la vida desde la concepción, la familia tradicional y los valores cristianos; y 3) el convencimiento de que la mayoría de los partidos de derecha no representan al verdadero conservadurismo, por lo que es necesario que endurezcan sus posiciones (Coste, 2022).

A estos tres hilos conductores los une lo que la ultraderecha denomina “la batalla cultural”, en el cual se le hace frente a la diversidad social y al multiculturalismo, y se lucha en contra de la diversidad sexual y la igualdad de género, comúnmente definida como “ideología de género”, por considerarla un ataque a la familia tradicional y a un orden social esencialmente heteropatriarcal (Sanahuja y López, 2020a). En uno de sus libros más recientes, titulado *La batalla cultural. Reflexiones críticas para una nueva derecha*, Agustín Laje, referente intelectual de la ultraderecha en América Latina, pretende ofrecer una teoría sobre la “batalla cultural” que propugnan los libertarios antiprogresistas, los conservadores y los autodenominados patriotas (Laje, 2022). En este orden de ideas, el “marxismo cultural”, que no es más que la idea de que la izquierda abandonó la batalla en la economía para librarla con más éxito en la cultura, termina convirtiéndose en un “paraguas” que incluye cualquier expresión de progresismo, como el feminismo, el multiculturalismo o la justicia social (Stefanoni, 2021).

Finalmente, como síntesis de lo antes mencionado, la ultraderecha latinoamericana es esencialmente antiprogresista. El racismo, como rechazo a una visión racializada de la pobreza, el neoconservadurismo en contra de los avances del feminismo y las minorías sexuales, y el crecimiento del evangelismo político son algunos de los vectores para la expresión política de un antiprogresismo que comparten las expresiones de ultraderecha en la región (Stefanoni, 2018). El relativo éxito electoral de la ultraderecha en América Latina, que llevó a Jair Bolsonaro al poder en Brasil, estuvo cerca de llevar al derechista radical chileno José Antonio Kast a la presidencia de su país y llevó a Javier Milei a ser el precandidato más votado en las elecciones primarias abiertas, simultáneas y obligatorias (PASO) en Argentina, se puede atribuir en gran medida a la forma en que esta corriente política ha capturado el descontento generalizado en la sociedad a través de propuestas y discursos antiprogresistas. Como señala acertadamente Stefanoni en su último libro sobre la creciente adhesión a la derecha, “el antiprogresismo y la anticorrección política están forjando un nuevo sentido común”.

Ahora bien, en la era digital los mensajes y la propaganda de ultraderecha se difunden masivamente en redes sociales como Facebook y X (anteriormente conocida como Twitter), acercando a personas que de otra forma no tendrían la misma conectividad entre sí. Adicionalmente, el humor y los *memes* permiten a los *trolls* de Internet crear un sentido de comunidad. Los *trolls*, que no son más que usuarios provocadores de Internet que buscan interrumpir o empobrecer el diálogo o los debates públicos con un estilo irónico y en ocasiones agresivo, operan en un espacio *on line* en el que ponen de relieve la vulnerabilidad de los rituales y las instituciones sociales, para convertir en propaganda ultraderechista los símbolos y códigos culturales ordinarios (Davies, 2018).

En este contexto, ¿de qué manera las democracias latinoamericanas pueden hacer frente al disenso y la pluralidad sin afectar su legitimidad e incrementando sus niveles de confianza en la sociedad? En otras palabras, ¿cómo puede la democracia en América Latina hacer frente a la antidemocracia sin recurrir a medios antidemocráticos que la desacrediten? Parafraseando la paradoja de la tolerancia propuesta por el filósofo austriaco Karl Raimund Popper en 1945, un régimen democrático que es indulgente frente al rechazo mismo de la democracia pone en riesgo la existencia de dicha democracia. No darle la importancia necesaria a las manifestaciones antidemocráticas de la ultraderecha, como lo fue el asalto al Capitolio en Estados Unidos después de la elección que le dio el triunfo a Biden o su equivalente en el Congreso de Brasil durante los primeros días del Gobierno de Lula, significaría darles la oportunidad de destruir paulatinamente los fundamentos mismos de la democracia, y con ello, la democracia en sí.

Es ahí donde reside la importancia que adquieren las ciencias sociales, en general, y los estudios latinoamericanos, en particular, ante esta coyuntura. Estudiar la democracia en sus diferentes niveles de análisis (régimen, Estado, sistema político y dinámicas) desde un enfoque holístico que incorpore las interacciones entre el régimen político y los aparatos del Estado, por un lado, y la forma en que interactúan las reglas formales e informales con el Gobierno, la sociedad y la cultura política de cada país, por el otro, nos permitirá alcanzar un consenso crítico de la democracia latinoamericana, de carácter posliberal, en el que exista una participación real en condiciones simétricas de los oprimidos y excluidos del régimen democrático-liberal actual que se creó sobre los fundamentos an-

tidemocráticos del autoritarismo del siglo xx. En palabras de Dussel (2006, p. 106), “no se lucha por la inclusión sino por la transformación”.

En conclusión, la única forma viable en que la democracia en América Latina puede hacer frente a la antidemocracia de ultraderecha es a través de su propia transformación y reinención. La democracia es un compromiso y un proyecto en constante evolución. La defensa de la democracia que hace viable electoralmente a políticos como Bolsonaro, Kast o Milei, y que tiende a ser abierta al extremismo de derecha (más no al radicalismo de izquierda) que vela por un capitalismo salvaje en lo económico y un ultraconservadurismo en lo social, no es la respuesta.

Integración (Social) Latinoamericana y el No Alineamiento Activo

En un artículo publicado en 2021 por la revista *Nueva Sociedad*, Guadalupe González, Mónica Hirst, Carlos Luján, Carlos Romero y Juan Gabriel Tokatlian (2021) analizan una posible impotencia política de la región frente a la coyuntura crítica global. De acuerdo con estos académicos, la región latinoamericana en su conjunto experimenta un proceso largo y gradual de pérdida de gravitación internacional, división y fragmentación, “sin una voz común y sin mecanismos funcionales de articulación ni liderazgos para encabezar la acción colectiva” frente a las transformaciones sistémicas a nivel planetario (González *et al.*, 2021).

Para evitar el *vaciamiento latinoamericano*, como González *et al.* (2021, p. 51) se refieren a “la situación de ausencia deliberada de acción colectiva de la región que, de no revertirse, podría conducir a la pérdida de su condición de actor en el sistema global y a su mera expresión geográfica”, se requieren iniciativas de integración que dejen de servir a los intereses externos y a las élites nacionales y transnacionales, para que pasen a ser un instrumento de desarrollo de y para los pueblos latinoamericanos y caribeños. Ante la pregunta respecto a qué proyecto de integración latinoamericana puede configurarse, quién o quiénes lo liderarán y qué estrategias podrían ser útiles a este proyecto, se considera que la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC), como la instancia de integración autónoma regional de mayor alcance en el continente y de mayor proyección geopolítica hacia el Sur Global, es el mecanismo mediante

el cual América Latina puede lograr la unidad latinoamericana y caribeña, así como concretar la integración política, económica y social.

En cuanto a quién y quiénes liderarían dicho proyecto, se plantea que los movimientos sociales y las redes transnacionales de la sociedad civil organizada, en estrecha coordinación con los gobiernos progresistas, tienen el potencial de reconfigurar la arquitectura geopolítica regional mediante una articulación meta-populista. Dicha articulación tiene como antecedente directo la convergencia entre fuerzas políticas y sociales que en 2005 lograron frenar las pretensiones (geo)políticas y (geo)económicas de Estados Unidos en la región por medio del proyecto del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA). Finalmente, se postula que el No Alineamiento Activo es una estrategia clave para generar respetabilidad y posicionar activamente los intereses geopolíticos de la región en un sistema internacional en transformación, poniendo fin a la marginalidad de la región en el escenario global.

La CELAC Social en el nuevo ciclo político latinoamericano

En una mesa de debate que tuvo lugar en el marco la Conferencia regional “Tras la pandemia, la guerra”, y que llevaba por título “Nuevas Perspectivas de Integración Regional: segunda ola de gobiernos progresistas en contexto de cambios geopolíticos”, especialistas de distintas partes de América Latina discutieron la importancia de fortalecer la integración regional y el papel clave de la CELAC en dicho objetivo. Aída García Naranjo, panelista representante de la Red Sin Fronteras de Perú, propuso plantear una “América Latina, en el marco de un mundo multipolar, como un pueblo regional autónomo al margen de hegemonías” (NuestrAmerica TV, 2022, 1hr5m44s). En palabras de Ominami (2021, p. 230), “debemos ser los campeones del multilateralismo rechazando las pretensiones hegemónicas vengan de donde vengan”. Para ello, García Naranjo sostiene que la CELAC Social, como un mecanismo de integración multilateral desde abajo, es fundamental para hacer frente a los desafíos que enfrenta la región.

En este orden de ideas, la CELAC Social, en el marco del denominado regionalismo post hegemónico (Tussie, 2021), abre la oportunidad para fomentar una integración regional desde y para los pueblos –en la línea de una Comunidad Política de Pertenencia regional supranacional–, recogiendo las experiencias de

la Plataforma Mercosur Social y Solidario (PMSS), a nivel intergubernamental, y de la Alianza Social Continental (ASC), en términos de movimientos sociales y sociedad civil organizada a nivel transnacional. En este tenor, una de las principales propuestas defendidas por la CELAC Social ante los jefes de Estado que integran la CELAC es que se institucionalicen espacios permanentes de diálogo entre los gobiernos y las organizaciones y movimientos sociales, así como de participación de la sociedad civil organizada. Sin embargo, existen otras dinámicas de articulación entre las fuerzas políticas y sociales en las que pueden o no utilizarse mecanismos gubernamentales o interestatales. La articulación meta-populista resulta ser un ejemplo ilustrativo de ello.

La articulación meta-populista y la reconfiguración del orden regional

El populismo, como se mencionó más arriba, se ha convertido en los últimos años en un elemento central de la política contemporánea. Sin embargo, las conceptualizaciones del *mainstream* sobre el término suelen asociar al populismo con una acepción peyorativa (Madureira, 2020), limitando su potencial analítico para entender y explicar el panorama sociopolítico del nuevo ciclo político latinoamericano, en un momento en el que la protesta y la contestación social son un componente protagónico de los sistemas políticos en la región. Desde la perspectiva de autores como Enrique Dussel y Ernesto Laclau, quienes dotan al populismo de mayor complejidad, el populismo es “un modo de construcción de lo político; modo que se funda en dividir a la sociedad en dos campos, y en apelar a la movilización de ‘los de abajo’ frente al poder existente” (Laclau, 2014, p. 253). De acuerdo con este autor, y en sintonía con el planteamiento de Dussel (2006) sobre la constitución del *hegemón analógico*, va a haber populismo siempre que el orden social sea considerado como injusto, y se llame a “construir un nuevo sujeto de la acción colectiva —*el pueblo*— capaz de reconfigurar ese orden desde sus mismos fundamentos” (Laclau, 2014, p. 253).

Por su parte, el proceso de constitución del hegemón analógico que plantea Dussel (2006) consiste en la construcción de una reivindicación hegemónica en la que, por mutua información, diálogo y traducción de las reivindicaciones diferenciadas de los distintos movimientos sociales, el “pueblo” se transforme en actor colectivo político. A manera de síntesis, el populismo se materializa

cuando la injusticia estructural empuja hacia la formación de un pueblo, que a su vez constituye una reivindicación hegemónica que transforma a ese pueblo en un actor político colectivo capaz de reconfigurar el orden social desde abajo. Respecto al *meta-populismo*, la definición de De Cleen (2017) se limita a internacionalizar la frontera interna en lo social propuesta por Laclau (2014), sin abordar temas como el papel de los movimientos sociales o la percepción de injusticia estructural que llama a construir un nuevo sujeto de la acción colectiva transnacional.

Por tanto, en este trabajo se entiende por meta-populismo el proceso mediante el cual existe una articulación entre gobiernos progresistas y movimientos sociales que buscan, de manera coordinada, reconfigurar un orden regional e internacional que se percibe como injusto (véase Esquema 4). Como evidencia empírica de la posibilidad de articulación meta-populista, el episodio más destacable tuvo lugar en la IV Cumbre de las Américas en Mar del Plata en 2005, cuando el proyecto ALCA se enfrentó a una acción colectiva entre movimientos sociales y la resistencia de algunos gobiernos latinoamericanos (De la Cueva, 2005).

Esquema 4. Articulación meta-populista



Nota. El esquema ilustra la articulación meta-populista a partir de tres procesos. Elaboración propia.

El No Alineamiento Activo (NAA) como vía para evitar el ‘vaciamiento latinoamericano’

Bajo el entendimiento de que la inserción internacional de América Latina es crucial para su desarrollo y progreso, Carlos Fortín, Jorge Heine y Carlos Ominami (2021) reevalúan la forma en que la región se ha relacionado con el entorno internacional y cómo ha reaccionado ante sus desafíos para proponer “una doctrina para el nuevo siglo”. El mundo ha cambiado enormemente desde la Conferencia de Bandung en 1955 y el establecimiento del Movimiento de Países No Alineados (NOAL) en la conferencia de Belgrado de 1961. Desde una perspectiva geopolítica, los cinco factores más relevantes en esta transformación han sido: primero, el enorme papel que ha asumido China en la política y la economía internacionales; segundo, la reconfiguración del sistema mundial contemporáneo en función de los profundos cambios que conlleva el desplazamiento del centro de gravedad económico de Europa y Estados Unidos (el Atlántico Norte) hacia Asia (particularmente el Indo-pacífico); tercero, los reajustes en la economía mundial sucedidos a raíz de la crisis financiera de 2008 que marcaron, de acuerdo con algunos analistas, el fin de la globalización neoliberal.

La crisis del orden internacional liberal sostenido por Occidente mediante el libre comercio, la globalización y el multilateralismo puede ser citado como un cuarto factor; en vista de que este factor es producto de los anteriores. El quinto factor es la guerra proxy en Ucrania que enfrenta a la Organización del Atlántico Norte (OTAN), a la que pertenecen Estados Unidos y los países europeos, por un lado, y a la Federación Rusa, por el otro. Finalmente, un sexto factor es la respuesta internacional frente a la crisis climática, más que la crisis como tal. Mientras exista un Norte global que no esté dispuesto a perder su posición privilegiada en el orden internacional imperante, y un Sur que se resista a las imposiciones de los poderes hegemónicos, no se logrará llegar a acuerdos para superar la crisis ambiental global. La existencia de profundas discrepancias entre los países centrales y las periferias para entender el carácter de la crisis climática y las medidas necesarias para su solución se van a ir profundizando en la medida en que la desigual distribución del poder y riqueza en el mundo se agudizan, independientemente de la conciencia mundial respecto a la gravedad de la crisis climática.

Es importante mencionar que ha habido, por supuesto, muchos otros cambios de suma importancia en la economía mundial, la geopolítica y la conciencia global, los cuales se han hecho más visibles en años recientes. La pandemia de COVID-19, como en su momento lo fue el ataque contra el World Trade Center el 11 de septiembre de 2001, movió las placas tectónicas de la política internacional y produjo réplicas que se seguirán sintiendo en el mundo y en América Latina en los próximos años. Ante este panorama, los objetivos básicos del No Alineamiento Activo (NAA) son:

1. Extender y profundizar la integración de los países en desarrollo, y en especial de América Latina, en las corrientes internacionales de comercio e inversión en términos de no discriminación y preservando los espacios e instrumentos de política necesarios para llevar a cabo la definición e implementación de los modelos de desarrollo que cada sociedad adopte;
2. Contribuir a la estructuración de un régimen de gobernanza internacional democrático, igualitario e inclusivo, que combine la interdependencia mundial y la autonomía nacional (Fortín, 2021, p. 252).

Sin embargo, a pesar de la transformación en la geopolítica mundial desde la Guerra Fría hasta nuestros días, existen continuidades evidentes. Bajo la lógica de que el conflicto entre China y Estados Unidos continuará agravándose y nos terminará llevando a una suerte de Segunda Guerra Fría con sus características particulares, como la disputa por la hegemonía en el proceso de globalización y en el mundo globalizado con un importante componente ideológico (Fortín, 2021 p. 28), considera que el camino del No Alineamiento Activo es la mejor alternativa para la región. De acuerdo con estos autores, “en la medida en que la competencia estratégica por América Latina se acentúa, mayor es el poder de negociación de los países de la región, aunque ello también depende de la capacidad de acción colectiva”.

En este sentido, el Foro CELAC-China y CELAC-Unión Europea, así como el planteamiento del presidente de Colombia, Gustavo Petro, en el marco de la VII Cumbre de la CELAC celebrada en Buenos Aires, respecto de las cartas geopolíticas con las que cuenta la región, fortalecen una posición autónoma y No Alineada Activamente para América Latina y el Caribe. Se gesta, así, una

suerte de comunidad política de pertenencia supranacional instituyente, con base en gobiernos instituidos. Esta política, que ha sido recibida con beneplácito por vastos sectores del progresismo continental y mundial, se encuentra en el propio Manifiesto de noviembre de 2019 del Grupo de Puebla, espacio de coordinación y articulación de hombres y mujeres progresistas de distintos países, en el que se destaca que “A nuestra América Latina sólo le cabe asumir una posición de no alineamiento activo poniendo por delante los intereses de nuestros pueblos y haciendo respetar de forma intransigente nuestra soberanía (Grupo de Puebla, 2019, citado en Fortín *et al.*, 2021, p. 13).

Conclusiones. Memoria histórica: las comunidades políticas de pertenencia como contrapoder desde lo instituido y lo instituyente

Los paradigmas de referencia global se están reconfigurando: la democracia liberal pierde adeptos en el mundo (Instituto Internacional para la Democracia y la Asistencia Electoral (IDEA), 2022): “Los Índices Globales Sobre Democracia muestran que los regímenes autoritarios han profundizado su represión, siendo 2021 el peor año registrado. Más de dos tercios de la población mundial vive ahora en democracias en retroceso o en regímenes híbridos y autoritarios”. El ascenso de los gobiernos progresistas en América Latina y el Caribe es esperanzador de un reavivamiento democrático mediante vías que no siempre son complementarias y dialogantes entre sí: la izquierda social que impulsa comunidades políticas de pertenencia instituyentes muestra brechas frente a las comunidades políticas de pertenencia instituidas, en las que se enmarcan los esfuerzos gubernamentales de una izquierda que apuesta por la dimensión electoral.

Lejos de suponer que los procesos de democratización parten de una concepción homogénea desde la izquierda, lo que hemos denominado el triángulo analítico progresismo-populismo-popular permite constatar que el ciclo político democratizador en Latinoamérica está delimitado por su memoria histórica y por las consecuencias políticas que se derivan en un campo contradictorio entre movimientos sociales crecientemente politizados y formas instituidas del régimen y del sistema político.

El concepto de comunidades políticas de pertenencia, diferenciando sus dimensiones instituida e imaginada es plausible porque permite distinguir proce-

Los instituyentes innovadores en la convivencia colectiva y en el manejo de sus conflictos, de procesos instituidos que están siendo desafiados por la demanda de reformas de Estado de amplio calado. Como lo señala la organización intergubernamental, Instituto Internacional para la Democracia y la Asistencia Electoral, con sede en Estocolmo (IDEA, 2022) “Las personas se están uniendo en formas innovadoras para renegociar los términos de los contratos sociales, presionando a sus gobiernos para que cumplan con las demandas del siglo XXI, desde la creación de guarderías comunitarias en Asia hasta las libertades reproductivas en América Latina. [también hay procesos instituyentes] Las personas se están organizando con éxito fuera de las estructuras tradicionales de los partidos, especialmente los jóvenes [y destacadamente el movimiento feminista], desde las protestas climáticas hasta los derechos indígenas. Las nuevas constituciones y leyes tienen como objetivo alzar las voces de los grupos marginados”.

Distinguimos dos estrategias de acción colectiva en las comunidades políticas de pertenencia: las que luchan por transformaciones desde dentro y contra el Estado, y las que luchan por la supresión del Estado. El progresismo latinoamericano se encuadra en la primera vía, mientras que hay procesos de integración comunitaria autónoma de cara al Estado que se encuadran en la segunda vía. Aunque hay otros procesos que vinculan sus luchas instituyentes en formas heterogéneas de interfaz entre política, gobierno y lucha comunitaria autonómica. El caso de la acción colectiva juvenil en el estallido social de Colombia en 2019, bautizado en las redes sociales y algunos medios de comunicación como el 21N, es bastante sugerente. Se trata de acciones encabezadas por jóvenes que no buscan mantener las estructuras históricamente constituidas o “integrarse al sistema político sino desbordarlo, replantearlo en función de nuevos valores y utopías éticas y políticas” (Torres, 2002, p. 18 citado en Aguilar-Forero, 2020, p. 32).

La memoria histórica latinoamericana es de alto contraste entre la búsqueda de transformaciones sociales por la equidad y la justicia social, frente al conservadurismo que busca reproducir y ampliar los privilegios de minorías elitistas. Los avances de la agenda de izquierda y del progresismo que impulsan el actual ciclo político, están siempre amenazados, asediados, por la derecha conservadora. El auge de gobiernos de derecha y de derecha radical entre 2015 y 2019, sigue marcando a una parte de las sociedades de la región. Su beligerancia cobra

nuevos bríos en nuestra región y en el mundo. La diferencia es que el auge de esa ultraderecha neoliberal ahora reclama una base social de sustentación, mediante la configuración de comunidades políticas de pertenencia de inspiración fascista.

Otro paradigma global de referencia que es sacudido por la crisis es el de la globalización, el de la acumulación por despojo del extractivismo y la desindustrialización de la periferia, los cuales tanto han marcado la memoria histórica de nuestra región. El orden mundial liberal, cuya crisis de horizonte civilizatorio se exacerba por los duros efectos de la pandemia del COVID-19 y por la guerra en Ucrania, está también vinculado con el refuerzo de una histórica demanda de una comunidad política de pertenencia supranacional: la integración regional latinoamericana y caribeña de carácter post hegemónico, lo cual se plasma en la CELAC y en el bloque BRICS, así como en formas instituidas subregionales como la UNASUR, el Mercosur o la ALBA-TCP.

Mediante estas comunidades supranacionales instituidas, a las que se ha sumado el bloque BRICS y su reciente ampliación, que incluye a Argentina, Egipto, Irán, Etiopía, Arabia Saudí y Emiratos Árabes Unidos, y a través de formatos de integración de comunidades con sentido ‘glocal’, nuestra región ha podido enfrentar mejor las amenazas de la pandemia mundial y está descubriendo su camino para forjar una comunidad política de No Alineamiento Activo, para impulsar la paz mundial y la cooperación internacional y entre los pueblos, en un “orden mundial multiplex” (Acharya, 2017), caracterizado por el surgimiento de nuevos órdenes regionales y más de una meta-narrativa de orden global (Tussie, 2021).

Referencias

- Acharya, A. (2017). After Liberal Hegemony: The Advent of a Multiplex World Order. *Ethics & International Affairs*, 31(3), 271-285.
- Aguilar-Forero, N. (2020). Las cuatro co de la acción colectiva juvenil: el caso del paro nacional de Colombia (noviembre 2019-enero 2020). *Análisis político* (98), 26-43.
- Bacallao Pino, L. M. (2015). Lo social instituyente y lo político instituido en América Latina. *Latinoamérica*, (60), 125-157.
- Bohoslavsky, E. (2023). *Historia mínima de las derechas latinoamericanas*. El Colegio de México.

- Bringel, B. y Cabezas González, M. A. (2014). Geopolítica de los movimientos social latinoamericanos: Espacialidades, ciclos de contestación y horizonte de posibilidades. En J. A. Preciado Coronado (Coord.), *Anuario de la integración latinoamericana y caribeña* (pp. 323-342). Universidad de Guadalajara; University Press of the South New Orelans; Ediciones de la Noche.
- Cabezas González, A. y Medina García, P. (2011). *Mapeo de actores y repertorios de odio: El género y la migración en el epicentro de las políticas anti-derechos en España y la Unión Europea*. Asociación de Investigación y Especialización Sobre Temas Iberoamericanos.
- Calderón, F. y Castells, M. (2019). *La nueva América Latina*. Fondo de Cultura Económica.
- Coste, J. (2022, noviembre 23). La ultraderecha en México. *Expansión política*. <https://politica.expansion.mx/voces/2022/11/23/la-ultraderecha-en-mexico>
- Davies, W. (2018). *Nervous States: How Feeling Took Over the World*. Jonathan Cape.
- De Cleen, B. (2017). Populism and nationalism. En C. Rovira Kaltwasser, P. Taggart, P. Ochoa Espejo y P. Ostiguy (Eds.), *The Oxford Handbook of Populism* (pp. 342-362). Oxford University Press.
- De la Cueva, H. (2005). Mar del Plata: el ALCA no pasó Una victoria de la Cumbre de los Pueblos. *OSAL, Observatorio Social de América Latina*, 6(18), 81-91.
- Dussel, E. (2006). *20 tesis de política*. Siglo XXI Editores; Centro de Cooperación Regional para la Educación de Adultos en América Latina y el Caribe.
- Escobar, A. (2014). *Sentipensar con la tierra: nuevas lecturas sobre desarrollo, territorio y diferencia*. Universidad Autónoma Latinoamericana UNAULA.
- Flores Flores, D. (2023). Venezuela y la (des)integración de América Latina y el Caribe: dimensiones geopolíticas de una crisis internacionalizada. *Contextualizaciones Latinoamericanas*, 1(28), 147-160. <https://doi.org/10.32870/cl.v1i28.7994>
- Forti, S. (2021). *Extrema derecha 2.0. Qué es y cómo combatirla*. Siglo XXI Editores.
- Fortín, C., Heine, J. y Ominami, C. (2021). Prólogo. En C. Fortín, J. Heine y C. Ominami (Comps.), *El No Alineamiento Activo y América Latina: una doctrina para el nuevo siglo* (pp. 13-15). Editorial Catalonia Ltda.

- (2021). Introducción. El No Alineamiento Activo (NAA) como doctrina. En C. Fortín, J. Heine y C. Ominami (Comps.), *El No Alineamiento Activo y América Latina: una doctrina para el nuevo siglo* (pp. 17-36). Editorial Catalonia Ltda.
- Fortín, C. (2021). No Alineamiento Activo y gobernanza económica mundial: comercio e inversión. En C. Fortín, J. Heine y C. Ominami (Comps.), *El No Alineamiento Activo y América Latina: una doctrina para el nuevo siglo* (pp. 236-260). Editorial Catalonia Ltda.
- Gandásogui, M. A. y Preciado Coronado, J. A. (2017). Introducción. La sociología latinoamericana y las ciencias sociales: hegemonía, debate democrático y neoconservadurismo. En M. A. Gandásogui y J. A. Preciado Coronado (Coords.), *Hegemonía y democracia en disputa. Trump y la geopolítica del neoconservadurismo* (pp. 15-49). Universidad de Guadalajara.
- González, G., Hirst, M., Luján, C., Romero, C., y Tokatlian, J. G. (2021). Coyuntura crítica, transición de poder y vaciamiento latinoamericano. *Nueva Sociedad*, (291), 49-65.
- Instituto Internacional para la Democracia y la Asistencia Electoral (IDEA) (2022, noviembre 30). *Informe sobre el estado mundial de la democracia 2022 - Forjando contratos sociales en tiempos de descontento*. <https://www.idea.int/es/news-media/news/es/la-democracia-se-debilita-nivel-global-en-2022>
- Laclau, E. (2014). Lógicas de la construcción política de identidades populares. En J. L. Coraggio y J. Laville (Coords.), *Reinventar la izquierda en el siglo XXI: Hacia un diálogo Norte-Sur* (pp. 253-265). Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Laje, A. (2022). *La batalla cultural. Reflexiones críticas para una Nueva Derecha*. HarperCollins México.
- Madureira, M. M. S. (2020). Populismo, populismos, democracia. En J. A. De la Peña, G. Leyva, M. Lutz-Bachmann y A. Ortega (Coords.), *Populismo y globalización en el siglo XXI* (pp. 97-115). Siglo XXI Editores.
- Marcos, B. (2020). ¿Todo populismo es regresivo y autoritario? Apunte sobre el populismo progresista y los movimientos sociales como posibilitadores de un nuevo republicanismo. En J. A. De la Peña, G. Leyva, M. Lutz-Bachmann

- y A. Ortega (Coords.), *Populismo y globalización en el siglo XXI* (pp. 172-183). Siglo XXI Editores.
- Michel Guardiola, E. A. (2020). La polifonía de las manifestaciones en Latinoamérica. Del descontento popular a los movimientos sociales. *Foreign Affairs Latinoamérica*, 20(2), 9-16.
- Morales, G. (2019). *Los Cuatro Mundos de América Latina: Clivajes sociales y hemisféricos en el temprano siglo XXI*. Pontificia Universidad Javeriana, Sello Editorial Javeriano.
- NuestraAmerica TV. (2022, agosto 9). Nuevas Perspectivas de Integración Regional: segunda ola de gobiernos progresistas en contexto ... [Vídeo]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=XK8QJIzpgwI>
- Ominami, C. (2021). No Alineamiento Activo, gobernanza global y financiamiento internacional. En C. Fortín, J. Heine y C. Ominami (Comps.), *El No Alineamiento Activo y América Latina: una doctrina para el nuevo siglo* (pp. 223-235). Editorial Catalonia Ltda.
- Preciado Coronado, J. A. (2021). Populisms: Inherently Illiberal or Plausibly Democratic? Hybrid Regimes May Offer a Complementary Approach. *Politikon: The IAPSS Journal of Political Science*, 48, 26-46. <https://doi.org/10.22151/politikon.48.2>
- Puhle, H. (2020). Populismo en el siglo XXI. En J. A. De la Peña, G. Leyva, M. Lutz-Bachmann y A. Ortega (Coords.), *Populismo y globalización en el siglo XXI* (pp. 72-96). Siglo XXI Editores.
- Reveles Vázquez, F. (2021). *Gobiernos de izquierda y democracia en América Latina. Participación, movilización y confrontación*. Editorial Teseo; UNAM.
- Riviero, A. Zarzalejos, J. y Del Palacio, Jorge (coords.) (2017). *Geografía del populismo. Un viaje por el universo del populismo desde sus orígenes hasta Trump*. Tecnos.
- Rubio, B. y Peña, J. (2021.). Del populismo al progresismo: reflexiones sobre su capacidad transformadora. *Caderno C R H*, 34, 1-15.
- Sahd K., J., Zovatto, D. y Rojas, D. (2023). *Riesgo político: América Latina 2023*. Centro UC Estudios Internacionales CEIUC.
- Salman, T. (2011). Entre protestar y gobernar. Movimientos sociales en Bolivia en tiempos del MAS. *T'inkazos*, (29), 21-43.

- Sanahuja, J. A., y López Burian, C. (2020a). Internacionalismo reaccionario y nuevas derechas neopatriotas latinoamericanas frente al orden internacional liberal. *Conjuntura Austral*, 11(55), 22-34. <https://doi.org/10.22456/2178-8839.106956>
- (2020b). Las derechas neopatriotas en América Latina: contestación al orden liberal internacional. *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, (126), 41-63.
- Stefanoni, P. (2018). Antiprogresismo. Un fantasma que recorre América Latina. *Nueva Sociedad*. <https://nuso.org/articulo/antiprogresismo/>
- (2021). ¿La rebeldía se volvió de derecha? cómo el *antiprogresismo* y la *anticorrección política* están construyendo un nuevo sentido común (y por qué la izquierda debería tomarlos en serio). Siglo XXI Editores.
- Tussie, D. (2021). No Alineamiento Activo (NAA) y Regionalismo Post Hegemónico: traslapes e intersecciones. En C. Fortín, J. Heine y C. Ominami (Comps.), *El No Alineamiento Activo y América Latina: una doctrina para el nuevo siglo* (283-301). Editorial Catalonia Ltda.
- Vargas Llosa, A. (Coord.) (2017). *El estallido del populismo*. Editorial Planeta.
- Vuskovic, P., González Casanova, P. Camacho, D., Zemelman, H., Ruiz Con-tardo, E., Benítez Manaut, R. y Córdova Macías, R. (2007). *América Latina, hoy*. Siglo XXI Editores, Editorial de la Universidad de las Naciones Unidas.
- Zibechi, R. (2022). *Mundos otros y pueblos en movimiento. Debates sobre anti-colonialismo y transición en América Latina*. Libertad Bajo Palabra, México.

Capítulo IV

Latinoamérica interpelada: gobiernos, actores y desafíos en tiempos de transformación acelerada

María Luz Ruffini

Introducción

Los progresismos latinoamericanos enfrentan diversos desafíos en la actualidad. Uno de los principales es la reacción conservadora que se ha manifestado en algunos países de la región, que ha llevado a la llegada al poder de gobiernos de derecha que buscan revertir muchas de las políticas sociales y económicas implementadas por los gobiernos progresistas. Además, los progresismos deben enfrentar la creciente influencia de grandes corporaciones y del capital financiero global, que buscan proteger sus intereses y limitar las políticas redistributivas y soberanas de los gobiernos. Otro desafío importante es la necesidad de avanzar en la construcción de una integración regional más sólida y justa, que permita a los países latinoamericanos fortalecerse mutuamente y enfrentar juntos los desafíos globales. También es necesario avanzar en la construcción de modelos de desarrollo sostenible y respetuosos con el medio ambiente, y en la protección de los derechos humanos y las libertades civiles frente a los constantes ataques y amenazas que enfrentan en muchos países de la región.

Tomemos un minuto para releer el párrafo precedente. Es sintético y atinado, al tiempo que recupera algunas dimensiones fundamentales referidas de la actualidad de los gobiernos progresistas latinoamericanos: el peligro neoconservador, los efectos del capitalismo financiero en su fase transnacional, las dificultades para la integración regional y desarrollo sostenido de medidas cuidadosas del medio ambiente y garantes de los derechos humanos. Podría haberlo escrito yo misma o cualquier profesional de las ciencias sociales. Pero no. Dicho

párrafo fue producido en segundos por la versión 4 de ChatGPT –un chatbot de inteligencia artificial disponible desde marzo de 2023– para responder a mi solicitud de “un párrafo sobre los principales desafíos de los progresismos latinoamericanos”.

Este tipo de desarrollos –hoy, por cierto, envueltos en una fuerte polémica ante el llamamiento de algunos de principales impulsores a ralentizar su avance ante la radical incertidumbre de sus efectos económicos, sociales y políticos– tienen la virtud, si conseguimos sobreponernos a cierto instintivo rechazo y abroquelamiento en tradicionales formas de pensar y conocer, de volver ineludible el clarificar y poner sobre la mesa los supuestos y la especificidad de nuestra labor como investigadoras, docentes, productoras y productores de conocimiento social y político.

¿Es una diagnosis general basada en parámetros preestablecidos suficiente para afirmar que estamos produciendo conocimiento sobre el mundo social? ¿Podemos conformarnos con esquemas histórico-descriptivos? ¿Cuáles son realmente los nudos clave de nuestros aportes como científicos y científicas sociales en estos contextos? ¿Tenemos algún lugar relevante a la hora de dar sentido a un mundo cada vez más complejo y configurado por lógicas cada vez más agresivas en su potencial de subordinación, exclusión y aniquilación?

Por supuesto, la búsqueda de respuestas a cuestiones de tal envergadura excede largamente el objetivo y posibilidades de este modesto escrito, no obstante lo cual resulta inevitable hacer mención aquí de ciertas dimensiones –al menos por el momento– difícilmente automatizables y en las que, a mi entender, deberíamos centrar los esfuerzos de nuestra labor académica y crítica.

En primer lugar, la producción original y articulada de esquemas interpretativos, entramados conceptuales capaces de dar sentido al mundo y proponer un punto de vista desde el cual ordenar los datos disponibles y comprender situadamente el mundo social. La construcción teórica tal como la conocemos en ciencias sociales es algo que queda por fuera de las posibilidades de los sistemas automatizados de inteligencia artificial en tanto modelos de lenguaje entrenados basados en datos existentes y resulta, al menos desde una perspectiva tenden-

cialmente racionalista como la que sostenemos, central para lo que kantianamente podríamos llamar superar el entendimiento para llegar a la razón¹.

Así, partiendo del conjunto de hondas transformaciones en nuestras formas de vida, trabajo y cultura que se asocia a la ubicua digitalización de la vida, la posibilidad de dar sentido a las mismas, resituirlas en el marco de una comprensión de lo social como totalidad es una tarea que no sólo sigue siendo no-automatizable, sino que resulta también la piedra de toque capaz de contribuir a detener la expansión irreflexiva de procesos de automatización de potenciales destructivos y antidemocráticos, redirigiendo tales desarrollos en función de objetivos colectivamente definidos y construidos.

A ello debemos añadir, finalmente, el hecho innegable de que para poder encarar ciertas transformaciones y cambios es fundamental sentirnos colectivamente interpelados e interpeladas por la necesidad y posibilidad de cierta transformación social. En este sentido, que el sostén de las democracias, el respeto a los derechos humanos, el combate contra los nuevos conservadurismos, la construcción de formas de hermandad esperanzadoras... nos interpelen y sean guía para nuestro actuar no es algo dado de sí y, de hecho, es algo cada vez más difícil de lograr. Sin embargo, la contribución capaz de delinear ciertos horizontes y deseos que trasciendan el pesimismo imperante es algo que debe formar parte de nuestras prácticas como trabajadoras y trabajadores del conocimiento. Y ello, la sensibilidad, el ser-afectadas, el impulso capaz de atravesar falaces pero potentes fronteras atomizantes a fin de abonar la emergencia de nuevos –y, quizás, acontecimentales– deseos, prácticas y lazos es algo que excede por definición las capacidades de las actuales Inteligencias Artificiales y en lo que, por tanto, la injerencia colaborativa del pensamiento social y política se vuelve irreemplazable.

Teniendo presente lo anterior, propongo abocarnos a puntualizar ciertas reflexiones y aportes epistemológicos, conceptuales y políticos, respecto de la actualidad latinoamericana, caracterizada por el acceso al poder político de gobiernos de corte progresista que ponen de manifiesto cierta tensión con los pro-

¹ Lo que no quiere decir que no produzcan conocimiento, pero este será como plantean Rouvroy y Berns, un tipo de conocimiento a-teórico o a-significante. Mencionaremos algo al respecto más adelante.

cesos de derechización que sucedieron a la llamada “primera ola progresista” de principios del siglo XX en la región.

En efecto: las presidencias de Andrés Manuel López Obrador (México); Alberto Fernández (Argentina); Luis Arce (Bolivia); Xiomara Castro (Honduras) (SPL); Gabriel Boric (Chile); Gustavo Petro y Francia Márquez (Colombia) y Lula da Silva (Brasil) contribuyen a delinear una actualidad política novedosa en Latinoamérica, cuyas particularidades deben ser cuidadosamente analizadas a riesgo de transpolar indebidamente esquemas interpretativos situados como si de invariantes históricas se tratara,ocluyendo la comprensión profunda de la particularidad de estos nuevos devenires que se presentan, a todas luces, muy diferentes a otras experiencias políticas del pasado reciente.

En principio, como marco general, podemos reconocer un conjunto de aspectos en que se diferencian esta “segunda ola” de la primera, y la importancia de los mismos no puede ser subestimada. En primer lugar, es claro que estos nuevos gobiernos adolecen de mayor debilidad y fragilidad por el hecho de –en muchos casos– no contar con mayorías parlamentarias propias. Esto dificulta las prácticas operativas de gobierno y, además, tiende a obstruir la motorización de transformaciones estructurales, pues éstas suelen requerir sustento legislativo. Asimismo, estos gobiernos acceden al poder en sociedades profundamente divididas y fragmentadas, con bases de apoyo frágiles y heterogéneas sostenidas por liderazgos menos fuertes que antaño y, en muchos casos, sin la fuerza que provendría de una llegada al poder sostenida en ciclos intensos de luchas populares.

Siguiendo a Mónica Hirst, podemos afirmar que estos nuevos gobiernos no se constituyen necesariamente como “proyectos de izquierda”: lo que encontramos en estas experiencias es, más precisamente, un nuevo giro de valoración de las democracias con énfasis en temas sociales diferenciándose de modelos políticos de derecha o centro-derecha. Para Raúl Zibechi, en una línea semejante, es posible afirmar que los progresismos regionales se habrían asimilado al orden existente, rompiendo –al menos parcialmente– con sus raíces de izquierda: “[...] se definen en antítesis a las derechas, más por una postura defensiva y conservadora que por aspectos propositivos y transformadores”, lo cual presenta el riesgo de arrastrar a los movimientos sociales y tener consecuencias en la (no) configuración de un cierto “espíritu colectivo emancipatorio”. Uno de

los efectos más notables de estas limitaciones puede observarse, por caso, en el generalizado menor énfasis atribuido al fortalecimiento de las alianzas (y confrontaciones) geopolíticas: si bien es posible reconocer experiencias y tópicos de articulación, éstas no parecen tender –como durante la primera ola de gobiernos progresistas– al fortalecimiento de procesos de integración estructural.

El panorama inicial resulta, entonces, bastante claro: Más moderación y pragmatismo, menos pretensiones de refundación y cambios profundos. En este contexto, las dificultades para construir y presentar alternativas de futuro que excedan los esquemas derivados del industrialismo productivista de mediados del siglo xx se vuelven centrales: ¿Qué podemos esperar de estas experiencias políticas cuando es difícil avizorar horizontes eficaces para el cambio social y político? ¿Cómo, desde la ciencia política y el pensamiento social podemos aportar a la mejor comprensión y al fortalecimiento de esos procesos? Tomando estas preguntas como disparadores, puntualizaremos aquí algunos ejes que pueden contribuir a orientar nuestra comprensión de la actualidad latinoamericana con cierta fertilidad, al tiempo que brindan elementos para delinear parciales y siempre contingentes respuestas posibles. Y ello, claro está, poniendo el acento en la teorización, la comprensión amplia y procesual, el compromiso crítico tendiente a la transformación democrática: dimensiones clave de la labor científica que ninguna inteligencia artificial está, por el momento, en condiciones de asumir.

La búsqueda de una (nueva) perspectiva epistemológica

*Y si deseo a veces,
Por imaginar, ser corderillo
(O ser el rebaño todo
Para andar disperso por toda la ladera
Siendo muchas cosas felices al mismo tiempo),
Es sólo porque siento lo que escribo a la puesta de Sol,
O cuando una nube pasa la mano por encima de la luz
Y corre un silencio por la hierba.
[...]
En la cima de un otero,*

*Mirando mi rebaño y viendo mis ideas,
O mirando mis ideas y viendo mi rebaño,
Y sonriendo vagamente como quien no comprende lo que se dice
Y quiere fingir que comprende.*

Alberto Caeiro (heterónimo de Fernando Pessoa)

A la hora de tematizar el conjunto heterogéneo de procesos políticos que podemos aunar bajo el amplio término “segunda ola de gobiernos progresistas”, puede ser de interés partir de una premisa simple pero efectiva que, a mi entender, contribuye a eludir algunos de los principales problemas y simplificaciones analíticas que suelen emerger ante este tipo de desafíos interpretativos: “tomar en serio la idea de gobierno”. Al respecto, propongo un corrimiento de la mirada que podría permitir encarar el abordaje de estos procesos dando cuenta no sólo del éxito y consolidación de los gobiernos populares en la región, sino también echando luz respecto de sus crisis y limitaciones. Para ello, cabe problematizar una idea muy arraigada entre científicos, analistas y actores y actrices del campo político: la existencia de una tajante oposición entre el *neoliberalismo* y los *gobiernos populares*. Pero veamos con más detenimiento esta cuestión con auxilio de algunas pocas nociones teóricas con las que venimos trabajando.

En su clase del 31 de enero de 1979 del curso conocido como “Nacimiento de la biopolítica”, Michel Foucault afirma refiriéndose a la –aún hoy vigente– pregunta por la existencia de una teoría del Estado en K. Marx que, siendo rigurosos, “[...] lo que falta en el socialismo no es tanto una teoría del Estado sino una razón gubernamental, la definición de lo que sería en el socialismo una racionalidad gubernamental, es decir, una medida razonable y calculable de la extensión de las modalidades y los objetivos de acción gubernamental” (Foucault, 2007, p. 117). Aquí el socialismo es pensado en tanto práctica de gobierno, al tiempo que se asume que éste nunca desarrolló una *ratio* propia, unas “técnicas socialistas de gobierno” particulares.

Incluso, en el manuscrito de dicha clase se incorpora una sugestiva nota al pie: “El socialismo no es la alternativa al liberalismo. No están en el mismo nivel, aun cuando haya niveles que tropiezan uno con otro en que, juntos, la cosa no funciona. De allí su posibilidad de simbiosis desafortunada” (Foucault, 2007,

p. 120). Esta puntualización se vuelve, para nuestra perspectiva, fundamental: el neoliberalismo sí supone una racionalidad de cierto tipo, un modo de conducción de las conductas particular, una forma de gobierno cuya racionalidad puede ser reconstruida a partir del conjunto de técnicas, dispositivos y programas que se ponen en juego en el conjunto del campo social entendido como un campo de relaciones de fuerza históricamente configurado. Sin embargo, el socialismo –y, homológamente, los gobiernos populares– no habrían construido una forma específica de gobernar, con una lógica analíticamente distinguible y capaz de motorizar –al menos tendencialmente– procesos de subjetivación particulares.

Es bajo este conjunto de premisas que se vuelve clave centrar nuestros esfuerzos para la tematización y comprensión los gobiernos populares no sólo en las dimensiones institucionales, discursivas o ideológicas: debemos capaces de incorporar en nuestros análisis las formas específicas y concretas en que éstos cristalizan un conjunto de prácticas de gobierno en las que, en última instancia, reside lo medular de su capacidad de transformación política y social. Así, ahondar en las políticas que los gobiernos desarrollan e implementan y poder reconocer en éstas –a través de una laboriosa pero indispensable tarea de inducción analítica– qué tipo de racionalidades políticas contribuyen a fortalecer es, desde este punto de vista, la tarea central.

Ello, por supuesto, requiere ineludiblemente encarar un desplazamiento en nuestras aproximaciones tradicionales a los fenómenos políticos, eludiendo perspectivas institutocéntricas, y abrir la puerta a nuevas conceptualizaciones, al uso de innovadores recursos teóricos y metodológicos.

Al respecto, para delinear de forma sintética el esquema que proponemos, debemos recordar que ya desde “Vigilar y castigar” M. Foucault plantea la centralidad de escapar a la noción de soberanía como dato inicial para el análisis político, asumiendo al Estado como resultado, efecto hegemónico de una serie de dominaciones reticulares. En este marco, se vuelve central problematizar “el cómo del ejercicio del poder”, desjuridizando y desinstitucionalizando la aproximación a lo político (Abélès, 2017). Desde este punto de vista, la teoría política convencional habría prestado excesiva atención a las instituciones en desmedro de las prácticas (Mussetta, 2009), y es la noción de *gubernamentalidad* –desarrollada por Foucault a mediados de la década de los años 70– la que permite te-

matizar este descentramiento *a priori* del Estado, poniendo el foco en las formas de ejercicio del poder (Foucault, 2007), en el gobierno en tanto modalidades más o menos calculadas de intervención sobre los deseos, aspiraciones, intereses, creencias y hábitos (Dean, 1991)².

En el marco de este trabajo sobre las gubernamentalidades o racionalidades gubernamentales en como formas de ejercicio del poder político en occidente, Foucault reconstruye el devenir histórico de gubernamentalidades dominantes, comenzando a fines del siglo XVI con la aparición de la Razón de Estado, que se enlazarán complejamente a partir del siglo XVII con la noción de población y la aparición de la policía, acentuando la centralidad de la gestión e intervención cotidianas para la conservación del Estado (Foucault, 2006). Ya en el siglo XVIII se configura desde su perspectiva la gubernamentalidad moderna, que tiene por blanco principal la población, por forma de saber la economía política y los dispositivos de seguridad como instrumento técnico esencial (Foucault, 2006). Esta forma de ejercicio del poder que se vuelve progresivamente dominante en la modernidad halla su particularidad ya no en el intento de aproximación a un tipo de gobierno perfecto, sino en la manipulación, mantenimiento, distribución, restablecimiento de relaciones de fuerza.

Sobre esta base, es posible reconocer históricamente modulaciones específicas en las gubernamentalidades: por un lado, el *liberalismo*, como racionalidad en el marco de la cual emerge la oposición Estado-sociedad civil y que debe entenderse como una esquematización basada en el principio del siempre excesivo

² Es así que Foucault propondrá –en línea con las dimensiones genealógica/arqueológica propia de sus configuraciones analíticas– tres desplazamientos relacionados: pasar desde el punto de vista de la institución al abordaje de las “tecnologías de poder” en que ésta se inserta y de las cuales depende; profundizar en tales tecnologías no en vistas de su función, sino resituirlas a efectos del análisis en una economía general del poder –de tal modo que su historia pueda ser inscrita en estrategias y tácticas específicas en el marco de las cuales incluso sus “déficits funcionales” pueden ser leídos positivamente– y, finalmente, captar el movimiento a través del cual se constituye un campo de verdad con objetos de saber, resituando de este modo los objetos de las relaciones de poder en un campo históricamente construido (Foucault, 2006).

gobierno (Mussetta, 2009) y, por otro, el *neoliberalismo*, que intentará desde principios del siglo xx limitar ciertas consecuencias del desarrollo del liberalismo a través de una racionalidad técnica y dará origen a una forma de gobierno en que la economía de mercado deviene modelo para el ejercicio del poder, tendiendo a proyectar en un arte general de gobernar los principios formales de competencia y la “forma empresa” (Foucault, 2007). A ello hay que añadir, con base en nuevos desarrollos, otras modulaciones, que permiten partir de la noción de gubernamentalidad para dar cuenta de un amplio conjunto de fenómenos.

Por caso, autores como Rouvroy y Berns (2016) recuperan el concepto para avanzar en la consideración de los efectos políticos de la ubicua digitalización de la vida en el marco de procesos algorítmicos que operan sobre grandes volúmenes de datos a fin de modelizar y anticipar los comportamientos, dando origen así a la *gubernamentalidad algorítmica*. En términos analíticos, estas gubernamentalidades, racionalidades políticas, pueden ser reconstruidas a partir de la codificación de un conjunto de prácticas de gobierno, estimando los modos, técnicas, objetos, reglas generales y formas de ejercicio del poder en un campo de intervención (Foucault, 2007). Al respecto, es posible reconocer ciertos “parecidos de familia” entre programas y técnicas de gobierno, lo que permite aprehender formas de gubernamentalidad históricas, propias del ejercicio del poder político en las democracias liberales de occidente (Papalini, Córdoba y Marengo, 2012; García Fanlo, 2015).

De este modo, el dar cuenta de las lógicas políticas que ponen en juego los gobiernos latinoamericanos de la “segunda ola progresista” en términos prácticos, a través de un conjunto más o menos disperso de tecnologías de gobierno particulares, y el modo en que –en un espacio– tiempo particular, en los territorios, en los espacios concretos, con historias, estructuras y relaciones de fuerza específicas– profundizan o permiten tensionar con otras lógicas de gobierno es la clave para avanzar en una comprensión no reduccionista de estos fenómenos.

Ahora bien: desde la perspectiva que proponemos, no es suficiente con reconocer y comprender la particularidad de las racionalidades gubernamentales que se ponen en juego, sino que –también– es clave considerar el ejercicio del poder como conducción de las conductas desde el punto de vista de las relaciones abiertas entre poder y subjetividad, asumiendo la perpetua tensión que se traza

entre el gobierno y las libertades de los sujetos (Del Valle, 2019)³. Por supuesto, el encarar esta segunda dimensión supone –en tanto el enfoque de la gubernamentalidad tal como es delineado por los estudios anglofoucaultianos centra la mirada casi con exclusividad en las racionalidades, programas y técnicas de gobierno (Garland, 1997)– su articulación, como parte de una caja de herramientas analítica, con otros enfoques, capaces de dar cuenta de la operatoria y los efectos de tales formas de gobierno. Para que los estudios sobre gubernamentalidad comiencen una aproximación a las vidas cotidianas de los sujetos en la historia, a fin de profundizar en la sumisión e insumisión, resignificaciones, apropiaciones y resistencias que se configuran en el marco de las racionalidades de gobierno (Grinberg, 2007), proponemos la articulación entre tal enfoque y la antropología de la política, con particular énfasis las recuperaciones argentino-brasileñas de la antropología procesualista, que asumen al conflicto como consustancial a la vida social, reconocen el carácter histórico del dominio de lo político –analizando “lugares de lo político” por fuera de las instituciones tradicionales– y enfatizan en las disputas sobre normas y criterios de legitimidad (Max Gluckman, Victor Turner, Marc Swartz, Arthur Tuden)⁴.

Por último, como modo privilegiado de concretización del anudamiento epistemológico que se halla en la base de esta propuesta, recuperamos dos herramientas analíticas de utilidad. Primero, la noción de *lugar* como articulación relacional trans-escalar como clave para situar la indagación: una perspectiva espacializada de lo social, que asume a los lugares como producto de relaciones dinámicas, habilita un abordaje como el requerido por nuestra problematización, a la vez situada y abierta. Tanto las racionalidades y tecnologías de gobierno como las particulares formas de actualización y subjetivación que emergen bajo tales condiciones confluyen en configuraciones particulares, “envolturas de

³ Al respecto, resulta clave la noción de *contraconductas* como momento político de resistencia fronteriza, una dimensión de las prácticas que permite pensar en posibilidades de subjetivación que eludan las modalidades dominantes de sujeción (Foucault, 2006).

⁴ La recuperación contemporánea de estos trabajos es aquella que destacamos entre los antecedentes más recientes de abordajes en torno a la politicidad popular: el conjunto de trabajos que apuestan por la aprehensión de las prácticas políticas situadas en lugares específicos.

espacio tiempo” (Massey, 2012) que permiten de forma privilegiada el acceso cognoscitivo. Y, segundo, retomamos el entramado conceptual *gubernamentalidad* –*campos de transacción*– *subjetificación* como esquema que habilita pensar el poder y las posibilidades de agencia a partir de lugares específicos. Al respecto, asumimos que la categoría antropológica de *transacción* permite una interpretación de los procesos que acentúa tanto la contradicción como los límites y posibilidades que emergen a partir de las relaciones de poder activamente construidas (Grimberg, 2009). Este concepto de alcance medio tiene la cualidad de permitir situar la reflexión en torno a los modos en que las racionalidades gubernamentales en su compleja imbricación configuran la vida social, con particular énfasis en lo que N. Rose denominará *subjetificación*, procesos y prácticas heterogéneas por medio de los cuales los seres humanos llegan a relacionarse consigo mismo y los otros como sujetos de cierto tipo (Rose, 2003).

Actores emergentes I: democracia, movimientos sociales y procesos de transformación

“«No son todos los que están
no están todos los que son»
mi pobre especie
son
los no antologados”.
Leónidas Lamborghini

En consonancia con el esquema apretadamente desarrollado en el apartado precedente para el abordaje de los gobiernos populares latinoamericanos, entendemos que es central eludir una perspectiva puramente institucional de la política y las democracias para avanzar en la comprensión profunda de modos de hacer, construcción de liderazgos, formas de gobierno y distribución del poder, como dimensiones ínsitas al proceso siempre inacabado de constitución de lo común. En este marco, partimos de una noción ranciereana del proceso democrático, que pone en el centro la incorporación plena a la comunidad política de aquellas y aquellos que se hallaban “por fuera” de ésta, que no constituían parte legítima de

la comunidad y que, a través de la acción propiamente política, pueden poner en disputa y transformar las formas establecidas de ordenamiento social.

Desde esta perspectiva, la permanencia de quien sufre en la oscuridad de lo indecible es parte de un proyecto político ante el cual la experiencia del desacuerdo, la irrupción de “los que no tienen parte” en la ordenada disposición de los cuerpos en la comunidad es lo que funda lo propiamente político y, por extensión, lo que se halla en la base de una práctica susceptible de ser llamada democrática:

Para que haya democracia no es suficiente que la ley declare que los individuos son iguales y que la colectividad es dueña de sí misma. Es necesario, además, ese poder del demos que no es ni la adición de los *partenaires* sociales ni la colección de las diferencias, sino, todo lo contrario, el poder de deshacer los *partenariats*, las colecciones y ordenaciones (Rancière, 1996, p. 28).

Sobre la base de una concepción democrática como la esbozada es que podemos resituar nuestro análisis sobre el lugar, incidencia y centralidad de los movimientos sociales en relación con los procesos políticos latinoamericanos más recientes. En efecto: esta noción amplia de democracia habilita a colocar en un mismo plano de análisis (aunque claro está, no equivalentes) a los movimientos y actores tradicionalmente asumidos como políticos con aquellos vinculados a la sociedad civil organizada, entendiendo que todos pueden formar parte de procesos de democratización social que no se reducen –y de hecho cada vez se circunscriben menos– a los canales formalmente establecidos para la deliberación pública y la toma de decisiones colectivas. Movimientos sociales, grupos, partidos políticos, gobiernos... se erigen como actores políticos de primer orden que pueden articularse virtuosamente para el fortalecimiento democrático, lo que supone impulsar o fortalecer lógicas gubernamentales transformadores, solidarias y situadas en oposición a las dinámicas atomizantes y expoliadoras consistentes con aquellas formas neoliberales de conducción de la conducta.

Este punto de vista permite sustentar, por ejemplo, nuestra discrepancia con aquellos enfoques que, al tematizar la relación entre movimientos sociales y procesos políticos estatales hacen uso de nociones como cooptación o dan por

sentados de forma apriorística un devenir de institucionalización desmovilizante. En efecto: a nuestro entender, estas perspectivas parten del supuesto de una escisión entre movimientos sociales y Estado que –tomando como referencia estudios del campo de la antropología de la política– resulta finalmente reduccionista y determinista:

[...] la pregunta no tiene que estar colocada en si las políticas institucionalizan o cooptan movimientos sociales disruptivos, sino en qué relaciones de fuerza y de movilización histórica se configuran relaciones estatales y cómo esas relaciones estatales modelan de alguna manera la movilización colectiva, en este juego dialéctico de una movilización colectiva configurando al Estado y a la vez el Estado a través de las políticas configurando a la movilización colectiva (Manzano, 2011, p. 2)⁵.

Esta perspectiva, que busca reconocer tanto en los movimientos como en las instancias gubernamentales las lógicas de ejercicio del poder y formas de subjetivación específicas que éstos buscan impulsar niega una serie de prejuicios apriorísticos, tales como la centralidad indiscutible del Estado, la cristalización ahistórica de ciertas formas de relación entre éste y los movimientos sociales, el carácter inherentemente democrático y progresista de los movimientos, etc. y habilita a poner en el centro de la discusión las preguntas a mi entender más acuciantes y urgentes del momento: las implicancias y efectos concretos, vivenciales, materiales asociados a los procesos de movilización y visibilización política, tanto de tipo institucional- gubernamental como movimientistas.

⁵ Este punto de vista, permite, desde ya, encarar de mejor manera cuestiones de suma relevancia para el análisis político situado, crítico y desprejuiciado importantes, entre los que se encuentra el problema de la relación entre los movimientos sociales y el Estado, lo que en otros lugares hemos dado en llamar el “modo demanda” en relación al estado” (Ruffini, 2022), entre otras.

Actores emergentes II: extremas derechas, antifeminismos y “revolución conservadora”

*Misáianes hurgó hasta el fondo en los resentimientos de las Criaturas;
también escarbó las iras y las ruindades que las enfrentaban
porque supo que allí encontraría la materia de su ejército.*

*Después les sopló al oído,
y muchas de ellas le juraron lealtad.*

Liliana Bodoc

Hoy, el avance y asombroso crecimiento de los apoyos sociales a movimientos, partidos y referentes de las “nuevas derechas” actualiza incansablemente en nuestras reflexiones cotidianas la vieja pregunta spinoziana: ¿Por qué los hombres luchan por su esclavitud como si se tratara de su libertad? ¿Por qué los oprimidos apoyan y votan a sus opresores? ¿Cómo es posible que las personas elijan como gobernantes a quienes ostensiblemente agravarán sus condiciones de vida? ¿Qué lleva a, por caso, sectores populares, minorías y grupos en situación de histórica opresión a identificarse con los dominantes?

Al respecto, debemos en primer lugar hacer referencia a la importancia de reconocer los límites eficacia política de la crítica y la desmitificación como herramientas: así como Donna Haraway (2019) plantea que si la crítica fuera eficaz por sí misma el capitalismo no existiría hace ya siglos (desde la demoledora y brillante crítica marxiana al menos), Mark Fisher (2016) reconoce la capacidad del sistema capitalista de exhibir desnuda y vívidamente su modo de operatoria, sin por ello poner en riesgo su propio sostén y reproducción.

Sobre esta base podemos admitir que existe hoy un importante fortalecimiento de corrientes y movimientos conservadores cuya visibilidad y apoyo popular se ve continuamente ampliado y, aparentemente fortalecido. Al respecto, entiendo que debemos en primera instancia, sin falsas complacencias y eludiendo condenas morales, entender que estos movimientos conservadores presentan una raíz vivencial y un innegable anclaje empírico. Ante el desarraigo, la desintegración social, la violencia, la escasez, la concentración, la falta de horizontes, la

extrema derecha supo vehiculizar la rabia y el resentimiento de forma más eficaz que los progresismos regionales.

Así, las nuevas derechas tienden a retomar una agenda conservadora-reaccionaria que usufructúa miedos e incertidumbres, y una de las principales maneras en que ello se manifiesta es a través del ataque a uno de los movimientos más poderosos de los últimos años, que encarna también elementos centrales para el cuestionamiento profundo y las transformaciones que necesitamos: los feminismos. Frente a la soledad y el miedo, la contraofensiva conservadora ha ofrecido la restauración de un mundo de seguridades perdidas, un cierto imaginario de lo común absolutamente falaz, asimétrico y antidemocrático, que es también un orden moral y natural que pretende mostrarse amenazado por lo que estos sectores llaman la “ideología de género”, que estaría impulsada por la agenda feminista a nivel global.

A esto hay que añadir el proceso de amplificación y potenciación de estos procesos de derechización social y cultural en virtud de los efectos políticos de la digitalización ubicua de la vida social. Esto se pone virulentamente de manifiesto en momentos como los que acompañan la corrección final del presente escrito, en los que la conversación social muestra en su centro la polémica sobre Inteligencia Artificial, sus difícilmente ponderables riesgos y potencialidades.

Respecto de este fenómeno, cuya centralidad para comprender los fenómenos sociales y políticos contemporáneos es innegable y creciente, nos limitaremos a reconocer aquí ciertas nociones que, engarzadas con la perspectiva general que sostenemos permite avanzar en la compleja tarea de incorporar esta dimensión de la experiencia contemporánea al análisis político. Para un ordenamiento más claro de las ideas que queremos presentar, propondremos algunas nociones propias la dimensión que podemos denominar *genealógica* –enfocada en la particularidad del devenir histórico de las relaciones de poder– y otras más cercanas a lo *arqueológico* –las formas de saber que se asocian y son constitutivas de este ejercicio contemporáneo del poder.

Genealogía: Gubernamentalidad algorítmica y ambientalidad del poder
¿Cómo podemos incluir una dimensión tan relevante y transformadora de la vida social en la contemporaneidad como parte integral y no accesorio de nuestros

análisis políticos? Como vimos, en consonancia con nuestro esquema analítico general, Rouvroy y Berns (2016) recuperan el concepto foucaultiano de gubernamentalidad para acuñar el de “gubernamentalidad algorítmica”, a fin de avanzar en la tematización de las racionalidades, lógicas y efectos de producción subjetiva asociados a la expansión de procesos algorítmicos que operan sobre grandes volúmenes de datos a fin de modelizar y anticipar los comportamientos. Este específico modo de ejercicio del poder automatizado, sostendremos, se entrama solidariamente con la gubernamentalidad neoliberal propiciando específicos procesos de subjetivación. Tanto la “perfilización” como los procesos de subjetivación modelizados a partir de la figura del “empresario de sí”, en tanto formas paradigmáticas de subjetivación asociadas respectivamente a las racionalidades gubernamentales algorítmica y neoliberal, resultan en procesos atomizados e incapaces de generar los lazos en que se fundan hoy nuestras posibilidades de subsistencia humana y terrestre.

Cabe hacer, asimismo, otra puntualización con respecto a los efectos algorítmicos en las formas hoy dominantes de ejercicio del poder. Como dijéramos en otro lugar (Blanco y Ruffini, 2021) –siguiendo los planteos de Hörl–, una de las principales características de nuestro tiempo es la creciente inutilidad de la noción de “objeto técnico” para dar cuenta de una dimensión tan ubicua e inherentemente enlazada con nuestra vida como especie humana como la técnica. En efecto: hoy es claro, quizás como nunca antes, que los múltiples acoplamientos entre humanos y técnicas no puede ser entendida a partir de la figura del objeto, con sus resonancias objetivas, instrumentales, ajenas.

Esta imbricación, en efecto, actualmente muestra con meridiana claridad su carácter procesual y de fronteras indefinidas: la técnica contribuye a delimitar un entramado relacional en el que, como dirían Deleuze y Guattari (1988), un número finito de componentes es capaz de producir una ilimitada diversidad de combinaciones. Y es en ese entramado y sus particularidades donde debemos centrar la atención, al menos si lo que nos interesa es aportar a la comprensión crítica y transformadora de nuestro tiempo.

A este respecto, es usual (Rodríguez, 2019; Costa, 2021) tomar como punto de partida para tematizar estas transformaciones las palabras de Michel Foucault en la universidad de Vincennes (1977), en el marco de su conferencia “Nuevo

orden interior y control social”. Allí, en consonancia con lo que luego Deleuze llamaría “sociedades de control”, el autor prevé que las nuevas formas de dominación de la época no tienen por objetivo central la vigilancia continua de cada individuo, sino la posibilidad de intervenir selectivamente en el campo social.

En efecto: un nuevo proyecto civilizatorio (neoliberalismo) impondría restricciones al Estado de Bienestar llevándose adelante una suerte de “desinversión”, de economización del ejercicio del poder, que deja atrás la búsqueda del disciplinamiento exhaustivo y extendido para realizar intervenciones localizadas, direccionadas a partir de un sistema de información general que supondría

[...] la constitución de un consenso que pasa, evidentemente, por toda esa serie de controles, coerciones e incitaciones que se realizan a través de los mass media y que, en cierta forma, y sin que el poder tenga que intervenir por sí mismo, sin que tenga que pagar el costo muy elevado a veces de un ejercicio del poder, va a significar una cierta regulación espontánea que va a hacer que el orden social se autoengendre, se perpetúe, se autocontrole a través de sus propios agentes (Foucault, 1991, p. 166).

Muy semejante, como se ve, al: “Formas ultrarrápidas de control al aire libre que reemplazan a las viejas disciplinas que operan en la duración de un sistema cerrado”, que se lee en la famosa postdata a las sociedades de control de Gilles Deleuze.

Si en la disciplina cundía la lógica del molde, con el control el paradigma son las modulaciones: la forma empresa (como “un alma, un gas”) en perpetua metaestabilidad sin fin:

No es necesaria la ciencia ficción para concebir un mecanismo de control que señale a cada instante la posición de un elemento en un lugar abierto, animal en una reserva, hombre en una empresa (collar electrónico) [...] lo que importa no es la barrera, sino el ordenador que señala la posición de cada uno, lícita o ilícita, y opera una modulación universal (Deleuze, 1999, p. 12).

Sin poder ahondar en el presente escrito en el sustrato teórico y filosófico en que se asienta esta premisa (el cual está constituido por las perspectivas de G. Simondon, Deleuze y Guattari), asumimos aquí que la técnica debe ser pensada no a través de la imagen de objetos, sino como una dimensión generalizada de la experiencia en el mundo. Esto implicaría que ésta transforma cierta dimensión preindividual de la realidad, (re)configurando nuestro sustrato de construcción subjetiva y, por tanto, modificando los potenciales a largo plazo en tanto opera de manera persistente en los procesos nunca totales, cerrados ni absolutos de individuación. Vemos aparecer de este modo una perspectiva ambiental, que delinea un universo cuya eficacia causal excede cualquier actualización particular, presentando la dimensión técnica digital y sus efectos sociales y políticos particularidades que permiten dar carnadura a estas reflexiones.

Arqueología: la cuestión democrática y la centralidad del saber

Para filósofos de la técnica como Bernard Stiegler, las novedades vinculadas a las tecnologías digitales deben vincularse para su comprensión a su carácter de memorias exosomáticas y tener en cuenta los procesos de externalización del saber que les son concomitantes. En este marco, para el autor podemos reconocer tres mojonos en la modernidad que, prima facie, podrían considerarse como de una importancia equivalente y que deben ser considerados.

La primera gran transformación que Stiegler asume es la producida por la revolución industrial: La proliferación de las máquinas es una forma de inscripción exosomática del saber-hacer de los obreros, que se automatiza y pierde su valor de producción, dando lugar a lo que Marx llamará la subsunción real del trabajo en el capital, donde las condiciones mismas de producción son producidas por el primero. Esta forma de automatización del saber-hacer se condice con la aparición de lo que Simondon llama *individuos técnicos*. Las máquinas, en tanto objetos técnicos capaces de portar herramientas y definidos por un esquema de causalidad recurrente en un medio asociado. Las máquinas ocuparán entonces un lugar previamente reservado a humanos, permitiendo la automatización de la producción de medios de subsistencia.

En segundo lugar, aparece la denominada revolución analógica, asociada a medios técnicos de reproducción de la imagen, el sonido y el movimiento, que

propicia la automatización del saber-vivir a través del impulso de los medios de comunicación de masas y las industrias culturales. Esta forma de automatización de la existencia ha sido largamente estudiada en el siglo XX, siendo la Escuela de Frankfurt una clara muestra de su abordaje desde una perspectiva crítica.

Finalmente, la revolución digital y la expansión de internet tiene la particularidad de implicar la automatización de la producción misma del saber teórico: la capacidad de pensar y dar sentido al mundo resulta externalizada y aún en general fuera de nuestro control. Este proceso de automatización en curso afecta la propia consistencia de las concepciones del mundo y pone en cuestión la capacidad misma de reflexionar y teorizar.

La periodización que plantea Stiegler es interesante y consistente, no obstante lo cual quizá la simetría que parece desprenderse de su presentación puede resultar ilusoria y la última etapa, la de la exteriorización digital, ser más radical que las anteriores. En efecto: el último momento supone la imposibilidad de acceder a la causa de nuestro aturdimiento y la posibilidad de pensar alternativas de futuro, al tiempo que involucra múltiples y muy diversas y heterogéneas formas de exosomatización.

Es en este marco que podemos comprender –y suscribir– una perspectiva que entiende al pensamiento como una práctica de cuidado del mundo, lo que Stiegler (2018) denominará “Panser”. Como recuerda Haraway (2019, p. 67) siguiendo Arendt, es en la renuncia a pensar que “[...] yace la particular “banalidad del mal” que podría llegar a hacer que el desastre del Antropoceno, con sus genocidios y especidios rampantes, se haga realidad”. Lo atemorizante es, en efecto, que la mera negligencia, un puro acoplamiento al devenir en forma de seres humanos incapaces de hacer presente para sí aquello que está ausente, la otredad, el mundo, está en la base de la cada vez más próxima imposibilidad de detener las catástrofes.

La integración latinoamericana

*Con esa gente chica como usted y yo
Que al llamar a un hombre hermano
Sabe que es verdad*

*Y que no es cosa de salvarse
Cuando hay otros que jamás
Se han de salvar*
Ariel Ramirez y Felix Cesar Luna

Siguiendo a Álvaro García Linera, es posible afirmar que las reformas que son susceptibles de ser identificadas con la “primera oleada progresista” en América Latina son insuficientes ante la crisis ambiental, epidemiológica y económica. En este marco, nos encontramos ante un hecho paradójico: ni el neoliberalismo propone un plan a largo plazo que no sea apenas un regreso violento y melancólico a las huellas del pasado, ni el progresismo presenta un horizonte con capacidad de remontar las dificultades que han emergido de última pandemia y la crisis económica y ambiental. Así se produce hoy un momento de estupor colectivo, que debemos atravesar conjuntamente y sin demora (García Linera, 2022).

Al respecto, como ya mencionáramos, resulta fundamental avanzar en delinear un horizonte de deseo poscapitalista, una construcción positiva de alternativas, lo que el autor enmarca en la obligación o responsabilidad histórica de recuperar “para nuestro lado” las banderas de la esperanza. Si la política es la conducción de las esperanzas colectivas y el Estado, como cierta síntesis jerarquizada de la sociedad, es el monopolio de éstas, debemos ser capaces de impulsar y defender colectivamente reformas progresistas de segunda generación capaces de recuperar el entusiasmo en la lucha por la igualdad, la justicia social y la construcción de una comunidad universal.

Desde ya, en las actuales condiciones debemos pensar en tal tarea de forma solidaria e integrada, pero debemos también cuidarnos de establecer límites o distinciones claramente delimitadas entre escalas geopolíticas. Desde la geografía crítica, entendemos que lo espacial puede ser pensado como la esfera de yuxtaposición o coexistencia de distintas narrativas y el producto de relaciones sociales dinámicas.

En este contexto, los “lugares” pueden ser imaginados como articulaciones concretas de estas relaciones sociales, incluyendo las relaciones locales y todas aquellas conexiones que se extienden más allá de éstas. Se trata de un lugar

abierto, poroso, híbrido, del lugar como un punto de encuentro cargado de historias complejas y densas (Massey, 2012). En palabras de Massey:

[...] lo que confiere a un lugar su especificidad no es ninguna larga historia internalizada sino el hecho que se ha construido a partir de una constelación determinada de relaciones sociales, encontrándose y entretejiéndose en un sitio particular. Si nos desplazamos desde el satélite hacia el globo, manteniendo en la cabeza todas estas redes de relaciones sociales, movimientos y comunicaciones, entonces cada “lugar” puede verse como un punto particular y único de su intersección. Es, verdaderamente, un punto de encuentro (2007, p. 126).

Desde este punto de vista, es clave no pensar a los Estados Nación como mónadas separadas que pueden unirse (reproduciendo en el ámbito internacional el viejo individualismo metodológico) sino, desde una perspectiva relacional, ser capaces de entender cómo se anudan y actualizan en los territorios lógicas de poder (y sujeción y resistencia), y qué solidaridades pueden ser establecidas en esas condiciones. Sobre esta base, la tarea será enfatizar relaciones regionales progresistas, que sostengan lógicas de gubernamentalidad que configuren espacios democráticos y abiertos, que tiendan a propiciar procesos de subjetivación interesantes.

Con respecto a las dimensiones que podrían y deberían ser integradas, desde ya que la economía, y las instancias político-institucionales –sujeta a los avatares de construcción hegemónica– son de enorme relevancia. No obstante, no podemos dejar fuera de la ecuación la construcción de solidaridades entre la sociedad movilizadora, lo que se vuelve clave desde una perspectiva analítica no estadocéntrica que entiende a las formas estatales como modos terminales de articulación de relaciones hegemónicas que se despliegan reticularmente a lo largo y ancho del cuerpo social.

Y aquí quisiera detenerme en la centralidad de pensar la dimensión histórica de estos procesos de integración: tanto en lo que refiere a las posibilidades e imposibilidades que los mismos involucran, como en cuanto a la especificidad de los mismos en un horizonte condicionado por transformaciones civilizatorias de enorme envergadura: es claro que la particularidad de los ensamblajes espa-

cio-temporales, las realidades nacionales históricamente construidas condicionarán las posibilidades de articulación y configuración de alianzas regionales.

Por otro lado, es necesario enfatizar que las transformaciones políticas contemporáneas asociadas a la ubicuidad de las tecnologías digitales contribuyen a poner en el centro aristas que tal integración no debe perder de vista, en función de su creciente importancia. Por caso, y retomando el ejemplo con que iniciamos este escrito, a principios de 2023 la Red Abierta de Inteligencia Artificial a Gran Escala (LAION), una organización alemana sin fines de lucro reconocida por su defensa de la democratización de los datos informáticos y los programas de código abierto respondió al llamamiento corporativo de ralentización del desarrollo en IA firmado por Elon Musk y otros gigantes del sector planteando una perspectiva diferente, cuyo punto medular reside en una diferente concepción de la relación entre los Estados Nación –y las unidades transnacionales conformadas por éstos– y el sector empresarial. En este sentido, lejos de reducir a los primeros al rol de reguladores o controladores de los desarrollos de los segundos, pone en el centro la imperiosa necesidad de que los estados de forma articulada participen activamente en el desarrollo de estas tecnologías, propendiendo a la “creación de laboratorios de IA de código abierto con recursos informáticos financiados con fondos públicos, que actúen de acuerdo con las normativas dictadas por las instituciones democráticas”.

La intervención activa en el sistema de desarrollo e innovación tecnológica desde principios comunitarios democráticos y asociados a los intereses regionales es lo que, finalmente, permitiría la redistribución de esta forma particular de ejercicio del poder tecnológicamente mediada que hoy articulamos en torno a la noción de “gubernamentalidad algorítmica” pero que, sin duda, puede dar orígenes a formas democráticas de conducción, con racionalidades diferentes y habilitando la emergencia de nuevas formas de subjetivación.

Memoria histórica

Miraba

La mirada fija

en la escena temida

*El televisor me miraba
con su ojo de vidrio
El televisor destellaba rayos asesinos
Y yo lo miraba para darme cuenta de que era cierto
lo que ya sabía
[...]
Mi hijo su cuerpo y su mirada juntos
con la de los asesinos
[...]
Y él se mostraba enfático y simpático
[con quienes]
defendían a los que habían aniquilado a mis amigos
que también hubieran matado a su padre
[...]
El desgarró penetró con la mirada
para clavar el aguijón y el acero del espanto
hasta lo más hondo que estalló de pronto
Y el dolor me arrasó los ojos con lágrimas de fuego
desbordadas
y me calcinó el ojo
Me asesinó el ojo
[...]
Que un ojo sano de pronto
haga una úlcera
eso no figura en los libros de oftalmología
Qué raro
es el ojo humano
Ahora
tengo cataratas en el corazón
no siento nada
León Rozitchner*

Las palabras precedentes son un fragmento del poema que el filósofo argentino de izquierda León Rotzinger escribe a su hijo, devenido periodista acérrimo defensor de posiciones y actores “de derecha”, en un desgarrador escrito que titularía: “El espacio infinito de adentro”. Quise partir de las mismas como herramienta –en medio del juego arte/ciencia/teoría– que encierra un vasto potencial para afrontar los desafíos que hoy nos interpelan- para poner en el centro de la reflexión lo que podemos reconocer como la dimensión afectiva e intergeneracional de los procesos de memoria. A ello debemos añadir su carácter históricamente no lineal y el abordaje conceptual de las concepciones de saber y subjetividad que operan en estos procesos.

Con respecto a la dimensión afectiva e intergeneracional, su consideración nos remite a las muy trabajadas pero sumamente actuales preguntas en torno a las relaciones entre afectividades, emociones y política, cuyo abordaje debe ser inmediatamente atendido evitando generalizaciones o simplificaciones prejuiciosas a la hora de dar cuenta de los factores culturales y subjetivos involucrados en el progresivo fortalecimiento del apoyo popular hacia movimientos y referentes de la derecha más recalcitrante en América Latina.

Retomando el ejemplo del poema, un fragmento subsiguiente del mismo reza:

*¿Y si la amenaza la sintió tan profunda siendo tan niño
cuando tuvo que viajar a Caracas a vivir conmigo
y tuvo que cargar con el peligro
la desazón
el miedo
el terror
por la vida de sus padres
y la suya
cuando sólo tenía quince años
cuando al mundo en derrumbe pavoroso
lo invadió la noche tenebrosa de un infierno
de balas, torturas y sangre?
Vos, su padre, eras –y sos– un hombre
como se dice “de izquierda”*

*y no hay matices que salven
frente al horror cuando éste se desmadra
y barre y penetra hasta lo más hondo
de un sensible corazón
de niño
herida sin sosiego
incomprensible
de quienes no sentíamos lo que él sí sentía
por nosotros
y veía con su ojo y su corazón azorado
el terror desencadenado sobre el mundo
que le habíamos dado*

¿Cuáles habrán sido los efectos subjetivos de la experiencia del desarraigo, el miedo y el terror en infancias y juventudes inmersas en un mundo experiencial profundamente incomprensible, guiado por consignas quizás poco significantes para sí? ¿Cuáles son los efectos subjetivos del conjunto de promesas democráticas incumplidas y el recrudecimiento de temores e incertidumbres que parecen carecer hoy de cualquier tipo de respuesta reconocible? Un mundo que se desgrana, montado sobre lógicas cada vez más oscuras y hostiles a la comprensión humana, ¿no es compatible acaso con el denodado impulso de aferrarse a alguna certeza esperanzadora, por más falaz que ésta promesa pueda llegar a ser?

Asimismo, como marco general de esta y otras preguntas, debemos contextualizar históricamente los procesos de memoria en América Latina y comprender que, así como la derecha postdictatorial de fines de siglo XX presentó un carácter democrático y liberal en función del consenso entre libre mercado y democracia electoral, a principios de siglo XXI la segunda se convierte en herramienta para la emergencia de gobiernos progresistas con impulsos hondamente transformadores y, por tanto, las derechas tienden a virar sus prácticas hacia formas cada vez más autoritarias (García Linera, 2022).

Estos gobiernos, anudamientos enmarcados en los Estados Nación potenciadores de lo que hemos llamado una gubernamentalidad neoliberal, se montan sobre –y buscan potenciar– lo que podríamos llamar un conjunto de supuestos

ontoepistemológicos fundados en el carácter autocentrado del sujeto que es, por definición, reactivo a los procesos de memoria. El individuo sería capaz de poner en funcionamiento la interpretación de la realidad sin una mediación simbólica estable, y en eso sería, al parecer, absolutamente libre (Reynares y Foa Torres, 2022).

Podemos afirmar, así, que el neoliberalismo como racionalidad gubernamental es reactiva a los procesos de memoria: la forma de subjetivación que le es asociada: atomizada, individualista, autocentrada no es consistente con el reconocimiento de la in-abarcabilidad constitutiva del pasado y, por tanto, no resulta receptiva a la reconstrucción de una ontología histórica de nosotros mismos como único camino posible para comprender quiénes somos y quiénes podemos llegar a ser.

En efecto: si toda antropología es una ontología histórica por construir, el asumir nuestra fragmentariedad constitutiva y encarar las búsquedas que nos acerquen a la reconstrucción situada y siempre parcial de quiénes somos es requerido en cualquier proceso de memoria.

Y para ello, no sólo debemos desembarazarnos de todo “individualismo metodológico” que parta del sujeto cerrado como unidad básica –optando más bien por una noción radicalmente relacional de la construcción subjetiva– sino también, en consonancia, aludir la adscripción a una idea de objetividad referida a:

[...] la falsa visión que promete trascendencia de todos los límites y responsabilidades, para dedicarse a una encarnación particular y específica. La moraleja es sencilla: solamente la perspectiva parcial promete una visión objetiva. Se trata de una visión objetiva que pone en marcha, en vez de cerrar, el problema de la responsabilidad para la generatividad de todas las prácticas visuales (Haraway, 1991, p. 53).

Los procesos de memoria histórica activa requieren tomar como punto de partida una ontología relacional e histórica del sujeto, así como también una perspectiva parcial del conocimiento como práctica conversacional siempre abierta en la que entra en relación lo que fue, lo que es y lo que puede llegar a ser. Y ello, como dijéramos, es profundamente incompatible con el neoliberalismo como racionalidad política dominante.

Consideraciones finales

A lo largo de las páginas precedentes, pretendimos brindar algunas pistas para la interpretación y comprensión de la especificidad de los gobiernos populares latinoamericanos de lo que desde las ciencias sociales se ha llamado la “segunda ola progresista latinoamericana”. Para ello, compartimos en primer lugar los principales lineamientos de la propia perspectiva epistemológica de raigambre foucaultiana que, articulando la noción de gubernamentalidad con herramientas propias de la antropología de la política, es capaz de generar aproximaciones para un análisis situado de los procesos de subjetivación y permite encarar este análisis desde un punto de vista novedoso.

Sobre esta base, reflexionamos en torno a los actores emergentes en estos procesos: partiendo de un enfoque democrático de tipo ranciereano planteamos algunos elementos de interés para pensar de modo no determinista las relaciones entre Estado y Movimientos sociales. En lo que respecta a las nuevas derechas y la creciente contraofensiva conservadora nos preguntamos por las razones del éxito de su interpelación social al tiempo que profundizamos en la amplificación y profundización de sus efectos en el marco de la ubicuidad de las tecnologías digitales, para lo cual propusimos una breve caracterización genealógica y arqueológica de los efectos sociales y políticos de este fenómeno ubicuo.

En cuanto a los procesos de integración latinoamericana, dimos cuenta de la necesidad de pensarla en función del esquema analítico presentado y, además, destacamos la importancia de la intervención activa de los gobiernos regionales en el campo de producción tecnológica a fin de oponer a la algoritmización acelerada motorizada por el afán de lucro de grandes capitales privados procesos de informatización guiados por fines democráticos, solidarios y progresistas desde América Latina.

Finalmente, en lo que refiere a la memoria histórica dimos cuenta de la importancia de recuperar la dimensión afectiva, histórica y transgeneracional de tales procesos, al tiempo que reflexionamos someramente sobre las formas subjetivas y de construcción cognoscitiva que son fundamentales para encararlos y que, a todas luces, entran en tensión con las formas neoliberales.

Los desafíos que enfrentan los nuevos gobiernos progresistas en la región son, sin duda, graves y profundos. Ante ello, no podemos menos que reconocer

la razonabilidad del miedo común frente a un horizonte que se presenta incierto y peligroso, en el marco de décadas de neoliberalización económica, política y social. Ante ello, la conciencia de nuestra vulnerabilidad y mutua interdependencia junto con la revolución del cuidado y de los afectos impulsada por los feminismos en la región tiene el potencial de contribuir a delinear nuevos caminos posibles. A ello debemos añadir la presencia de un fuerte imaginario de lo común, central para el sostenimiento de la vida, bienes comunes y prácticas relacionales para su gestión compartida y equitativa y la potenciación de las vivencias cotidianas de interacción, vínculos y relaciones afectivas como espacios de refugio.

Es en la articulación virtuosa de una perspectiva transversalmente feminista en torno a las transformaciones digitales contemporáneas, que ponga en el centro la potenciación de políticas democráticas materialistas y la promoción de praxis de cuidado centradas en la construcción de responsabilidades sólidas donde podemos hallar caminos imaginativos y transformadores capaces de fortalecer la dimensión progresista de los procesos políticos regionales, comprendiéndolos en su complejidad y con sus contradicciones históricas. Pero eso, claro está, ya deberá ser objeto de otros trabajos por venir.

Referencias

- Abélès, M. (2017). Michel Foucault, la antropología y el problema del poder. *Revista del Museo de antropología*, 1(10), 139-148.
- Blanco, J. y Ruffini, M. L. (2021). Historias interrumpidas: fragmentariedad temporal y tecnodiversidad latinoamericana. *Tecnophany. A Journal for philosophy and technology*, 1(1).
- Costa, F. (2021). *Tecnoceno: Algoritmos, biohackers y nuevas formas de vida*. Taurus.
- Dean, M. (1991). *The constitution of poverty: toward a genealogy of liberal governance*. Routledge.
- Del Valle, M. (2019). La dimensión estratégica del análisis foucaultiano de las racionalidades gubernamentales. En J. Bartlett y L. D. Chao (Comps.), *El gobierno como problema: objetos y abordajes en clave de gubernamentalidad*. Avellaneda.

- Deleuze, G. y Guattari F. (1988). *Mil mesetas: capitalismo y esquizofrenia*. Pre-textos.
- Deleuze, G. (1999). Posdata sobre las sociedades de control. En C. Ferrer (Comp), *El lenguaje libertario. Antología del pensamiento anarquista contemporáneo*. Altamira.
- Fisher, M. (2016). *Realismo capitalista*. Caja Negra.
- Foucault, M. (1991). *Saber y verdad*. La Piqueta.
- (2006). *Seguridad, territorio, población: Curso en el Collège de France: 1977-1978*. FCE.
- (2007). *Nacimiento de la biopolítica: Curso en el Collège de France, 1978-1979*. FCE.
- García Fanlo, L. (2015). Pueblo, populismo y argentinidad. La gubernamentalidad peronista. En C. González (Comp.), *Peronismo y representación. Escritura, imágenes y políticas del pueblo*. Final abierto.
- García Linera, A. (2022). *Para lxs que vendrán: crítica y revolución en el siglo XXI: selección de conferencias, artículos y entrevistas, 2010-2021*. Los Polvorines.
- Garland, D. (1997). ‘Governmentality’ and the Problem of Crime: Foucault, Criminology, Sociology. *Theoretical Criminology*, 1(2), 173-214.
- Grimberg, M. (2009). Poder, políticas y vida cotidiana. Un estudio antropológico sobre protesta y resistencia social en el área metropolitana de Buenos Aires. *Revista de Sociología e Política*, 17(32), 83-94.
- Grinberg, S. (2007). Gubernamentalidad: estudios y perspectivas. *Revista Argentina de Sociología*, 5(8), 97-112.
- Haraway, D. (1991). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Ediciones Cátedra.
- (2019). *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno*. Edición Consonni.
- Manzano, V. (2011). El hacerse y (des) hacerse del movimiento. Sobre espacios etnográficos y espacios en movimiento en el Gran Buenos Aires. En M. Grimberg, E. Macedo y V. Manzano (Eds.), *Etnografía de las tramas políticas colectivas: Estudios en Argentina y Brasil*. Antropofagia (en prensa).

- Massey, D. (2007). Geometrías del poder y la conceptualización del espacio. [Conferencia dictada el 17 de septiembre en la Universidad Central de Venezuela, Caracas].
- (2012). *Un sentido global del lugar*. Icaria.
- Mussetta, P. (2009). Foucault y los anglofoucaultianos: una reseña del Estado y la gubernamentalidad. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 51(205), 37-55.
- Papalini, V., Córdoba, M., y Marengo, L. (2012). Estudios de la gubernamentalidad: la subjetividad como categoría de la política. *Astrolabio nueva época*, (8), 190-208.
- Rancière, J. (1996). *El desacuerdo: política y filosofía*. Nueva Visión.
- Reynares, J. M. y Foa Torres, J. (2022). La Franqueza Impune de Vox: desfiguraciones de la(s) memoria(s) en la nueva derecha española. *Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria*, 9(17), 70-89. <https://revistas.ides.org.ar/clepsidra/article/view/194>
- Rodríguez, P. (2019). *Las palabras en las cosas. Saber, poder y subjetivación entre algoritmos y biomoléculas*. Cactus.
- Rose, N. (2003). Identidad, genealogía, historia. En S. Hall y P. Du Gay (Comps.), *Cuestiones de identidad cultural* (pp. 214-250). Amorrortu.
- Rouvroy, A. y Berns, T. (2016). Gubernamentalidad algorítmica y perspectivas de emancipación ¿La disparidad como condición de individuación a partir de la relación? *Revista adenda filosófica*, (1), 88-116.
- Ruffini, M. (2022). *La politicidad popular entre el fin del ciclo kirchnerista y el inicio del gobierno de Cambiemos: hacia una pragmática de la gubernamentalidad*. Editorial del Centro de Estudios Avanzados, UNC.

Epílogo

Celia Magaña García
María Luz Ruffini

Escena 1. Fecha: 2 de diciembre de 2022. Feria Internacional del Libro, Guadalajara, México

En el marco del XXXVI Encuentro de Ciencias Sociales¹, en el tiempo previsto para las preguntas del público, una de las personas asistentes al encuentro hace referencia a su sorpresa al haberse topado con una multitud que, entre aplausos y vítores, abarrotaba el auditorio vecino para asistir a la conferencia de Agustín Laje, pretendido “intelectual” argentino de extrema derecha autoproclamado libertario y virulento antifeminista. En efecto: en simultáneo y a pocos metros de un encuentro centrado en el intercambio –desde una diversidad de posiciones teóricas, epistemológicas y políticas– en torno a la categorización de las nuevas experiencias progresistas, el mapeo de sus actores políticos protagónicos, las expectativas de integración latinoamericana... y también, claro está, la reflexión sobre las crecientes manifestaciones de la extrema derecha, el odio y la violencia política, se está llevando adelante con numerosa concurrencia un evento cuasi consagratorio de lo más conspicuo de lo que podríamos llamar las “nuevas ultraderechas” regionales, como si de mundos paralelos se tratara.

¹ Tal como mencionamos en la introducción al presente volumen, los escritos presentados son el resultado –sistematizado, revisitado y profundizado– del enriquecedor encuentro entre los autores durante el XXXVI Encuentro de Ciencias Sociales, en el marco de la FIL de Guadalajara correspondiente al año 2022.

Este inesperado “cruce”, que tuvo lugar en el marco de la actividad que da origen a este libro, resultó ilustrativo no sólo de las disímiles posiciones y tensiones a la hora de comprender y dar sentido a los procesos sociales, políticos y culturales, sino también de los desafíos a los que nos enfrentamos, con la expansión y el creciente arraigo –incluso y sobre todo en las nuevas generaciones– de sentidos sociales profundamente violentos y antidemocráticos. De hecho, esta confluencia resultó desafortunadamente premonitrice: lo que entonces atisbamos como amenaza, devino desde el 10 de diciembre de 2023 en gobierno en Argentina, convirtiendo al país austral en punta de lanza de una agresiva contraofensiva ultraderechista, con terribles consecuencias para las condiciones de vida de amplias capas de la población y poniendo seriamente en riesgo los principios democráticos más elementales.

Este tipo de resultados electorales, cada vez más frecuentes, muestran a las claras la esterilidad de seguir analizando estas expresiones políticas con base en categorías políticas preexistentes: así como nos preguntamos –como uno de los disparadores de este libro– cómo nominar a los gobiernos o procesos políticos populares, hoy emerge la pregunta: ¿Cómo conceptualizar y comprender estas experiencias políticas reaccionarias, violentas, hostiles, antidemocráticas? Por supuesto, es innegable que este tipo de procesos es resultado de una confluencia de múltiples factores, en la que se articulan las debilidades históricas de los progresismos regionales junto con la habilidad comunicacional y de interpelación de estas “nuevas” derechas, capaces de aprovechar con eficacia las dificultades de los gobiernos populares para construir horizontes de futuro esperanzadores y formas de vida deseables capaces de trascender horizonte capitalista.

Por caso, es posible observar cómo Agustín Laje, uno de los referentes “intelectuales” de esta ultraderecha, pese a que sus planteamientos carecen de sustento teórico, argumentativo y contextual, logra construir una fuerte conexión con un gran público que adopta y hace suyas sus consignas antiderechos, aun sin conocer exactamente a qué se refieren y cuáles son sus implicancias y consecuencias en la vida concreta de las personas. Esta particular identificación representa un desafío central para los estudios latinoamericanos, que nos recuerda las palabras dichas por Salvador Allende el 2 de diciembre de 1972 en el auditorio que hoy lleva su nombre en la Universidad de Guadalajara: “... *No hay querella*

de generaciones. Hay jóvenes viejos y viejos jóvenes”. Con ello no pretendemos apuntar la fácil conclusión de que quienes votaron por un candidato que se autoproclama como “anarcocapitalista libertario” son “viejos jóvenes”, sino hacer un llamado a la necesaria trascendencia de la querella entre generaciones y la urgencia de profundizar en el hecho de que ser reaccionario, antiprogresista o antifeminista es hoy tendencia entre las nuevas generaciones.

En rigor, podemos afirmar que discursos como el de Laje resultan una combinación tosca e idiosincrática de conceptos provenientes de las ciencias sociales –en particular del corpus de conocimiento de los feminismos, los estudios de género y de los Derechos Humanos–, hilvanados a través de una lectura histórica sesgada, con el fin de justificar la inexistencia del patriarcado y la violencia de género. De ello desprenden, con pretendida fuerza de certeza indubitable, la ilegitimidad de movimientos sociales –en particular los feministas y de disidencias sexo-genéricas–, movilizaciones populares y toda acción comunitaria, colectiva y transformadora.

Es necesario enfatizar que al tratarse de contranarrativas que se oponen a las discursividades democráticas, feministas y de derechos humanos, en realidad no implican la creación de conceptos originales ni, por tanto, procesos de teorización y de politización. De hecho, existe consenso en cuanto al reconocimiento de que una de las mayores contribuciones de los feminismos, los estudios de género y el campo de los derechos humanos ha sido la de poder nombrar y teorizar diferentes experiencias de violencias, desigualdades y procesos dolorosos naturalizados. Y es el laborioso proceso de hacerlos visibles a través de conceptos teóricos lo que abre las posibilidades de politización colectiva y defensa de los mismos. En cambio, desde estas posturas de ultraderecha no se teoriza, no se crea, no se elaboran conceptos originales, sólo se usa y abusa de manera descontextualizada de conceptos y referencias propios de los campos de los estudios sociales críticos y comprometidos. Por añadidura, tales posturas se presentan con una performatividad mediática que contribuye a su fácil difusión, desde la cual se abona la condena todo lo que pueda ser vinculado a la producción siempre compleja y procesual de una democracia dinámica, vivida, centrada en la búsqueda de la igualdad y la justicia social.

Escena 2. Fecha: 5 de febrero de 2024. Transmisión en vivo por X desde Córdoba, Argentina²

El ya mencionado Agustín Laje expresa públicamente desde su cuenta de X (transcripción textual): “Celebramos a la policía, cada balazo bien puesto en cada zurdo ha sido para todos nosotros un momento de regocijo. Cada imagen de cada zurdo lloriqueando por el gas pimienta en su cara ha sido para nosotros un momento muy placentero de ver. Ha sido un momento donde nos ponemos de pie y aplaudimos a nuestras fuerzas de seguridad y los apoyamos [...] aplaudimos a cada policía que ha utilizado su escopeta por ejemplo, sus armas de balas de goma, sus balas de goma para impactar sobre la piel de estos delincuentes y los animamos a que sigan haciéndolo. Estos tipos están allí para quebrar el orden institucional de nuestra república, y lo que merecen son balazos, eso es lo que se merecen”.

Estas expresiones emergieron en el contexto de extrema conflictividad que, en Argentina, escaló rápidamente desde la asunción a la presidencia del anarco-libertario Javier Milei, quien se impondría con más de diez puntos de ventaja —triunfando en 20 de 24 distritos— en la segunda vuelta de las elecciones presidenciales el 19 de noviembre de 2023. Sobre una plataforma centrada genéricamente en el recorte masivo del gasto público, la desregulación irrestricta de los mercados, la (re)privatización de áreas clave y la apelación omnipresente a la responsabilidad y el mérito individual, el espacio político liderado por Milei tomó el 10 de diciembre de 2023 las riendas de la república y, pocos días después, procedió a enviar al Congreso una ley macro (“ley ómnibus”) de reforma general del Estado, con la pretensión de introducir profundas modificaciones —en esencia, desregulatorias y favorables a los sectores concentrados de la economía— en materia laboral, comercial, sanitaria... a lo que se añadía la intención de declarar un estado de emergencia nacional a fin de otorgar facultades extraordinarias al Poder Ejecutivo, permitiéndole tomar decisiones sin necesidad de consultar en campos de incumbencia legislativa. Numerosos sectores se manifestaron en contra de tal iniciativa y, a principios de febrero y en el marco del debate de esta ley en la cámara de Diputados, se produjeron una serie de violentos

² <https://twitter.com/RevSudestada/status/1754537407897063443>

hechos de represión de la protesta en las inmediaciones del recinto legislativo, con el saldo de numerosos heridos –manifestantes y periodistas–, y como reacción a lo cual Laje pronunció las palabras transcritas más arriba.

Mucho podríamos reflexionar en torno a lo relatado, pero baste mencionar dos elementos que, emergiendo del análisis del caso argentino, brindan algunas pautas para comprender los desafíos de los movimientos y gobiernos progresistas latinoamericanos que aún persisten. En primer lugar, creemos fundamental enfatizar el carácter profundamente autoritario y antidemocrático de las nuevas formas emergentes de la extrema derecha en la región: es claro que la diferencia entre adversario y enemigo político, fundante de la institucionalidad democrática, es desconocida para estas “nuevas” derechas, que se han revelado incapaces de garantizar un piso mínimo de respeto a las diferencias políticas e ideológicas necesario para la construcción de sociedades democráticas. En cambio, como lo podemos constatar en las palabras de Laje, desde esta ultraderecha latinoamericana se plantea de manera desinhibida la eliminación de las personas que no suscriban su misma ideología: les convierten en enemigos políticos a muerte, en un movimiento profundamente violento y antidemocrático. A ello debemos añadir, en segundo lugar, que este carácter autoritario es mostrado, celebrado, ponderado en todo momento: Laje no es más que un claro exponente de la extrema derecha de la época actual, un variopinto conglomerado que antes y después de acceder al poder no tiene reparos en explicitar su orientación ideológica y política y su violencia constitutiva. De hecho, vemos cómo la eliminación de personas consideradas “enemigos” es esgrimida sin pruritos y fervientemente avalada por los grandes grupos que se identifican con dichas ideas políticas, en un marco en que la polarización, el odio, el miedo y la desolación cunden por doquier.

Futuros y perspectivas

Desde el momento en que comenzamos a delinear los principales trazos de este libro hasta la escritura de este epílogo –que coincide con el tiempo transcurrido entre las dos escenas antes relatadas– las cosas, en América Latina y el mundo, han cambiado bastante. Los progresismos que (re) asomaban en el horizonte político de varios países de la región afrontan duras crisis y retrocesos, al tiempo que la ultraderecha se expandió y fortaleció teniendo como una de sus puntas de

lanza el explícito antifeminismo de sus premisas e ideas-fuerza. En efecto, desde la introducción y a lo largo del presente libro exploramos la hipótesis de una actualización de una ultraderecha latinoamericana de orientación anticomunista a una antifeminista y lo que hemos encontrado, más que una sustitución, es una yuxtaposición de estos fantasmas.

Desde nuestra perspectiva, el combate a la “ideología de género” en las narrativas de la ultraderecha latinoamericana se explica por la indudable relevancia política y masividad de los movimientos feministas en la región en la última década. Y es que, a esta altura, podríamos preguntarnos: ¿Cuál sería el programa de esta ultraderecha, más allá de plantearse como uno de sus principales objetivos ir en contra de la agenda feminista y de disidencias sexo-genéricas? Muy particularmente la virulencia de lo que llaman la “batalla cultural” (con una clara referencia a Gramsci) se concentra en contra de la despenalización del aborto, el derecho a la identidad de género, el matrimonio igualitario, la adopción de las parejas del mismo sexo, el goce y ejercicio de los derechos sexuales y reproductivos y hasta del lenguaje incluyente. Desde esta perspectiva antiderechos y ultraconservadora, estos temas atentan contra el “orden natural”; un orden que, en rigor, debe asumirse como establecido socialmente y naturalizado, que invisibiliza y por ende reproduce las injusticias históricas que las mujeres y diversidades sexo-genéricas enfrentan.

Hoy, una de las medidas señeras después de un golpe de estado (incluso “suave” y democrático como el actual argentino) consiste en la virulenta ofensiva contra los derechos de las mujeres, los avances en materia de igualdad y el cuestionamiento de ciertas dimensiones de la matriz patriarcal que vieron la luz en el último ciclo de luchas feministas. Por caso, el ataque al derecho a decidir sobre el propio cuerpo, es decir la restauración de la penalización del aborto que suele ser una de las primeras medidas que pretenden instaurar estos gobiernos cuando ascienden al poder. Esto sucedió en Honduras, en el Brasil de Bolsonaro y lo vemos claramente hoy en Argentina con el gobierno del “liberal libertario” Javier Milei, lo que nos permite distinguir un reconocimiento tácito de la naturaleza fundante del pilar del sistema sexo-género en las formas de distribución de poder de las sociedades contemporáneas, así como también el potencial transformador y cuestionador del *status quo* de los feminismos en la región.

Viejos fantasmas queriendo ser impuestos adquieren hoy nuevas formas (ayer comunistas, hoy también feministas), al tiempo que fines inconfesables encuentran cauce “democrático” a través del potencial técnicamente expandido de la posverdad. Y todo ello en un contexto facilitador en el que, como nos recuerda Hannah Arendt, se han roto los canales democráticos de representación tradicional, los hilos que ligan al pueblo con el cuerpo político, transformando

...las dormidas mayorías existentes tras todos los partidos en una masa inorganizada e inestructurada de furiosos individuos que no tenían nada en común excepto su vaga aprensión de que las esperanzas de los miembros de los partidos se hallaban condenadas, de que, en consecuencia, los miembros más respetados, diferenciados y representativos de la comunidad eran unos imbéciles y de que todos los poderes existentes eran no tanto malos como igualmente estúpidos y fraudulentos (Arendt, 1998, p. 260).

Las crecientes señales de ruptura del consenso democrático en América Latina, asentadas no sólo en la ya largamente estudiada crisis del sistema de partidos y la legitimidad de las instituciones democráticas se profundizan hoy, en un contexto en que –siguiendo las reflexiones de Arendt–, cunden el aislamiento y la soledad. En efecto: hoy, en parte como a mediados del siglo pasado, el aislamiento –la pérdida de lazos políticos comunitarios– y la soledad –la experiencia de no pertenecer al mundo, un sentido de desarraigo y superfluidad de la propia existencia social– se vuelven ubicuos como experiencia cotidiana, abriendo la puerta a fenómenos *sui generis* que son, finalmente, un escape suicida.

A este respecto, el caso argentino puede ser entendido como un ejemplo claro de los peligros asociados al crecimiento y pregnancia de las premisas antidemocráticas de ultraderecha, y muestra cómo incluso en Argentina, uno de los países con mayor apoyo a la democracia (más del 60%, según el informe de latino-barometro correspondiente a 2023), recientemente ha aumentado notablemente el apoyo a formas de gobierno autoritarias y ha llevado al poder una propuesta –hoy gobierno– que hace del antifeminismo, la intención de erradicación del adversario, la mentira y la desmesura sus principales bazas y que, más aún, debe a éstas su éxito en las urnas.

Mucho queda aún por estudiar y comprender respecto de estos procesos, los desafíos progresistas y democráticos frente a los embates de la ultraderecha en América Latina y el mundo. Esperamos las páginas precedentes resulten un primer paso en esta dirección, y sigamos avanzando en la comprensión fundada, solvente y comprometida de las complejidades e injusticias del mundo en que vivimos.

Referencias

Arendt, H. (1998). *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid, Taurus.

Acerca de los autores

Celia Magaña García. Profesora Investigadora Titular adscrita al Departamento de Estudios Ibéricos y Latinoamericanos (DEILA) en el Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de Guadalajara. Doctora en Ciencias Sociales por la Sorbona de París. Ha participado como experta en varios proyectos de investigación sobre género, feminismos, desigualdad, violencias, derechos humanos y políticas sociales en América Latina. Ha sido docente de teoría social contemporánea en la carrera de Sociología desde 2009 y de género y feminismos latinoamericanos en la Maestría en Gestión y Desarrollo Social y en la Maestría y Doctorado en Ciencias Sociales desde 2010. Estudiosa desde hace años de los diversos feminismos en América Latina y el Caribe. Su enfoque es sociológico y feminista. Perteneció al Sistema Nacional de Investigadores Nivel I desde el 2011 y cuenta con el perfil PRODEP. Correo electrónico: celia.magana@academicos.udg.mx

María Luz Ruffini. Doctora en Ciencia Política por el Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba. Licenciada en Ciencia Política y Licenciada en Sociología por la Universidad Nacional de Villa María. Actualmente se desempeña como Becaria Posdoctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), docente de grado en la Universidad Nacional de Villa María y profesora de Posgrado en diversas universidades nacionales. Su perspectiva retoma herramientas de los estudios de gubernamentalidad, la antropología de la política, los estudios de género y la filosofía de la técnica para el abordaje de procesos políticos y de subjetiva-

ción contemporáneos. Entre sus temas de trabajo más recientes se encuentran las relaciones entre procesos maquínicos y feminismos tecnológicos en el marco del antropoceno, con énfasis en su relevancia para la elaboración de propuestas tecno-cosmopolíticas. Correo electrónico: ruffiniluz@gmail.com

Lucio Fernando Oliver Costilla. Doctor en Sociología por la Universidad Nacional Autónoma de México y Post-Doctorado en Sociología Política, Universidad Federal del Ceará, Brasil (1996-1998). Profesor universitario Titular C de Dedicación Exclusiva en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), desde agosto de 1974. Docencia: Posgrado, en el Programa de Estudios Latinoamericanos de la UNAM. De Licenciatura, en el programa de Licenciatura en Sociología de la UNAM. Miembro del Padrón de Tutores del Programa de Estudios Latinoamericanos y del Programa de Ciencias Políticas y Sociales, de la UNAM. Temáticas de Investigación académica: Acumulación, Crisis y transformaciones de los Estados en América Latina (con énfasis en el estudio de Brasil y de México); las Sociedades Civiles y la crisis del Estado en América Latina; Pensamiento Latinoamericano sobre teoría social y sobre la problemática del Estado integral; Nudos Problemáticos de México y el Brasil contemporáneos; Estudios críticos sobre el pensamiento de Antonio Gramsci. Investigador nivel III del Sistema Nacional de Investigadores (SNI) del CONAHCYT. Correo electrónico: oliverlucio@politicas.unam.mx

María Guadalupe Moreno González. Doctora en Ciencias Sociales por el Colegio de Jalisco, Profesora e Investigadora Titular C del Departamento de Estudios Sobre Movimientos Sociales en el Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de Guadalajara. Adscrita a la línea de investigación: Estado y Sistema Político y Movimientos Sociales y Sistema Político en América Latina. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores Nivel I desde 2015. Cuenta con el Reconocimiento de Perfil Deseable del Programa del Mejoramiento del Profesorado (PRODEP) de la SEP desde 2007. Correo electrónico: mguadalupe.moreno@academicos.udg.mx

Jaime Antonio Preciado Coronado. Profesor-Investigador de la Universidad de Guadalajara, en el Departamento de Estudios Ibéricos y Latinoamericanos, es integrante desde 1992 del Sistema Nacional de Investigadores, actualmen-

te SNI nivel III. Cofundador del Centro de Estudios Latinoamericanos (1988), convertido en el Departamento de Estudios Ibéricos y Latinoamericanos (1991). Director de la División de Estudios de Estado y Sociedad (1994-1999). Jefe del Departamento de Estudios Políticos (2010-2016). Coordinador del Doctorado en Ciencia Política en el Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades (2013-2021). Participa en el Cuerpo Académico Consolidado sobre “Integración, Democracia y Gobernabilidad en América Latina y el Caribe”, Coordinador de la Red de Investigación sobre la Integración Latinoamericana y Caribeña (REDIALC), desde 2008 hasta 2018. Sus líneas de investigación y publicación versan sobre Geopolítica de la globalización, integración y democracia en América, Geografía política regional y procesos electorales. Co fundador de la revista *Geopolítica(s) Estudios sobre Espacio y Poder* (Universidad Complutense de Madrid, España) Co-Director de la Revista *Espiral Estudios de Estado y Sociedad*. Actualmente, Fellow del Centro Maria Sibylla Merian de Estudios Latinoamericanos Avanzados (CALAS). Correo electrónico: jaime.preciado@academicos.udg.mx

Daniel Flores Flores. Licenciado en Relaciones Internacionales por la Universidad de Guadalajara (UdeG) con diplomas superiores en Geopolítica y en Estudios Latinoamericanos y Caribeños por el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). Correo electrónico: daniel.flores0876@alumnos.udg.mx

*Reconfiguración política de América Latina: segunda ola progresista,
movimientos sociales y ultraderecha antifeminista*

se terminó de editar en julio de 2024

en los talleres de Kerigma Artes Gráficas

Leandro Valle #991, Zona Centro, C.P. 44100

Guadalajara, Jalisco, México.

La edición consta de 1 ejemplar.

Diagramación: Kerigma Artes Gráficas.

Si existe una constante en la política latinoamericana, ésta debe ser —irónicamente— su permanente estado de cambio y transformación, que desafía continuamente nuestras intenciones interpretativas desde las ciencias sociales al tiempo que muestra con crudeza la inoperancia y lo equivocado del empleo acrítico de marcos explicativos provenientes del norte global.

En efecto: en América Latina, múltiples movimientos sociales en ebullición, importantes procesos de lucha de larga data únicos en el mundo, Estados constituidos desde el aplastamiento colonial de nuestros pueblos indígenas, subjetividades atravesadas por una particular instanciación subordinada de las lógicas neoliberales... delinean un escenario muy particular que, desde 2018, parece haber comenzado un movimiento de difícil pero definida reconstrucción de lógicas políticas progresistas en numerosos Estados de la región.

¿Cuáles son los límites, riesgos, trabas para el avance de estos procesos? ¿Qué potencialidades, esperanzas y expectativas de futuro anidan en tales experiencias? ¿Cómo desde las ciencias sociales críticas y comprometidas podemos aportar para comprenderlos mejor y, en consecuencia, potenciar las dimensiones virtuosas que anidan en los gobiernos que expresan institucionalmente este giro? La búsqueda colectiva de algunas respuestas a estos interrogantes —desde muy diversas perspectivas— es la base de este volumen, que esperamos inspire a colegas, compañeras y compañeros en el desafío siempre presente de reinventar nuestras miradas y afilar nuestras herramientas analíticas ante los desafíos imposterables que la historia contemporánea nos presenta.